Un Cowboy para Año Nuevo

Tess Curtis



Un Cowboy para Año Nuevo

Tess Curtis

Navidad en Montana V

Todos los derechos reservados. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de la obra, solo podrá realizarse con la autorización expresa de la titular del copyright.

Título original: Un Cowboy para Año Nuevo

©Tess Curtis, ®2025
Fecha de publicación: 23 de noviembre de 2025
Diseño de portada: Amparo Tárrega
Encuadernación: Amparo Tárrega
Corrección: M. L.
Imagen de portada: Amparo Tárrega

Esta obra fue registrada en el Registro de la Propiedad Intelectual

ISBN:

Índice

- Esa época del año
- Niñera desaparecida
- Una tarta
- Un té muy caliente
- Dos tartas
- Preparando una cita
- La cita a ciegas
- Un ramo de rosas y muchas incógnitas
- Café en el pueblo
- Un nuevo rival
- ¿Una nueva cita?
- Encuentros
- Detalles que importan
- Una cena bajo la nieve
- Resaca emocional
- Una petición poco usual
- Día de chicas y confesiones
- El Mercadillo Navideño de Ennis
- Barrera derribada
- Reflexiones
- La mañana de Nochebuena
- Preparando una fiesta
- Nochebuena en el hostal
- Navidad Davis
- Regalos y sentimientos
- Café a tres

Psicología fraternal
Eva, la insistente
Fin de Año
La cuenta atrás
Un Año Nuevo esperanzador
Oficialmente, nosotros
Epílogo

A un corazón herido,
no se le exige,
se le espera.
Tess Curtis

Esa época del año

Acción de Gracias acababa de pasar y parecía que todo había vuelto a la normalidad tras la festividad, pero no era del todo cierto, la campaña navideña había comenzado. El invierno se acercaba en Montana, lo que significaba días más cortos, frío más intenso y algunas capas extra de ropa en el trabajo. Dominic Davis tomaba un café al lado de la chimenea de uno de los salones del hostal del lago Ennis, el cual estaba regentado por Ashley, su cuñada, y en el que sus hermanas trabajaban durante el mes de diciembre. De hecho, toda la familia solía estar por allí en aquellos días y echar una mano, a la vez que disfrutaban juntos del ambiente festivo. Hasta podría decirse que era la sede oficial de los Davis en Navidad. Él sonrió, le gustaba pasar tiempo en familia.

—¡Llegó esa época del año! —exclamó su hermana Eva con un tono emocionado en su voz, mientras observaba desde el ventanal cómo algunos patinadores se deslizaban por el hielo del lago Ennis. Los rayos del tímido sol de final de otoño se reflejaban en la nieve de las montañas y suavizaban unos grados el frío reinante de aquel día.

—Así es —convino su hermano Dominic, acercándose a ella para observar la imagen.

—¿Quién se enamorará este año? ¿Tú o yo? —volvió a preguntar la joven, esta vez divertida, observándolo. Eva estaba convencida de que la Navidad era una época mágica, y, a las pruebas se remitía, tres de sus hermanos habían encontrado el amor justo en Navidad, uno de ellos incluso se había casado en esa fecha.

—Creo que serás tú, jovencita —bromeó él y rio, pasándole el brazo por los hombros para abrazarla y atraerla hacia sí—. Con todo este muérdago flotando en el ambiente, y todos esos huéspedes guapos alojados aquí.

La mirada de Dominic se desvió hacia el lago de nuevo y se fijó en una preciosa mujer rubia que giraba sobre sí misma en el hielo mientras reía. Era Alyssa Murphy y parecía feliz en aquellos instantes. Inhaló aire y lo soltó lentamente mientras la observaba. No podía negarse que la joven le había gustado desde la primera vez que ella se había dirigido a él para hablarle, hacía meses. En esa ocasión solo quería preguntarle por su hermana Kylie, pero una sonrisa boba se le había fijado en el rostro, como cada una de las veces que la tenía cerca. Alyssa miró hacia el hostal y sonrió ampliamente al verlos en el ventanal.

—¡Oh, vaya! Creo que llegamos tarde —dijo Eva mientras observaba el gesto de su hermano.

—¿A dónde llegamos tarde? —Dominic sacudió la cabeza y frunció el ceño para mirarla.

—Estás coladito por Alyssa —aseguró la joven.

—¿Qué? ¿De qué demonios hablas? —preguntó Dominic, entrecerrando los ojos.

—Que Ally te gusta y, lo que es peor, que no le pides salir. Sabes que tomar un café un día o encontrártela por el pueblo no es una cita real, ¿verdad?

—Alyssa es parte de la familia —dijo él, desestimando aquella idea de su hermana.

—Su hermano es parte de la familia —le corrigió Eva, nombrando a Jayden, el cual estaba comprometido con Kylie, la hermana de ambos—. ¿Por qué no le pides salir?

—Somos algo así como amigos —dijo Dominic.

—Como decía Zach: «¡A otro perro con ese hueso, muchacho!» —Eva parafraseó al antiguo capataz del rancho, el cual disfrutaba ahora de una más que merecida jubilación en Florida.

—Es viuda —dijo él, mostrándole un impedimento.

—Han pasado casi tres años —replicó Eva—. Es joven y guapa y en algún momento tendrá que rehacer su vida. Y Dios sabe por qué

aún no lo ha hecho.

—Puede que no le interese hacerlo.

—O puede que esté esperando a que un ranchero guapo la invite a salir —Eva colocó los brazos en jarras y lo miró fijamente ladeando la cabeza.

Dominic lo pensó unos instantes, frunció el ceño, sacudió la cabeza y luego rio. No podía hacerle caso a su hermana Eva, era una lianta sin remedio. Colgaba decenas de ramas de muérdago por todo el edificio, esperando que las personas se besaran bajo ellas y se enamorasen, para que volvieran a celebrar su aniversario al hostal.

—Estoy hablando en serio, Dom —se quejó.

La puerta del salón se abrió y Alyssa asomó la cabeza por ella, sonriendo hacia ellos antes de abrirla algo más, para que un terremoto de siete años corriera directo hacia Dominic.

—¡Dominic! —exclamó el niño, que acabó en los brazos del cowboy.

—Hola, Theo —dijo el hombre con una sonrisa—, patinas muy bien sobre hielo.

—¿Me has visto? —dijo, sorprendido de ello.

—Te estaba mirando justo desde esa ventana —señaló.

—Hola, Dominic —dijo Alyssa.

—Hola —sonrió el hombre hacia ella.

—¿Qué te parece si vienes conmigo a la cocina a por un chocolate caliente? —Eva le preguntó al niño, que fue dejado en el suelo por su hermano mayor y se agarró de la mano de la joven.

—Con dos nubecitas —propuso Theo, pidiendo que además llevase un par de malvaviscos encima.

—Así será —convino Eva, sonriendo a Alyssa, que asentía con la cabeza, agradecida—. Para los mayores hay muérdago por aquí.

—El muérdago no se come ni se bebe —se quejó Dominic.

—Ya. Usa la imaginación, Dom —respondió Eva antes de salir de la estancia con el niño de la mano.

Alyssa rio con la joven.

—Lo siento, es incorregible —se disculpó Dominic con ella.

—No, está bien. Su alegría es contagiosa, me gusta —dijo Alyssa, sonriendo.

—No te gustaría tanto si la tuvieras que soportar durante todo el año. Siéntate, por favor —le señaló los sofás—. ¿Quieres tomar algo?

—No, gracias. Solo necesito un poco de calor. Se nota que el invierno está cada vez más cercano —dijo, dejándose caer en la punta de uno de los sofás, la más próxima a la chimenea del lugar —. No sé cómo lo haces cada día para trabajar en el rancho con este frío.

—Cuando has nacido en Montana ya sabes lo que hay, creces con ello. Solo te abrigas un poco más. Aunque esta época también tiene sus encantos —dijo, acercándose al otro lado de la chimenea para mirar el fuego.

—¿En serio? ¿Cuáles? —preguntó Alyssa.

—Tienes más tiempo para estar con la familia y los amigos. Algo muy útil en Navidad, por otra parte —sonrió él.

—¡Qué suerte! Yo aún no sé qué haré estas fiestas con Theo cuando termine el colegio —la mujer se mordió el labio.

—¿Ocurre algo? —preguntó Dominic, preocupado por el gesto de la mujer.

—He vuelto a trabajar. Pensaba esperar al año que viene, para poder organizarme mejor, pero… la enfermera del doctor Peterson se despidió justo el día que Theo tenía consulta y… no sé, estuve echándole una mano al ver el caos que tenía, una cosa llevó a la otra, me ofreció el puesto y yo acepté.

—¡Vaya! Felicidades… creo —Dominic se mostró dubitativo.

—Gracias —Alyssa sonrió—. Es algo bueno, solo que quizá no en el momento más oportuno. Pero dicen que las mejores cosas son las que suceden sin planearlas. Trabajar media jornada en la consulta privada del doctor Peterson en Ennis es mucho más cómodo que un turno completo en el hospital del condado.

—Son ofertas que no se pueden rechazar, desde luego. No sabía que eras enfermera.

—¿No te lo había dicho? —ella volvió a sonreír—. Trabajé en cuidados intensivos pediátricos en un hospital de Billings, algunos años antes de tener a Theo y mudarnos.

—Por eso supiste aquello de John —recordó el hombre a su sobrino. En su momento había pensado que se había tratado solo de una corazonada, que resultó ser muy cierta.

—Ajá, hace muchos años que no ejerzo, pero sé calcular perfectamente la edad de un bebé que ha nacido prematuro —volvió a sonreír ella—. El caso es que… tengo que seguir buscando a una canguro y no está resultando nada fácil en Ennis hasta el momento.

—Te deseo mucha suerte con ello. Y si me entero de alguien, te lo diré.

—Gracias, Dominic —sonrió de nuevo Alyssa y sus ojos azules brillaron hacia él—. Seguro que encuentro a alguna chica joven.

—Pero, solo por si tienes algún problema, recuerda que ahora eres parte de los Davis y puedes contar con nosotros —dijo él, recordando que Kylie y Jayden, los hermanos de ambos, estaban comprometidos y tenían un bebé.

Alyssa se levantó y se colocó frente a Dominic, al otro lado de la chimenea, y sonrió, agradecida por ello, para después observar en silencio cómo ardía la leña.

Cuando se quedó viuda con un niño en aquel pequeño pueblo de Montana, se había sentido demasiado sola. Ni siquiera tenía una familia en algún otro lugar del país, solo tenía a Jayden, su hermano mayor, el cual compartía trabajo con su difunto esposo y que, por suerte dejó los Marines y se mudó momentáneamente con ella. Más tarde había conocido a Layla hacía un par de navidades y se habían hecho amigas. Layla actualmente estaba casada con Chase, el mayor de los cinco hermanos Davis, y su amistad había significado un antes y un después en su deseo de permanecer en la pequeña localidad de Montana.

Theo entró en la estancia con una taza de chocolate entre las manos, mostrando orgulloso que no eran dos, sino que tenía tres malvaviscos en ella.

—¿Cómo ha ido lo del muérdago? —Eva volvió a la carga con una sonrisa, antes de acercar una bandeja con tres tazas de

chocolate. Alyssa rio una vez más, antes de tomar una entre sus manos.

—Creo que no se ha movido de su sitio —respondió Dominic, mirando serio hacia la rama que estaba sobre sus cabezas.

—¡Oh, por favor! —Eva se quejó, poniendo los ojos en blanco.

—Tenéis muchos huéspedes para el muérdago, Eva —respondió Dominic, paciente, mientras tomaba una taza de la bandeja, y su hermana hacía un mohín, disgustada porque su hermano no le seguía el juego.

Niñera desaparecida

—¡Oh, Dios! —exclamó Alyssa al teléfono a la vez que miraba el reloj de pulsera, rogando que se detuviera. Los tonos de llamada se oyeron una vez más y, una vez más, nadie le respondía. Decidió salir a la puerta; tal vez la joven iba de camino y por eso no le cogía la llamada. Pero, tras una rápida ojeada, no había absolutamente nadie dirigiéndose hacia la casa. Quizá estaba un poco más lejos.

Entró de nuevo en el hogar y le habló en voz alta a Theo, quien estaba en el comedor viendo la televisión, ajeno al drama que vivía su madre.

—Voy hasta la esquina de la calle, vuelvo en un minuto —le informó.

—Sí, mamá —dijo Theo, sin prestarle demasiada atención.

Alyssa cogió las llaves y salió a toda prisa, dispuesta a asomarse a la esquina, la muchacha debía venir de camino; se asomaría y la vería. No obstante, no dejaría de llamarla. Giró la esquina a toda prisa y chocó contra alguien; las botas le resbalaron en el suelo algo helado y unos fuertes brazos la sujetaron e impidieron que cayera en el frío y duro cemento de la calzada.

—¿Dónde vas con tanta prisa, Alyssa? —Dominic sonrió al verla, pero el gesto de ella no tenía nada de divertido y se alarmó de inmediato— ¿Sucede algo?

—Es la niñera —dijo rápidamente ella—, no me coge el teléfono. Tenía la esperanza de encontrarla de camino, pero no está. Tengo que irme a trabajar.

La mujer miró a su alrededor, tratando de ver a alguien más dirigirse hacia ellos, pero eso no sucedió.

—Seguro que está por llegar, no te apures.

—Ya llego tarde —dijo, con el estómago encogido, y, a continuación, volver a comprobar si veía a la joven por algún lado.

—Ve a trabajar, yo me quedaré con Theo hasta que llegue. Debe estar al caer —dijo, tras meditarlo un momento.

—No puedo pedirte eso, Dominic.

—No me lo estás pidiendo, me acabo de ofrecer.

—De acuerdo —dijo, mirando una vez más su reloj de pulsera antes de salir disparada hacia la casa, seguida del hombre.

—¡Hola, campeón! —Dominic saludó a Theo, una vez que entraron en la casa y llegó hasta el comedor.

—¡Dominic! —se sorprendió el niño, dejando de lado la televisión, para comenzar a preguntarse qué hacía el cowboy en su salón.

—¿Te parece si te quedas un rato con Dominic? —preguntó Alyssa a su hijo.

—¡Claro, mamá! ¡Guay! —respondió entusiasmado.

—Solo hasta que llegue la niñera —le advirtió.

—¡Joooo! —se mostró decepcionado.

—No es todo diversión, jovencito. Tienes que hacer deberes. Él se irá en cuanto llegue Willow y los harás con ella.

—Vaaaale —dijo el niño, poniendo los ojos en blanco, resignado.

—Vete ya —la urgió Dominic.

—¿Me mandarás un mensaje cuando llegue la niñera? —le preguntó suplicante—. ¿Tienes mi teléfono?

—Tengo tu teléfono —confirmó él.

—Siento tanto que tengas que… —se arrepintió de cargar al hombre con aquella tarea.

—Deja de sentirlo y vete.

—Sí, sí. Gracias, te lo compensaré, lo prometo.

—Vete —volvió a repetir él, sin darle importancia al asunto.

Alyssa se acercó a Theo y le besó en la cabeza.

—Pórtate bien con el señor Davis —le advirtió.

—El señor Davis es mi padre, con que te portes bien conmigo me vale —bromeó Dominic con el niño, que estaba ahora a su lado, mirando cómo su madre cogía las cosas en la entrada de la casa para irse. Theo sonrió.

—Llámame, por favor —suplicó Alyssa una vez más antes de salir.

—Conduce con cuidado —respondió Dominic, antes de que la puerta se cerrara tras Alyssa. El hombre sonrió; hasta hacía solo diez minutos no había esperado que la tarde se tornase tan interesante.

—¿Podemos ir a montar a caballo al rancho? —preguntó Theo, recordando que a veces su tío Jayden lo llevaba y que Dominic siempre estaba allí y era majo con él.

—Creo que hoy no, jovencito. Me temo que tendré que irme en cuanto llegue tu niñera… Willow, creo haber oído.

—¡Jooo! —se quejó.

—Ya, es un rollo. Pero parece ser que tienes deberes que hacer —Dominic le removió el cabello y sonrió.

—Vamos a hacer figuras con los Lego —le dijo, tirando de su mano para indicarle que subieran a la habitación.

Dominic no tardó demasiado en darse cuenta de que lo que el niño quería era que él le hiciera las más complicadas para disfrutar después destruyéndolas con un monstruo que luchaba con un martillo.

Alyssa recibió un mensaje de un número que le era conocido, pero que nunca había llegado a guardar en su teléfono; era Dominic:

Todo está controlado

Se apresuró a responder entre una y otra cura de las que tenía esa tarde.

Recordó que, tiempo atrás, Dominic y ella habían hablado en ocasiones cuando ella estaba preocupada por Kylie, que desapareció del pueblo sin decir nada durante meses, justo tras la marcha de su hermano Jayden al extranjero. De hecho, allí estaba su conversación anterior. La repasó y vio los dos últimos mensajes que él le había

enviado antes de que el contacto entre ambos se hubiera detenido, eran del día de Año Nuevo.

¿Quieres que tomemos algo juntos?
Para celebrarlo

Dominic se refería a la reconciliación de Jayden y Kylie. Pero ella no le había respondido. En ese momento temió que fuera algo parecido a una cita. En las ocasiones anteriores habían quedado, sí, pero o Theo había estado presente o la conversación versaba sobre alguno de sus hermanos. Se había sentido cómoda con él, pero… ¡Dios! Quizá solo era que estaba paranoica, pero en Nochebuena, él los había llevado a casa tras la fiesta de disfraces del hostal del lago y había sentido que la mirada de Dominic era demasiado intensa y… aquello la había asustado. ¿O solo era el hecho de saber que él era un hombre que podría gustarle?

—Señora Murphy —la llamó el doctor Peterson, sacándola de su ensimismamiento.

—¿Sí? —dijo ella, volviendo a la realidad.

—Si puede venir un momento a mi consulta.

—Sí, claro. Solo estaba enviándole un mensaje a mi niñera.

Alyssa Murphy: Gracias.

Dominic miró el mensaje y se dijo que era concisa en su respuesta. Recordó que la había invitado a tomar algo después de que Jayden y Kylie se hubieran reconciliado, pero que nunca había obtenido respuesta. Quizá su no respuesta era una respuesta: una que le decía que él no le interesaba lo más mínimo.

—¿Quién es? —preguntó Theo.

—Tu madre. Le he dicho que estamos bien.

—Seguro que quiere que haga los deberes —dijo, apesadumbrado.

—¡Exacto! Y cuanto antes los hagamos, antes volveremos aquí para seguir jugando —Dominic aprovechó la oportunidad—. ¿Vamos?

—¿No esperamos a Willow?

—Me temo que Willow no va a venir hoy.

El niño se mostró pensativo.

—Supongo que estará bien pasar la tarde contigo —convino Theo, rascándose la barbilla, y Dominic rio.

Dominic ayudó al niño con los deberes, algo que resultó más sencillo de lo esperado, ya que parecía ser muy responsable y en no demasiado rato se sentaron frente al televisor y vieron una película infantil. Después, Theo le pidió que subieran a su habitación de nuevo; en esta ocasión quería que le leyese un cuento, ya que —le dijo— Willow casi nunca lo hacía. El hombre se estiró sobre la cama del niño y Theo se echó a su lado, colocando la cabeza sobre su hombro para poder ver el cuento, a la vez que Dominic lo narraba.

—¡Jo! ¡Que guay! Willow no lo hace tan bien —dijo encantado cuando el hombre finalizó.

—Gracias —Dominic sonrió, agradecido.

—¿Me lees otro? Por favor.

—Claro, elige el que más te guste.

Theo saltó de su lado y enseguida le trajo otro de sus libros, colocándose de nuevo apoyado en él, expectante por la nueva historia.

—¡Hola! —canturreó Alyssa nada más entrar en la casa, esperando ver al niño viendo la televisión, como los días anteriores. Sin embargo, lo oyó reír en el piso de arriba. Descargó las bolsas en la encimera, se había pasado a comprar algo para cenar. La tarde había sido complicada en la consulta y había decidido que no le apetecía cocinar.

Subió las escaleras y escuchó la voz de Dominic, narrando lo que parecía un cuento. Theo reía y comentaba algo. ¿Dónde estaría Willow? Se acercó a la puerta y los observó en silencio.

Dominic Davis estaba echado sobre la cama, con un libro entre sus manos y, a su lado, Theo, que apoyaba la cabeza en el hombro del cowboy, miraba los dibujos del libro, mientras el adulto narraba para él y sonreía. Alyssa se detuvo, sin hablar y sin saber qué decir. Aquel rudo vaquero estaba contándole un cuento a su hijo y lo cierto era que ambos se veían felices con el hecho. Recordó a John hacer algo similar durante uno de sus permisos, con un Theo mucho más

pequeño. Los ojos se le llenaron de lágrimas, pero parpadeó, tratando de apartar la humedad de los mismos, centrándose en lo feliz que veía a su hijo en aquella situación. Esperó y los observó en silencio, escuchando la historia que conocía y sabía que estaba al terminar.

—¡Jo! ¡Qué chulo, tío! —exclamó Theo de nuevo, extasiado. Dominic rio.

Unos nudillos tocaron a la puerta de la habitación. Ambos miraron hacia el lugar y vieron la figura de Alyssa que los observaba.

—¡Mami! —el niño saltó de la cama y la abrazó, feliz.

Dominic hizo lo propio y se puso en pie, sintiéndose avergonzado de que lo hubiera descubierto tan relajado.

—Lo siento —dijo tras carraspear.

—No, está bien —Alyssa sonrió cálidamente—. ¿Y Willow?

—No ha venido, como ves —dijo Dominic abriendo los brazos y mirando a su alrededor.

—Pero… me dijiste que todo estaba controlado —le recriminó suavemente.

—Bueno, y así ha sido. No quería que te preocupases por nada.

—¡Mami! ¿Puede venir Dominic a cuidarme otro día? —el niño habló.

—Lo siento, cariño, el señor Davis es un señor muy ocupado —le dijo Alyssa y el niño hizo un puchero.

—El señor Davis es su padre, él es Dominic —informó el niño a su madre, recordando lo que le había dicho al comienzo de la tarde y el interpelado esbozó una sonrisa.

—Aun así… —dijo Alyssa—, Dominic es ranchero, no niñera.

—Pues es mejor que Willow —replicó una vez más Theo.

—Theo…

—Bueno, yo… —Dominic intercedió y sonrió de una forma brillante. Se alegraba de que el niño tuviera aquella opinión de él—, creo que tengo que irme.

—¡Lo siento! —exclamó Alyssa, siendo consciente de que había abusado de su tiempo, no solo le había hecho perder toda la tarde cuidando de su hijo, sino que además estaban teniendo aquella discusión delante de él.

—No, está bien —dijo de nuevo él, pasando al lado de la mujer con una sonrisa, antes de bajar las escaleras.

Theo lo siguió y, cuando bajó el último escalón, comenzó a saltar alrededor de Dominic, que en ese momento cogía las botas para ponérselas. Había considerado que era educado dejarlas en la entrada si iba a estar caminando por la moqueta de toda la casa. Theo se colgó de su cuello al terminar y el hombre se incorporó y sonrió con el niño en brazos.

—Prométeme que volverás y me harás un castillo Lego —le pidió.

—Claro, un día de estos. También puedes decirle a tu tío Jayden que te lleve al rancho.

—¿Y ver caballitos?

—Ver caballitos —asintió él con una sonrisa.

—¡Gracias! —le dijo el niño, abrazándose a su cuello antes de darle un sonoro beso en la mejilla.

—De nada —le guiñó un ojo y lo dejó en el suelo, mientras cogía la bufanda y la cazadora y se la ponía.

Alyssa le extendió unos billetes, él frunció el ceño y la miró.

—¿Necesitas que te compre algo?

—No, es por quedarte con Theo —aclaró—. Pero puede que sea poco.

Alyssa hizo ademán de abrir de nuevo la cartera y él la detuvo subiendo la mano.

—Me lo he pasado bien, no necesito nada —sonrió él.

—Pero… seguro que tenías cosas que hacer esta tarde y…

—Solo venía a comprar a la ferretería, puedo volver por la mañana —desestimó él, quitándole importancia.

—Entonces… no sé… ¿quieres tomar algo? ¿Cenar? He traído algo de cena.

—Otro día, ¿vale? —él sonrió.

—Vale —respondió ella, sin saber qué más decirle.

—Cuídate.

—Sí, claro —respondió Alyssa.

—¡Hasta la vista, campeón! —se despidió de Theo.

—¡Adiós, Dominic! —dijo feliz, antes de correr hacia el salón, donde se oyó cómo encendía la televisión.

—¡Ah! Los deberes están hechos —le informó él antes de poner la mano en el pomo de la puerta para abrirla.

—Gracias, la verdad es que no sé cómo voy a poder pagarte esto.

—Olvídalo. Hasta la vista.

—Hasta la vista, Dominic.

La puerta se cerró tras él y la joven la miró, suspirando. Las cosas eran más sencillas cuando podía pasar todo el día en casa, disponible para Theo. Volver a trabajar le recordaba de alguna forma lo sola que estaba. Agradeció el haber podido contar con un amigo como Dominic. Solo que ahora ella se sentía fatal por lo sucedido once meses atrás, por aquel mensaje al que nunca respondió.

Una tarta

Una insistente Eva le había preguntado dónde se había metido la tarde anterior. Le había pedido que comprase algunas cosas en la tienda del pueblo para la decoración navideña del hostal, en la cual habían comenzado a estar inmersos en aquellos primeros días de la campaña navideña.

—Me encontré con alguien y perdí la noción del tiempo —respondió él, sin querer darle alas a la imaginación de su hermana pequeña si le contaba que había estado siendo la niñera del hijo de Alyssa.

—¿Con una mujer? —preguntó a bocajarro, después de fruncir el ceño. No era un comportamiento habitual de Dominic.

—Con un colega —mintió, aunque, pensándolo bien, podría decirse que Theo era un colega, aunque… bueno, solo tenía siete años. Dominic bebió de su taza de café, pensando que lo peor había pasado. Su hermana daría por buena la respuesta y, después de tomar el contenido de aquella taza, estaría a su disposición para las tareas del hostal.

—¿Eres gay, Dom? —soltó de golpe, y casi hizo que el hombre se atragantase con la bebida.

—¿¡De qué vas!? —preguntó a su vez, molesto con su hermana, aunque ya debería estar acostumbrado a aquella forma directa y sin tacto que tenía, al menos en lo que a la familia se refería.

—No sé, que si lo fueras no pasaría nada. Tal vez papá podría decir algo al respecto, o Chase —nombró a uno de sus hermanos, el que tenía fama de tener peor carácter de todos—, pero se les pasaría.

—No, no soy gay, Eva. Y te recuerdo que he salido con mujeres.

—Hace mucho desde entonces —replicó ella.

—O no. Eso es algo que no sabes, porque no somos siameses ni pasamos las veinticuatro horas del día juntos.

—Créeme que lo sabría, este es un pueblo muy pequeño.

—Quizá no sea tan pequeño.

—¿Desde cuándo no te acuestas con una mujer?

—¿Desde cuándo no te acuestas tú con un hombre? —Dominic rebatió su pregunta con otra, y entrecerró los ojos mirándola fijamente.

—Yo… —balbució en principio—, ¡eso no te importa!

—¿O es que eres lesbiana, querida Eva? —Dominic le pagó con su propia medicina.

—¡No!

—¿No sales con nadie? —inquirió una vez más Dominic, tratando de ponerla nerviosa, algo que parecía estar consiguiendo.

—Yo… —volvió a balbucir, confusa. Sacudió la cabeza.

—No es agradable que te interroguen así, ¿no es cierto? —le preguntó Dominic, cuando supo que era suficiente y que su hermana pequeña había entendido perfectamente aquel punto.

—¡Lo hago por tu bien! —se desquitó ella.

—¿Vas a buscarme una cita?

—Puede.

—Me gustaría verlo —Dominic soltó una carcajada, y su hermana resopló.

Unos nudillos tocaron a la puerta justo un par de segundos antes de abrirse. Era Alyssa, con una caja en la mano, que indicaba que les llevaba algún tipo de dulce.

—¡Hola, Ally! —Eva se adelantó y fue hacia la mujer para ponerle un brazo sobre los hombros, a modo de saludo.

—¡Hola, Eva! —dijo ella—, pensaba que estarías en el hostal.

—Estaba a punto de irme.

—Hola, Dominic.

—Hola —dijo él, con una sonrisa—. ¿Todo bien?

—Sí, era solo que… bueno, esta mañana he estado cocinando y, como Kylie me enseñó hace algún tiempo a hacer la famosa tarta de moras y pensé en traer una, para agradecerte lo de ayer —Alyssa se dirigió hacia Dominic.

—¿Lo de ayer? —Eva subió una ceja, interesada en aquello.

—Dominic me salvó, literalmente —sonrió Alyssa, y le dedicó una cálida mirada al hombre, que la observaba de igual manera.

—¿La salvaste? —Eva estaba ansiosa de recibir más información.

—No fue nada —desestimó Dominic.

—La niñera me dejó tirada, y Dominic se quedó con Theo mientras yo trabajaba.

—¡Ohh! Dom es un encanto —dijo Eva, satisfecha de tener aquel cotilleo. Trataría de sonsacarle algo más a su hermano a lo largo de la tarde—. ¿Quieres tomarte un café con nosotros, querida?

—Bueno, yo… solo…

Eva le quitó la tarta de las manos a Alyssa y se la dio a Dominic, pidiéndole que sirviera varias raciones y trajera dos tazas de café para ellas. El hombre entrecerró los ojos, pero hizo lo que le pidió su hermana. Para cuando volvió al salón con la bandeja que contenía aquellas cosas, vio que Eva se había ido y que los había dejado solos. ¡Qué sutil!

—Eva se ha ido —dijo Alyssa, siendo consciente de la nueva artimaña de la joven Davis.

—Sí, ya veo —afirmó Dominic, con gesto de disgusto.

Alyssa no supo vislumbrar si era por lo poco disimulado del comportamiento de su hermana, o si lo era por quedarse a solas con ella.

—Yo, bueno… tengo prisa también —se levantó del asiento.

—No, por favor, quédate y tomemos este café y la tarta.

Alyssa se dijo que no tardaría demasiado y volvió a tomar asiento.

—Espero que te guste —le dijo, viéndolo tomar con el tenedor un trozo de la misma.

Dominic se introdujo en la boca la porción de tarta que tenía pinchada en el cubierto y pensó que, además de estar recién hecha, el sabor era perfecto. Saboreó con deleite aquel postre.

—Está deliciosa —le dijo.

—¿De verdad?

—Sí, de verdad.

Alyssa sonrió, aliviada.

—Me alegra, no quería quedar mal. Sé que Ashley —nombró a la cuñada de Dominic, la que regentaba el hostal del lago—, tiene una mano fantástica para la repostería.

—Me temo que le acaba de surgir una dura competidora —la alabó, y degustó otro bocado.

Alyssa sonrió, agradecida por el cumplido, y bebió de su taza de café.

—Yo solo quería agradecerte lo que hiciste ayer por mí, de verdad que me salvaste, literal.

—Fue un placer, y no sé si mi próximo comentario me hace quedar un poco mal, pero lo cierto es que lo pasé muy bien con Theo.

—Te hace quedar muy bien —ella volvió a sonreír—. Theo te aprecia. Sé que siempre estás aquí cuando lo trae Jayden al rancho y bueno, desde ayer no para de hablarme de ti y de lo bien que montas Legos o lees cuentos. Creo que tienes un fan.

—Es un niño muy especial —sonrió Dominic.

—Y, hablando de él, está con Jayden ahí fuera. Espero que no os importe que os robe un poquito al capataz. Creo que, por ahora, me he quedado sin niñera.

—¿Qué le ha ocurrido?

—Parece ser que Willow ha encontrado un trabajo a tiempo completo.

—¡Vaya! Lo siento ¿Quieres que me quede con él?

—¡No! Por Dios, no —Alyssa rio—. Jayden se ocupará de él esta tarde, y seguiré buscando niñera o tratando de que Gabriel me cambie los turnos.

—¿Gabriel?

—El doctor Peterson. Solo trabajo media jornada, pero realmente necesito que sea siempre de mañana. Y en las vacaciones, espero tenerlo solucionado o me veré obligada a renunciar.

—¡No! —exclamó Dominic, compasivo.

—Ya, es una faena, pero… mi hijo está por delante de todo.

—Lo entiendo. De todas formas, no sé, en Navidad hay muchas actividades infantiles en el pueblo y… bueno, estoy seguro de que te arreglarás.

—Eso espero —la mujer miró el reloj y se levantó del asiento—. Tengo que ir al trabajo. Gracias por lo de ayer y por lo de hoy, por permitir que Jayden se ocupe de Theo.

—Ennis es una comunidad relativamente pequeña, y solemos ayudarnos los unos a los otros. Gracias a ti por la tarta.

Alyssa sonrió y salió por la puerta del hostal.

Dominic la siguió con la mirada, esperaba que pudiera solucionar su problema con el asunto de la niñera; tal vez debería hablarlo discretamente con su madre, y entre todos podrían echarle una mano.

Un té muy caliente

Jayden le escribió diciendo que se había llevado a Theo al hostal del lago. Alyssa sonrió tras leer el mensaje y se dijo que era curioso cómo su hermano había encajado tan bien en Ennis después de su retiro de los Marines. Pasó de participar en misiones especiales y secretas a ser el capataz del rancho Davis. Claro que, si era capaz de ser un espía del Tío Sam, organizar el trabajo de un rancho no parecía inaccesible para alguien como él. También estaba Kylie Davis, la mujer que le había robado el corazón a Jayden, y alguien que se había convertido en una buena amiga para ella.

—¡Ally! —exclamó Kylie, dándole la bienvenida al hostal del lago con un breve abrazo, nada más verla entrar por la puerta—. ¿Qué tal el trabajo?

—Agotador —dijo con una sonrisa y le entregó el abrigo y la bufanda—, pero estimulante. Está bien volver a ser activa.

—Necesitas un tiempo para adaptarte, ten paciencia. Jayden está por algún lado, creo que en el salón grande —le informó sonriendo, antes de alejarse con el abrigo.

—¡Hola, cariño! —Maggie, la matriarca de los Davis, se acercó en ese momento a ella. No había hablado en demasiadas ocasiones con la mujer, pero siempre se había mostrado cariñosa y atenta.

—Hola, señora Davis.

—Maggie, por favor, o me harás vieja —dijo la mujer, corrigiéndola. Lo cierto era que no debía tener mucho más de sesenta años, había sido una madre joven y se mantenía en perfecta

forma, hasta podría pasar por la hermana mayor de algunos de sus hijos sin mucho problema.

—Lo siento —se disculpó con una sonrisa.

—Tenemos que hablar de algo, querida —le dijo, tomándola del brazo.

—Claro, Maggie. ¿Ha hecho algo malo mi hermano?

—¡Oh, no! Jayden es estupendo, cariño. Pero no puedo decir lo mismo de ti. He de confesarte que estoy molesta contigo.

—¿Conmigo? —se sorprendió, pensando en qué podría haberle hecho a aquella mujer.

—Me gustaría saber por qué no nos has pedido ayuda ahora que has vuelto a trabajar.

—¿Ayuda? —preguntó, sin saber a qué se podría referir.

—¡Con Theo! —le dijo, extrañada de que no se hubiera dado cuenta de qué hablaba.

—Bueno, es cierto que he tenido algún que otro problema con el asunto de la niñera y…

—¡Oh, cariño! —le dijo—. Me lo han contado y me parece terrible, pero ¿por qué no se lo dijiste a Kylie?

—Kylie está ocupada con John.

—También tenemos a Felicity —le dijo Maggie, orgullosa de su nieta mayor, la hija de Ashley y Tyler, que contaba con tres años. Lo que quiero decirte, cariño, es que tenemos más niños, y pueden estar juntos mientras trabajas.

Alyssa se conmovió con el ofrecimiento de Maggie Davis.

—A pesar de que te lo agradezco, Maggie, la realidad es que Theo tiene siete años y me temo que puede resultar algo más intenso y movido que Felicity y John.

—¡Tonterías! —desestimó la mujer—. Ese niño es un bendito, lleva toda la tarde aquí y ha sucedido todo lo contrario, incluso ha ayudado con el bebé. Te felicito, cariño, estoy segura de que algún día será un gran hombre. Y te lo digo yo, que he criado a cinco hijos.

Alyssa rio con el comentario de Maggie, además de sentirse orgullosa de que sus esfuerzos para que Theo fuera un niño educado y colaborativo estuvieran obteniendo sus frutos.

—Eres muy amable, Maggie. Pero me sentiría terriblemente mal por cargaros con Theo.

—Oh, cariño. Te confesaré algo: solo tengo dos nietos de momento y necesito algo más de movimiento por aquí, no sería una carga, te lo aseguro. Dime que, al menos, te lo pensarás.

—De acuerdo, lo haré —Alyssa esbozó una sonrisa.

—Creo que los chicos están por aquí —le indicó la dirección y caminó con ella hacia uno de los salones—. ¿Te apetecerá tomar una taza de té?

—Tengo algo de prisa.

—¡Es Navidad! Relájate un poco con nosotros —le pidió.

—De acuerdo —Alyssa sonrió a la mujer y se dijo que aún faltaban, al menos, cuatro semanas hasta Navidad, aunque entendía el concepto—. Tomaré esa taza de té.

Maggie la dejó a la puerta de uno de los salones, mientras ella se dirigía a la cocina para preparar el té. Alyssa escuchó la voz de Dominic: de nuevo, estaba narrando un cuento en voz alta. Entró en la estancia, pero permaneció en un segundo plano, sin descubrirse, observando la escena detenidamente. Jayden estaba sentado en uno de los sillones con John en brazos. Dominic, sentado en otro sillón con Felicity sobre una de sus piernas y apoyada contra él, miraba el libro que él leía; y en la otra pierna, Theo, haciendo lo propio, con una sonrisa iluminando su pequeño rostro.

Kylie y Layla acomodaban unos centros de flores en la mesa grande, mientras que los hermanos Tyler y Chase bebían café cerca de la chimenea, comentando algo en voz baja que los hizo sonreír.

Dominic estaba entregado a la historia y, de vez en cuando, hacía reír a los niños con ella, sentados en sus piernas. Alyssa se dijo que era una escena digna de una película navideña. ¡Los Davis eran tantos! Sin duda habían conseguido crear una bonita familia y lograban seguir unidos. Una punzada de envidia la recorrió: ¡que gratificante debía ser para Maggie y Elijah tener algo así! Ojalá ella hubiera podido tener una familia similar. Ya ni siquiera esperaba formarla; estaba sola y la perspectiva de volver a estar con alguien la aterraba en cierta medida. ¡Qué afortunado había sido Jayden al encontrar en su camino a Kylie y poder formar parte de aquello! Se

alegró por él y esbozó una sonrisa, volviendo a centrar la atención en Dominic y su relato. Por un instante, quiso formar parte de aquella foto perfecta.

—¿No es un encanto? —preguntó la voz de Eva desde atrás.

—¿Quién? —preguntó Alyssa en voz baja, frunciendo el ceño para no interrumpir.

—¡Dom! —exclamó Eva, como si no hubiera sido obvio. Tan obvio como que Alyssa lo había estado mirando.

—Parece que es un buen tío.

—Los niños lo adoran. Será un buen padre, lo sé —dijo Eva y bajó aún más la voz—. Lástima que me jubile antes de que eso suceda.

Alyssa se llevó la mano en la boca para tratar de no hacer ruido al reírse con el comentario de la siempre deslenguada Eva.

—Crees que es broma, pero no es así. Creo que le organizaré una cita a ciegas.

—¿En serio? —Alyssa frunció el ceño, pensando si el cowboy aceptaría aquello de buen grado.

—Si él no hace nada, alguien tendrá que hacerlo, ¿no crees?

Alyssa volvió a mirar a Dominic y no creyó que a Eva le costase encontrar una candidata que quisiera salir con su hermano. Era un hombre alto, al menos un metro ochenta y cinco, con una complexión atlética, caderas estrechas y hombros anchos. También contaba con unos brazos fuertes y su rostro era demasiado perfecto, como si hubiera sido cincelado por un artista de la época griega: mandíbula cuadrada, labios carnosos y apetecibles, y unos ojos verdes que podrían atrapar a cualquier mujer en ellos con solo una mirada. Su cabello era castaño claro, a medio camino entre el de Chase y la propia Eva. Él pareció sentirse escrutado y la miró durante un par de segundos que se hicieron eternos, siendo consciente por primera vez de su presencia en el lugar. Y, de repente, a Alyssa el aire le pareció más denso y sintió calor. Se pasó la mano por el cabello para retirarlo de su rostro y tragó saliva.

—Tu té, querida —le dijo Maggie, apareciendo al instante siguiente con una taza sobre un plato.

—¡Gracias! —dijo la joven, tomándolo en sus manos. Estaba caliente y resultaría reconfortante, pero, de repente, le pareció mejor idea tener la posibilidad de tomar algo frío con mucho hielo.

—¿Quieres? —preguntó Eva, pero ella no captó el sentido de la pregunta y se mostró confundida.

—Ya tengo el té —dijo, pensando si le estaba ofreciendo algo más de beber.

—¡No! Una cita, con él —dijo Eva, mostrando sus intenciones a las claras.

Alyssa abrió la boca para contestar, aunque aún no sabía el qué; boqueó e intentó articular algo, pero justo en aquel momento, agradeciendo su suerte, la historia terminó y los aplausos de los niños y de los mayores las interrumpieron, haciendo que la conversación terminase.

—Deberías venir un día a la biblioteca, dentro de un par de semanas —lo invitó Layla, que era la bibliotecaria de la misma y se ocupaba de las actividades infantiles en vacaciones; una de ellas era la de cuentacuentos.

—Creo que se lo dejaré a Chase, me han dicho que, en su papel de ogro, es insuperable —bromeó Dominic.

—¡Ja, ja! —dijo el interpelado, que siempre solía mostrarse algo más serio que el resto de sus hermanos.

Aunque Alyssa sabía que Theo se había quedado impresionado un par de años atrás con aquella historia, cuando la narraron a dos voces Layla y Chase para los niños en vacaciones.

—Lo digo en serio, necesito más voces. Hay que entretener a una audiencia muy exigente durante varias semanas —volvió a hablar Layla.

—¡Mirad quién ha venido a vernos! —exclamó Eva, poniendo las manos sobre los hombros de Alyssa.

—¡Hola! —saludó ella, sintiéndose pequeña de repente entre aquella gran familia. El resto de Davis la saludaron con cariño.

Theo se bajó de la pierna de Dominic y abrazó a su madre por la cintura para saludarla. Esta le acarició la cabeza con cariño.

—¿Te quedas a cenar? —la invitó Ashley, la dueña del hostal, poniendo una mano de forma cariñosa en su antebrazo.

—Es tarde y ha sido un día agotador, estoy deseando llegar a casa; quizá otro día, pero gracias —Alyssa sonrió.

—¡Oh, querida, es una pena! —dijo Maggie, a su lado aún.

—Creo que debo acostumbrarme a esto de la vuelta al trabajo —Alyssa hizo una mueca con la boca y se dirigió al niño—. Theo, cariño, ¿puedes ir a por tus cosas?

Theo salió corriendo del salón y supo que se dirigió hacia la planta de arriba, donde suponía que tendría el abrigo y la mochila, mientras que ella se despedía de los demás en el salón.

—Buscaremos tu abrigo y os acompañaré hasta la puerta —dijo Maggie.

—Mamá —dijo Dominic apareciendo delante de ellas en el hall del hostal—, papá está en la cocina y dice que te necesita de forma urgente.

—¡Vaya! ¡De acuerdo! No queremos quedarnos sin cenar. Dom, cariño, ¿puedes traerle el abrigo y el bolso a Alyssa y acompañarla hasta la puerta?

—Sí, claro —dijo el hombre, dejándolas a solas de nuevo.

—Le he dicho a Jayden que te convenza para que traigas a Theo con nosotros, al menos mientras te organizas —habló de nuevo la mujer Davis.

—Gracias por todo, Maggie —Alyssa sonrió a la mujer. Aquel ofrecimiento llegaba como caído del cielo en esos instantes. Se despidieron y la matriarca Davis desapareció tras unas puertas, que probablemente daban al comedor y a la cocina; aún no conocía a fondo el hostal. No solía ir demasiado por allí, a pesar de que Kylie y Jayden habían intentado invitarla a algunas cenas familiares en el sitio a lo largo del año.

—Tu abrigo —dijo Dominic, con él doblado en el antebrazo, mientras esbozaba una sonrisa.

El hombre la ayudó a colocárselo y después le pasó el bolso.

—Gracias y gracias por tener tan entretenido a Theo, un día más.

—De nada, es un niño fácil de contentar. Mi sobrina es algo más inquieta y John… ya veremos —sonrió él.

—Tu madre me ha ofrecido que le deje a Theo, mientras me organizo —le dijo.

—Es una excelente idea, cuantos más, mejor. Aunque somos un poco apabullantes, perdona si lo has sentido así hace un rato, en especial, ya sabes, Eva.

Alyssa emitió una carcajada.

—Es muy… no sé si sabría definirla.

—¿Entrometida? ¿Pesada? —la ayudó él y ella volvió a reír.

—Tiene frescura —dijo Alyssa.

—Una forma educada de decir que puede volverte loco con solo un par de frases. Y no sé a quién ha salido. Puede que tenga algún gen recesivo de algún antepasado —bromeó.

Alyssa volvió a reír con él y Theo bajó las escaleras en tropel.

—Cuidado, cariño —lo riñó Alyssa.

—¡Gracias por todo, Dominic! Lo he pasado muy bien esta tarde —dijo el pequeño a modo de despedida.

—Yo también, colega —le puso el puño y el niño lo chocó, abriéndolo después como si fuera una explosión.

Alyssa frunció el ceño: aquellos dos habían tenido tiempo de idear un saludo de hombres. Su niño se hacía mayor.

—Gracias —dijo Alyssa hacia el hombre una vez más.

—¡Ally! —la llamó su hermano, que bajaba en estos momentos del piso de arriba y los vio a ambos con los abrigos a punto de irse —. ¿Os vais? Pensaba que os quedaríais a cenar.

—Estoy agotada, Jay —hizo un puchero hacia su hermano, que la abrazó contra su pecho y la consoló.

—Voy a ayudar a poner la mesa —dijo Dominic, dejándolos a solas—. Hasta la vista.

—¿Te abrumamos? —preguntó Jayden, sabiendo lo que probablemente le pasaba a su hermana.

—Puede que un poquito.

—Lo siento —se disculpó.

—Entiendo que somos muchos, pero son buenas personas. Me gustaría que formases parte de esta familia, porque Theo y tú también sois mi familia.

—Me alegra que pienses así y me hace muy feliz ver que eres uno más de ellos, Jay —Alyssa le acarició la mejilla.

—¿Pero? —preguntó él.

—Estoy muy cansada, de verdad. Es difícil volver al trabajo, tratar de hallar una niñera y bueno… son demasiados cambios en poco tiempo.

—¿Necesitas ayuda? —Se refirió a dinero y, ella lo supo enseguida.

—Estoy bien, esto es solo para ir ahorrando para la universidad de Theo.

—Yo podría ayudarte con ello —se ofreció.

—Tú tienes una familia.

—Pero yo…

—Jay, olvídate —lo cortó ella—. Estoy bien, necesito hacer algo más con mi vida aparte de ponerme a limpiar como una obsesa en casa. Solo necesito un tiempo para organizarme y asentarme de nuevo.

—Me llevaré a Theo cada tarde, y es una decisión tomada —dijo él y ella puso los ojos en blanco.

—Sí, Maggie me lo ha hecho saber. Ha sido una invitación, pero estoy segura de que no le serviría un «no» como respuesta.

—Dom habló con ella sobre el tema.

—¿Dominic? —preguntó, extrañada.

—Sí, debió verte muy estresada con el asunto. Maggie se alarmó enseguida con lo que te estaba sucediendo y vino a continuación a hablar conmigo.

Alyssa había quedado sorprendida con el hecho.

—Nos vamos, Jay —dijo y su hermano la besó en la mejilla.

—Conduce con cuidado, y cuando necesites algo, dímelo.

Alyssa sonrió, Jayden siempre había estado pendiente de ella, especialmente desde la muerte de John, pero entendía que ahora tenía su vida; un trabajo nuevo, una prometida y un bebé. No quería molestarlo, solo quería que fuera feliz.

Así que… ¿había sido Dominic quien había hablado del asunto con Maggie? ¡Vaya! No sabía si sentirse agradecida o molesta. La verdad era que el cowboy resultaba muy mono y… estaba bien que

alguien se tomara esas molestias por ella, solo para variar. La hacía sentir… bien.

Dos tartas

Alyssa abrió la puerta de su casa y encontró a una sonriente Eva con una caja que evidenciaba que iba a recibir un pastel de parte de la pequeña de los Davis. Solo que, era la primera vez que estaba en su casa y eso, tratándose precisamente de ella, hacía que se pusiera en guardia de alguna forma.

—¡Hola! —Eva saludó con una brillante sonrisa.

—¡Hola! Pasa, por favor.

—No quiero molestarte —dijo, introduciéndose en la vivienda—, pero pensé que podría agradecerte tu deliciosa tarta de moras con una de melocotón.

—Me encantan los melocotones, gracias. La dejaremos en la cocina —la tomó con ambas manos y la llevó hasta la estancia—. ¿Quieres tomar algo?

—Yo solo quería traerte la tarta —dijo tratando de sonar modesta.

—¿Café? ¿Té? ¿Una soda? —ofreció Alyssa.

—Una soda estará bien, gracias.

Alyssa sacó del frigorífico una lata y se la mostró; esta asintió y se la colocó delante.

—¿Vaso? —dijo mientras la veía abrirla y tomarla de la lata.

—No, gracias, soy una chica de campo. Pero no lo digas, en el hostal trato de ser todo lo contrario, por los clientes.

—Claro —Alyssa sonrió y tomó otra soda del refrigerador, se sentó en uno de los taburetes de la isleta de la cocina para acompañar a la otra mujer.

—He pensado que era hora de conocernos mejor —comenzó a decir Eva y Alyssa subió una ceja en su rostro, sonriendo—. Tu hermano y mi hermana tienen un hijo. Somos familia, y esta es una comunidad pequeña.

—Sí, así es —respondió aun con la sonrisa en su rostro. Se dijo que cuando quería, Eva también podía ser más comedida, y lo estaba demostrando.

—Estaría bien que nos conociéramos mejor y nos visitásemos a menudo y por supuesto que cenéis con nosotros de vez en cuando, en familia. Sé que a Jayden también le gustaría.

—Jayden es un buen hermano.

—Lo es —Eva sonrió—. Y bueno, ayer nos interrumpieron cuando ambas estábamos hablando de algo importante.

Alyssa amplió su sonrisa, ahí estaba la Eva de siempre, se había quedado sin una respuesta y había ido a buscarla. Era incansable.

—¿Sí? —Alyssa disimuló, como si no supiera a qué se refería la otra mujer.

—En ese momento te estaba preguntando si querrías tener una cita con Dom. Él está soltero, tú estás soltera… —dejó caer.

—Yo soy viuda —le dijo con un tono demasiado brusco.

—Bueno… pero… —Eva notó la reticencia de la mujer cuando había pronunciado la palabra «viuda» y por un instante, se arrepintió de sus pretensiones—. Lo siento, de verdad.

—Gracias —dijo Alyssa y también se arrepintió de haber sonado tan dura. Eva era alocada pero no merecía que fuera grosera con ella y trató de suavizarlo—. Ha pasado ya un tiempo, pero…

—Lo entiendo, claro —Eva alargó su mano y la puso sobre la de la otra mujer, en señal de afecto y comprensión—. No quiero sonar insensible, pero no sé si habías pensado en volver a tener citas y esas cosas.

—Sé que sucederá en algún momento —convino Alyssa—. Pero no sé si estoy preparada. Toda esa presión de pensar si te querrán besar o si te tomarán de la mano. ¡Uff! No.

—Claro —convino Eva, sintiendo que quizá se había excedido en sus pretensiones para con Alyssa. Pero sabía que a Dom le gustaba la mujer, lo sabía porque lo conocía, era su hermano

inmediatamente mayor a ella, solo se llevaban dos años, y lo conocía como a la palma de su mano.

—Siento haber estropeado tus planes —se arrepintió en cierto modo la mujer.

—¿Y si es una cita sin beso? —dijo de repente Eva y Alyssa abrió los ojos, sorprendida—. ¡Claro! ¡Eso es! Así puedes ver si estás preparada o no para todo ese mundo de nuevo.

—¿Una cita sin beso? —preguntó ella, sorprendida.

—Sin beso y sin tocar, solo hablar y cenar. Luego cada uno vuelve a su casa en su coche. Eso está bien, ¿verdad? ¿Qué me dices?

—Yo no sé si… —comenzó a decir Alyssa y se interrumpió a sí misma para plantear una nueva cuestión muy pertinente—. ¿Qué hombre va a aceptar eso?

—¡Dom lo hará! —dijo rápidamente Eva.

—Lo dudo —sonrió Alyssa.

—¡Te lo prometo! ¡Lo hará! Yo se lo pediré, y él lo hará. ¿Qué me dices?

Alyssa se dijo que Dominic solía ser muy paciente con la alocada de Eva, pero que estaba segura de que no iba a pasar por aquello en cuanto su hermana se lo plantease.

—Pero ya no sería una cita a ciegas; yo sé que va a ser con él.

—Porque… —Eva pensó a toda prisa—, yo te estoy ayudando para que veas si puedes volver a ese mundo, eso es. Entonces tú lo sabrás, pero él no lo hará. Porque para ti será más sencillo con alguien que ya conoces y que será seguro. Te prometo que Dom es todo un caballero.

—De acuerdo —dijo Alyssa, sabiendo que Dominic no iba a aceptar una cita con una mujer desconocida a la que no podría tocar ni besar en toda la cena—. Si consigues que tu hermano acepte las condiciones, allí estaré. Luego está el asunto de Theo…

—Yo cuidaré de él, por descontado. Haré una fiesta de pijamas con los niños, y podrá quedarse a dormir en el rancho si te parece bien.

—Te tomas demasiadas molestias —le dijo, ceñuda.

—Bueno, yo… ¡mi espíritu navideño! —dijo.

Alyssa sonrió, aunque conocía poco a Dominic, era un hombre y sabía que pondría el grito en el cielo con la propuesta.

Preparando una cita

Alyssa y Dominic hablaban en una de las esquinas del salón con una taza de café entre las manos. Ella había llevado al niño allí después de almorzar, ya que tenía turno de tarde, y probablemente solo estaban hablando del tiempo: de si nevaría esa noche o no. Supo que ellos eran así de aburridos. Su hermano no se insinuaría y ella desde luego que tampoco lo iba a propiciar, ni en mil años. Theo y Felicity corrían alrededor de ellos y Eva los miraba con atención a cierta distancia.

—No se te ocurra entrometerte —dijo la voz de su hermano Tyler mientras la abrazaba desde atrás, y le posaba un beso en la cabeza —. Sé que tienes muchas ideas, que es Navidad, que hay muérdago y todo eso, pero hazme caso, déjalos.

—Hacen muy buena pareja, a él le gusta ella, y ella está sola, en Navidad.

—Si algo ha de pasar, pasará. No te metas, hermanita. Te conozco.

Eva hizo un mohín de disgusto con la advertencia de Tyler. Lo que él no sabía era que ya estaba en camino el plan que tenía para ambos y comenzaría esa misma noche. Cuando el hombre subió a la planta de arriba y la dejó a solas, sonrió satisfecha.

No haría mucho, solo sembraría la semillita, para volver a tener una Navidad con una bonita historia de amor en el Hostal del lago Ennis. ¿Qué tal si escribía un libro sobre aquello? Sobre todas las parejas que habían comenzado allí. Bueno, lo de Ty y Ashley no había sido exactamente allí, pero podría adornarlo un poco y quizá

pudiera autoeditarlo y dejar el libro como lectura en el salón del hostal.

A última hora de la tarde, su hermano Jayden acudió a la consulta con un corte que necesitaría al menos un par de puntos. El doctor lo cosió rápidamente y después pasó por sus manos, donde, además, le pincharía la antitetánica.

—Pensaba que los Marines teníais las vacunas al día.

—Y las tenemos, solo que ya no soy Marine y estaba a punto de caducarme la anterior.

—Y ni siquiera te quejas y te acaban de coser.

—He tenido heridas peores que un rasguño de un alambre de espino.

—Sí, esas heridas ultra secretas —dijo ella, recordando a lo que se habían dedicado su marido y él, ambos habían sido compañeros —. ¿Algún día se termina ese contrato de confidencialidad?

—Me temo que no, por tu seguridad.

—Ya. Bueno, siempre supe a quienes tenía en la familia.

—Las chicas van a ir a Billings de compras, para lo del disfraz de la fiesta de Nochebuena. Los hombres nos quedaremos con los niños, por si te apetece ir con ellas.

—Faltan semanas hasta entonces, y no me han invitado.

—Kylie lo hará.

—No quiero que la obligues a ello.

—No lo hago. Ambos queremos que pases más tiempo con nosotros, Ally. ¡Auch! —se quejó por el pinchazo de la jeringuilla; supo que no fue cuidadosa a propósito.

—Ya paso más tiempo con vosotros, voy cada día a por Theo.

—Vas, tomas un café por compromiso y vuelves a tu fría casa.

—Mi factura de la calefacción no opina lo mismo que tú sobre lo de fría.

—Ally, necesitas algo más que trabajo y casa. Necesitas salir.

—¿Salir?

—Una cita.

—¡Oh, Dios! —se quejó ella.

—Hace tres años desde lo de John, Ally. Tienes derecho a rehacer tu vida —se detuvo—. Theo necesita una figura paterna.

—Nosotros no la tuvimos y no nos fue tan mal, ¿no crees? —dijo, a la defensiva.

—¡Ally! —exclamó él.

—Tengo trabajo —dijo ella, con tono cortante.

—Ally…

—Creo que podemos hablar de esto en casa, en otro momento —zanjó ella.

—De acuerdo —la besó en la mejilla.

—Y solo para que conste. Puede que ya tenga una cita, ¿vale? —dijo, arrepintiéndose de haberle hablado de aquella forma a su hermano.

—¡La fiesta de pijamas de Eva! —Jayden era un hombre inteligente y sabía sumar dos y dos.

—Solo será una cena, nada romántico —replicó ella.

—Vale —dijo, pensando que no debía presionarla—. ¿El doctor?

—¡No! ¿Cómo has llegado a esa conclusión?

—Es veterano de la fuerza aérea y no es mal parecido —dijo él.

—Es mi jefe —zanjó ella—. Y no más Marines en mi vida.

—Está retirado.

—Bueno, tú también, y desapareciste durante seis meses la última vez.

—Ally, sabes que eso fue distinto.

—Ya.

—Sea quien sea, me alegro. Y si no se porta bien, llámame y le doy una paliza.

—No será nada romántico, Jay —volvió a decir ella—. Y ahora si me disculpas, tengo trabajo.

—Claro que sí, enfermera.

Jay volvió a darle un beso en la mejilla a su hermana pequeña y la dejó a solas, limpiando el instrumental.

A veces odiaba que pensaran que estaba rota por dentro solo porque no tenía ganas de volver a empezar.

Alyssa tomó conciencia de que Eva todavía no había cancelado la cita de esa noche, y aunque por un lado le preocupaba la tardanza, por otro se dijo que debía estar tranquila: aquella cita no se celebraría. Aunque, podía imaginar que la joven estaba empleándose a fondo en tratar de que Dominic la aceptase. Sonrió pensando en aquello, y casi la podía ver poniéndose de rodillas delante de su hermano con las manos juntas a modo de súplica.

***

—Por favor —estaba diciendo Eva delante de Dominic, cuando Jayden entró en la cocina del rancho esa noche.

—No, Eva, no —respondió categórico Dominic, que parecía molesto con la mujer.

Jayden tomó un refresco y esperó ver qué sucedía o cómo continuaba la conversación.

—Sabes que nunca te pido nada, Dom.

—Puede que no pidas; haces cosas peores que pedir.

—Hazme caso, sé que lo pasarás bien. Por favor. ¿Qué te cuesta?

—Me cuesta, y mucho.

—¿Por qué?

—Porque ya es suficiente, Eva. Sabes que soy quien más paciencia tiene contigo de toda la familia, pero creo que con esto has cruzado todas las líneas.

—Jay, ¿me ayudas? —le pidió Eva, suplicante hacia su cuñado, que permanecía en un segundo plano.

—Solo soy un observador internacional —dijo, levantando las manos, mostrando su inocencia.

—¡Eva me ha organizado una cita a ciegas! —se quejó a él—. ¿Qué te parece?

—Bueno, aunque soy como Suiza —comenzó a responder Jayden —. No creo que sea para tanto.

—¡Para esta noche! Me lo acaba de decir. En… no sé ¿dos horas, Eva?

—Una hora —dijo ella con precaución, y Dominic bufó.

—Quizá sea un poco precipitado —convino Jayden.

—No es un poco precipitado —volvió a decir Dominic, molesto—, es una locura, y lo peor es que lo ha hecho a propósito. Porque sabía que le diría que no.

—Solo necesitas una ducha y ropa bonita, solo eso —insistió ella, como si fuera lo más normal del mundo—. Y ya he comprado flores y las he dejado en tu camioneta.

—¡Es increíble! —volvió a bufar Dominic—. Llámala y dile que no habrá cita.

—No puedo. Ella debe estar por llegar al restaurante.

—¿No era en una hora?

—Es… muy puntual —dijo.

—¡Mientes! Llámala y dile que no habrá cita.

—Sé que te va a gustar, lo sé —dijo volviendo a unir sus manos en una súplica.

—No me gusta, y aún no la conozco —dijo él, categórico.

—Puedo ponerme de rodillas —Eva hizo ademán de hacerlo.

—No quiero que te pongas de rodillas —la paró alzando una mano y se pasó la mano por el cabello, frustrado. Cerró los ojos y trató de respirar hondo.

—No estaría bien que le dieras plantón por mi culpa —dijo Eva en voz baja, midiendo sus palabras, para ablandar a Dominic, sabía que lo tenía a punto de ceder a sus deseos.

—No quiero oírte ni una sola palabra más —le advirtió con un dedo en alto—. Voy a tomar una ducha.

Dominic salió de la cocina como una exhalación y se le oyó subir las escaleras hasta el piso de arriba. Eva hizo poco menos que una danza de la alegría en silencio; sabía que no debía tensar más la cuerda con su hermano.

—Eres malvada, Eva —le dijo Jayden con una sonrisa.

—Me lo agradecerá, ya verás —convino ella, pero a continuación suspiró—. Ahora solo me queda que acepte las «normas».

—¿Hay normas? —quiso saber Jayden.

—Su cita tampoco quería ir y me pidió que él aceptase algunas cosillas.

—Esto no me lo pienso perder —dijo Jayden, divertido.

—De hecho, espero que me ayudes —le pidió Eva.

—No, no, no —Jayden negó con la cabeza—. Soy Suiza.

—Voy a enviarle un mensaje, para decirle que Dom ya va para allá —canturreó Eva, satisfecha.

Dom está en la ducha. Espero que estés lista.
Besos. Eva.

Alyssa casi se atraganta con el vaso de agua que estaba bebiendo cuando le entró aquel mensaje. ¿Lista? ¿Que si estaba lista? ¡No! No lo estaba, porque ella no iba a ir a ningún sitio. O al menos no había pensado hacerlo. Un nuevo mensaje entró en su teléfono.

Dom ha aceptado todas las normas.

¿Cómo demonios había conseguido Eva que Dominic hubiera aceptado una cita a ciegas con una desconocida que exigía que no hubiera contacto alguno entre ellos? ¡Maldita sea! Había supuesto que Dom no lo haría y no había sido así, lo estaba haciendo. El hombre estaba en su casa tomando una ducha en esos momentos para acudir a la cita.

Vale, ¿y si era ella la que no iba? ¡Claro! ¡Eso es! Podía responderle a Eva que no se encontraba bien. Luego lo pensó unos instantes y se dijo que eso no la detendría y que seguiría insistiendo. Enfadarse con ella no era una opción, era la hermana de Kylie. ¿Y si la próxima vez que le organizase una cita no era con Dominic? Podría ser con otro hombre, y esa opción le generó ansiedad. Al menos a él lo conocía y parecía un hombre correcto. Bien, negarse no era una opción ¿Y qué tal si iba y le contaba lo que había hecho su hermana? ¿O cómo había terminado enredándola para acceder a ello? Tenía que creerla, porque no podía permitir que él pensara que había sido cosa de ella. ¡No, eso no! Ella no quería una cita con él. No.

Se miró a sí misma y se vio con unos leggins negros y una camiseta técnica. Observó su reflejo en el microondas y se vio un aspecto grotesco. ¡Mierda! Si lo iba a hacer, al menos lo haría bien;

no podía parecer una mendiga. Pensó que estaba lista para el desastre y salió corriendo hacia su dormitorio.

***

—¡Estás perfecto! —exclamó Eva con una sonrisa hacia Dominic mientras lo veía bajar las escaleras. Jayden levantó la vista de su teléfono móvil y sonrió, pero no dijo nada.

—Puede que ni siquiera llegue tarde —aseguró Dominic, aún molesto.

—Llegarás —dijo Eva, calculando el tiempo de camino entre el rancho y el pueblo—. He reservado a mi nombre en *The Continental*, solo pregunta al llegar.

—Bien, porque traeré la cuenta y me la reembolsarás —dijo él.

—Claro, descuida —sonrió Eva, aceptándolo, a pesar de que sabía que su hermano sería capaz de pedir lo más caro de la carta solo para fastidiarla. Tener varios disfraces para la fiesta de Nochebuena estaba en peligro, pero se dijo que era por un bien mayor.

—¿Cómo la reconoceré?

—Por la mesa. Bueno, ahora algo importante: las normas de la cita.

—¿Perdona? —preguntó Dominic, sorprendido.

—Son solo un par de tonterías —añadió ella con una sonrisa—. Para que todo salga bien.

—Ilústrame —dijo a regañadientes.

—No podrás tocarla, ni… besarla. Besos de despedida, ya sabes —dijo, esperando la reacción de su hermano, que primero abrió mucho los ojos y luego puso un gesto incrédulo.

Jayden por su parte, dejó el teléfono móvil de lado y se mostró interesado en el asunto.

—¿Estás tratando de tomarme el pelo? —preguntó, sonriendo nerviosamente.

—Emmm… no. Ella me pidió…

—¿Que ella te ha pedido eso? ¿De qué demonios estás hablando?

—Es que… así sabréis si de verdad os interesáis.

—¡Por el amor de Dios! ¿Acaso me has buscado una cita con una monja de clausura? —bramó Dominic.

—No, no, no —desestimó Eva, sacudiendo la cabeza y pensando cómo iba a salir de aquello sin que su hermano se volviera para atrás y terminase cancelando la cita—. No es una monja de clausura, no.

—¿Pues tú me dirás qué tipo de mujer pretende ir a una cita a ciegas y que además pida que no haya beso de despedida o un simple contacto físico? ¡Es absurdo! ¡Las citas son para acostarse con personas, Eva!

—No siempre, Dom —trató de suavizar el ambiente.

—¡No pienso ir! —exclamó el hombre, dándoles la espalda—. ¿Qué tipo de mujer quiere eso? ¡Absurdo!

—El tipo de mujer que viene de algo complicado, que hace tiempo que no sale con nadie, y que le da miedo sentirse como una presa delante de un depredador —se apresuró a decir y buscó la complicidad de Jayden con la mirada, quien en ese momento se le vino a la mente una idea de lo más siniestra. ¡No podía ser! ¿O sí? Las piezas encajaban demasiado bien: la fiesta de pijamas para tener entretenido a Theo en el rancho y la cita de su hermana justo el mismo día que la que Eva le había preparado a Dominic.

—Puede que… —Jayden carraspeó—, sea un poco tarde ya para negarse, Dom. Esa mujer debe estar esperando en el restaurante.

—¿Y qué demonios saco yo de todo esto, Jay? —preguntó Dominic, sorprendido de que su cuñado se pusiera a favor de la loca idea de su hermana pequeña—. Si ni siquiera puedo tocar a esa mujer.

Jayden apretó los dientes y sonrió a pesar de ello. Que quien iba a ser la cita de Ally pensara sacar algo más que la mera compañía de una cita con ella no le agradaba demasiado.

—Una cena gratis —intervino Eva de nuevo.

—Con lo más caro de la carta —añadió Jayden, que fue fulminado por la mirada de la joven Davis.

—Esa idea me gusta —Dominic subió una ceja y miró a su hermana de una forma maliciosa.

—¡No la hagas esperar! —exclamó Eva, cruzando los dedos tras ella.

—Espero que tengas pensado regalarme algo muy bueno por Navidad: algo como un *Stetson*, uno muy caro —le dijo el cowboy, aceptando su destino antes de coger su abrigo, el sombrero y salir por la puerta del rancho.

La cita a ciegas

Antes de terminar de ducharse, Alyssa tenía en su teléfono móvil un nuevo mensaje de Eva donde le informaba del nombre y la dirección del restaurante, así como la mesa que ocuparían y una orden extra: la silla de la misma donde debía sentarse.

Pensó de nuevo en sí misma y se dijo que no sabía cómo lo había logrado, pero su aspecto era más que decente para el poco tiempo que había tenido. Quizá el ser madre había hecho que supiera realizar aquellas tareas más rápido. Eso sí, en lo que no había resultado tan perfecta era en el desorden que reinaba encima de su cama, donde desde hacía treinta minutos había un maremágnum de ropa descartada, algo que le tomaría un rato ordenar a su vuelta a casa.

A pesar de ello, había sido la primera en llegar a la cita. Lo prefería así, era menos violento que el que un hombre te escrutase tranquilamente mientras te dirigías caminando hacia su mesa. De momento, se dijo, no podría decirse que fuera mal la cita. Y si Dominic decidía no ir al final, tampoco sucedería nada grave. Cenaría a solas consigo misma. ¿Cuánto hacía que no se dedicaba un momento así para ella? Maquillaje, vestido de lana, un restaurante acogedor, una mesa al lado de una ventana, y una copa de vino en su mano. No era un mal plan para un viernes por la noche. Sonrió.

Dominic aparcó fuera del local. Miró las rosas en el asiento del copiloto, pero se dijo que no pensaba aparecer con ellas; no quería estar allí. Estaba molesto con Eva. ¿Organizándole citas a ciegas?

¡Demonios! ¡Ni que él no pudiera conseguir una cita con una mujer! Era absurdo por donde quiera que se mirase. Si había acudido era solo porque no necesitaba un chisme en el pueblo que dijera que había dejado plantada a una cita, algo que molestaría a su madre. Y porque él no era así, pero estaba a dos segundos de darse la vuelta. Ni siquiera le importaba vengarse de su hermana con una abultada cuenta; solo quería que todo aquello terminase cuanto antes. Se bajó del vehículo y se dispuso a encontrarse con la monja de clausura con la que, sin duda, tendría una cita esa noche.

Alyssa disfrutaba de la suave música del local a la vez que tomaba un sorbo de vino de su copa. La dejó sobre la mesa y entonces, justo en ese momento, lo vio entrar. Se enderezó en su asiento instantáneamente, mientras observaba a Dominic dejar el abrigo y el sombrero en uno de los percheros, antes de peinarse el cabello con los dedos de una mano. Él ni siquiera oteó el local, como si no le importase saber cuanto antes quién era su cita, solo se detuvo y esperó paciente al metre. Su gesto era adusto, serio, molesto incluso. Y no podía culparlo, estaba convencida de que no había aceptado de buen grado aquella cita. Ella pensó que quizá no era tan buena idea el haber ido, él podría pensar que todo había sido idea suya. Entraba en lo posible que llegase furioso hasta la mesa y descargara aquel enfado con ella. El metre miró en el libro y le señaló la mesa. Su gesto aún era serio, y en aquel instante miró hacia ella, que tragó saliva, esperando ver qué sucedía a continuación. El corazón le bombeó fuerte en el pecho, con anticipación. Estaba guapo; ni siquiera había elegido cualquier cosa, se dijo. Vestía unos vaqueros negros y una camisa gris marengo bajo la chaqueta también negra, y ahora se dirigía hacia ella.

Dominic se dijo que había llegado la hora de enfrentarse a su cita a ciegas de esa noche, cuando le señalaron la mesa que le correspondía y miró hacia el lugar halló allí sentada a alguien que le resulto demasiado familiar: Alyssa Murphy, que lo miraba con un gesto neutro. Pero aquello debía ser un error, ¿verdad? Tenía que salir de dudas, y para eso solo había una forma. Caminó hacia ella, sin dejar de mirarla. Estaba guapa, mucho, su melena rubia le caía en ondas sobre los hombros, y su figura se ceñía a un sencillo pero

bonito vestido de lana de color azul, a juego con sus ojos, que no dejaban de mirarlo. Ella se levantó del asiento, sin dejar de hacer contacto visual, y esperó su llegada.

—Perdona —habló Dominic—. ¿Estás esperando a alguien?

—Creo que… a ti —respondió ella, nerviosa, tragó saliva, esperando ver qué sucedía o qué decía él. El rostro del hombre había cambiado, de molesto a… ¿incrédulo?

—¿A mí? —preguntó Dominic, confuso—. ¿Tú eres…?

—Tu cita —confirmó ella, casi perdiendo el aliento—. Sí.

Dominic tragó saliva y cerró los ojos durante un instante, como si aún no pudiera creérselo. ¡Alyssa era su misteriosa cita a ciegas! Una sonrisa se asomó lentamente a su rostro, y volvió a mirarla.

—¡Eras tú! —exclamó, aliviado, y sonrió más ampliamente.

—¿Nos… sentamos? —preguntó ella, observando que varias cabezas se estaban interesando en la conversación que mantenían de pie en la mesa.

—Sí, claro —Dominic se despojó de la chaqueta y la colocó en el respaldo de la silla, antes de sentarse frente a ella, esperando ver qué sucedía a continuación. ¡Alyssa era su cita a ciegas! Y él no podía estar más complacido con ello. ¿Pero por qué?

—No esperaba que vinieras —le dijo Alyssa.

—Lo siento, he llegado tarde. Alguien me ha hablado de la cita por primera vez hace una hora.

—¡Oh, vaya! —exclamó ella—. Debe haber sido muy convincente. Incluso has aceptado las normas.

—No puedo tocarte —le dijo, y sonrió.

—No, no puedes —respondió ella, esperando ver alguna reacción molesta de su parte, pero no la hubo.

—Pensaba que iba a tener una cita con una monja de clausura —dijo él, y ella rio.

El camarero se acercó y le sirvió una copa de vino a Dominic, mientras observaba a la mujer. Alyssa estaba preciosa esa noche, y no eran solo sus bellos y azules ojos que lo miraban con un halo de incertidumbre. Él supo que estaba nerviosa, al igual que él también lo estaba, ahora sí. Se fijó en los labios de Alyssa, color rojo pasión y

con aquella mirada, le pareció ver que se había ruborizado. El camarero se despidió y el ranchero volvió a hablar.

—Algo me dice que tú sí sabías que era yo quien vendría —dijo Dominic esbozando una media sonrisa.

—Sí, yo sí lo sabía —reconoció.

Dominic sintió una nueva calidez en su interior con aquella respuesta y necesitó beber un sorbo de vino para hidratar la garganta. *Ella había querido hacerlo.*

—Me sorprende.

—¿Lo hace? —Alyssa ladeó un poco la cabeza, curiosa.

—No pensaba que estuvieras interesada en quedar conmigo.

Alyssa se removió en su asiento, incómoda. Sabía que Dominic se refería a su mensaje sin contestar de hacía casi un año, aquel en el que la invitaba a tomar algo. Le dolió la mención, aunque sabía que había sido su culpa.

—Puede que… esto no haya sido una buena idea —dijo Alyssa, y lo miró a los ojos, con el semblante serio y la mirada turbia.

—No me entiendas mal; solo siento curiosidad. No pretendo molestarte. Perdóname si lo he hecho —le dijo, mirándola a los ojos, de una forma sincera. Por nada del mundo quería que ella se marchara.

Alyssa bajó la mirada hacia el mantel de la mesa, lo acarició con las puntas de los dedos en el borde de la misma. Trató de respirar para hallar las palabras correctas.

—No es fácil para mi —confesó.

—Vamos a pasarlo, bien, ¿de acuerdo? —le dijo él con una cálida sonrisa.

—De acuerdo —respondió ella, volviendo a mirarlo, los ojos se le habían aclarado, y asomaba a sus labios una tímida sonrisa.

—Veamos qué hay para cenar —bromeó tomando la carta—. Te aconsejo que no mires la parte del precio esta noche. La cena corre por cuenta de Eva. Es lo menos que mi entrometida hermana puede hacer por nosotros, ¿no crees? —Dominic le guiñó un ojo, a ella le pareció encantador, y rio suavemente.

La comida llegó, y ambos se relajaron un poco, hablando de cosas banales de Ennis y de cómo se sentía la mujer en el lugar.

El silencio los acompañó mientras comían en un momento dado, pero no fue incómodo, sino relajado, y el cowboy se deleitó en observar cómo de perfectas eran las facciones de la mujer que tenía delante de él, y cómo le gustaba observarla.

—¿Qué? —preguntó ella, sabiendo que alguna pregunta bullía en su interior.

—No quiero molestarte.

—Suéltalo, vaquero —lo instó ella, bromeando.

—¿Cómo consiguió Eva que aceptaras venir?

—Se aprovechó de mi —sonrió suavemente—. Apareció en casa el otro día con una tarta, para agradecerme la que yo os había llevado.

—El viejo truco de la tarta —bromeó él, y ella rio.

—Me comenzó a hablar de citas, de que tú y yo estábamos solteros. Yo —hizo una mueca de disgusto—, le dije con poco tacto que estaba viuda, tratando de que me sacara de aquella ecuación. Y cometí el error de arrepentirme de haberle hablado así… una cosa llevó a la otra…

—Y aquí estás —dijo él.

—Sí.

—¿Por qué no la cancelaste?

—Porque temía que no se iba a dar por vencida. Y al menos en esta ocasión sabía que serías tú el que estaría frente a mí.

—¿Eso es algo bueno? —preguntó confuso.

—Lo es. Nos conocemos.

Dominic notó que lo decía con alivio. ¿Era algo bueno o malo para él? ¿Lo veía como un amigo seguro? Decidió bromear mientras pensaba en ello.

—Sí bueno, yo también me he alegrado de que hayas sido tú en vez de la monja.

—¡Exacto!

Los postres resultaron deliciosos, y él la hizo reír con varias anécdotas de Eva cuando solo era una niña y no paraba de meterse en problemas que ella misma creaba, por aquella sinceridad aplastante que la perseguía. Dominic pagó con su tarjeta y pidió el recibo, con una mirada cómplice hacia Alyssa.

Después la ayudó a ponerse el abrigo, y le pasó la bufanda y el bolso. Él hizo lo propio, y salieron al exterior.

—Lo he pasado muy bien, Dominic —dijo ella, relajada.

—Llámame Dom, por favor. Tu hermano lo hace.

—Ha estado muy bien, Dom.

—Lo ha estado —convino él—. Gracias por venir, Alyssa.

—Ally —lo corrigió, pero su tono le había sonado demasiado íntimo, se asustó a sí misma, y decidió añadir algo—. Jayden también me llama así.

—Gracias, Ally —respondió él, mirándola a los ojos, mientras que a ella se le secaba la boca, y se le aceleraba el corazón. Aquel tono sí que había sonado íntimo.

—Ya nos veremos, ¿no? —preguntó, tratando de escapar de aquello.

—Sí, claro —sonrió él, mientras permanecía estático, metiendo las manos en los bolsillos del abrigo.

«Sin tocar», se recordó él. No pensaba que nunca hubiera sido tan difícil como esa noche el cumplirlo. Alyssa bajó los dos escalones del porche del restaurante, y se subió en su coche, antes de arrancarlo, y saludarlo con la mano para emprender el camino hasta la ciudad de nuevo.

—¿Cómo ha ido la cita? —preguntó la voz de Eva nada más Dominic salió de la cocina, solo unos minutos después de haber llegado a la casa.

—Pensaba que estarías dormida a esta hora —dijo él, mostrándose tranquilo.

—No podía dormir hasta ver el ticket de la cena.

Dominic la miró, divertido, y soltó una leve risa, mientras comenzaba a subir las escaleras hacia su dormitorio.

—No pensarás dejarme así hasta mañana, ¿verdad? —se quejó ella, subiendo unos peldaños tras él.

—Me temo que sí.

—Dom, por favor… dime al menos cómo ha ido la cita —insistió, frente a la puerta del dormitorio de su hermano.

—Hasta mañana, hermanita —le tomó la cara entre las manos, y posó un beso en la mejilla de la joven—. Te quiero.

—¿No vas a decir nada más?

—No, buenas noches —Dominic abrió la puerta, entró, y cerró.

Eva se dijo que le había cerrado la puerta en las narices. No tenía que ser insistente. Pero le había dicho que la quería. Eso era una buena señal. Sonrió, y se dijo que lo intentaría de nuevo al día siguiente.

Un ramo de rosas y muchas incógnitas

—¿Y estas flores? —Eva bajó a la cocina, donde casi todos los Davis que vivían en el rancho tomaban café, y algunos desayunaban.

—Dom me las ha regalado —dijo su madre, contenta—. ¿No son preciosas?

Eva miró a su generoso hermano, y subió una ceja. Ambos sabían de dónde habían salido aquellas flores. Eran las que Dom le tenía que dar a Alyssa en su cita de la noche anterior. Por algún extraño motivo que desconocía, no lo había hecho, y era algo que la inquietaba. ¿Acaso no había ido finalmente?

—¿Puedes venir un momento a la biblioteca, Dom? —preguntó Eva—. Me gustaría comentarte algo.

—Tengo prisa, Eva —dijo, dejando la taza en el fregadero antes de pasar por su lado en dirección a la salida.

—Las rosas —le dijo en voz baja, siguiéndolo, y él esbozó una sonrisa—. ¿Por qué las tiene mamá y no tu cita?

—Se me olvidaron en la camioneta —le dijo mientras se colocaba las botas en la entrada de la casa.

—¿Qué se te…? —bufó, molesta— ¡No es una cita si no hay flores!

—No las hubo.

—Vale, vale —Eva se pasó la mano por la frente, y cerró los ojos con fuerza, tratando de pensar en algo rápido mientras su hermano se disponía a colocarse la segunda bota—. Mándale un ramo hoy.

—No —le dijo.

—Si no lo haces tú, lo haré yo —lo amenazó.

Dominic se colocó ahora el abrigo, y la miró, entrecerrando los ojos, antes de tomar el sombrero del perchero y salir fuera.

***

Alyssa durmió bien, y enfrentaba la mañana con energía. Después de dejar a Theo en el colegio, hizo algunas compras, y planeó sacar los adornos navideños que sabía que estaban en algún rincón del garaje desde hacía demasiado tiempo. El timbre sonó, y un repartidor apareció con una caja alargada. Dentro, una docena de rosas rojas que la dejaron sin palabras. Las olió, sonrió, y acarició los pétalos antes de llevarlas a la cocina. Al desenvolverlas observó cómo dos tarjetas se cayeron en la encimera, y le extrañó. Solo podían ser de una persona, y era algo que la ponía extrañamente nerviosa. Las dejó a un lado mientras buscaba un jarrón para colocarlas. Luego las miró largamente, sentada en el taburete de la cocina. Tamborileó los dedos en la encimera, dudando. Una parte de ella quería decirse que no le importaba, pero la otra necesitaba saber qué decían aquellas tarjetas.

—Eres idiota, Ally —se dijo a sí misma en voz alta, tomando una de ellas para abrirla.

Gracias por una velada maravillosa
Dominic

Alyssa sonrió con la tarjeta en la mano.

—¡Qué mono es! —habló de nuevo para sí misma, observó las flores, y suspiró. Luego tomó la segunda, y la abrió.

Realmente las compró Eva y se me olvidaron anoche, pero habría sido una pena que te quedaras sin ellas por mi culpa *(Puede que ella te pregunte si te las he enviado)*
Dominic

Alyssa emitió una carcajada. La entrometida de Eva de nuevo. Era todo un caso, pero Dominic seguía siendo muy mono.

—¡Hola, Ally! —Jayden esbozó una sonrisa al verla cuando ella le abrió la puerta de la casa.

—¡Hola, Jayden! —dijo recibiendo un cariñoso beso en la mejilla antes de reñirlo—. ¿Por qué no usas tu llave?

—Porque ya no vivo aquí, y puedes tener a un tío arriba o algo así —bromeó él, y ella puso los ojos en blanco, haciéndolo reír.

—No tengo un tío arriba —desestimó ella, conduciéndolo a la cocina para ofrecerle algo de beber.

Jayden llegó a la cocina, y observó el ramo de rosas que aún permanecía en la isleta central de la cocina.

—Puede que no esté arriba, pero parece que ronda por aquí. ¡Vaya, hermanita!

—Es un regalo de un amigo —dijo ella, sacando un refresco del refrigerador para su hermano.

—¿Tu cita de anoche? —preguntó él.

—Sí, pero no es lo que piensas.

—Son rosas rojas ¿Hubo sexo?

—¡No! —Alyssa se dijo que ella no se habría acostado con un hombre en la primera cita. ¿Cómo podía haber llegado a pensarlo Jayden?

—¿Un beso de despedida apasionado?

—No, no hubo nada de eso —negó, categórica.

Jayden abrió la lata, y bebió un sorbo.

—Resulta difícil cuando una de las normas que pones es que no se te puede tocar —dijo antes de observar cómo Ally abría los ojos, sorprendida de que él lo supiera.

—¡Oh, Dios! —se pasó las manos por la cara, avergonzada porque su hermano lo supiera—. ¿Ha sido él quien te lo ha dicho?

—No —Jayden sonrió.

—¿Eva?

—Tampoco.

—¿Has puesto micrófonos en casa? —aludió a su pasado como espía.

—Oí la discusión entre Eva y Dominic por lo de la cita de él, a la que se negaba a ir, por cierto. ¡Qué casualidad! Ambos teníais una cita misteriosa en la misma noche.

—¿Lo supiste así?

—No —sonrió—. Debo estar perdiendo facultades, ya que no me di cuenta hasta que no escuché tus normas. «Alguien que no quiere sentirse una presa delante de un depredador» dijo Eva. Las piezas encajaron: solo podías ser tú.

—Suena ridículo, ¿verdad? —Alyssa frunció el ceño, esperando que Jayden se riera de ella en su cara.

—No es común, no te voy a mentir.

—¿Cómo lo tomó Dominic? Lo de las normas —quiso saber Alyssa.

—Se enfadó aún más. Creo que le dijo a su hermana algo así como «las citas son para acostarse con alguien, Eva»

—¡Vaya! —Alyssa se mordió el labio, tratando de evitar una sonrisa, tenía gracia.

—Te juro que casi le pego, Ally —confesó—. Luego me relajé y lo animé a ir, me preocupaba más el que te dejase plantada.

—Y tú te acostaste con su hermana la primera noche —replicó Alyssa, recordando que la historia de su hermano y Kylie había comenzado de una forma más abrupta.

—Haz lo que yo diga, pero no lo que yo haga —se encogió de hombros el exmarine y sonrió.

—Gracias por cuidarme —posó una mano sobre la de su hermano.

—Siempre, pequeña —respondió con afecto—. Ahora dime, ¿cómo fue tu cita?

—Bien, estuvo bien —sonrió, y miró las rosas, recordándolo—. Hacía tanto tiempo que no salía con alguien que casi había olvidado lo agradable que es ser algo más que madre y profesional.

—Me alegra escuchar eso. ¿Cuándo salís otra vez?

—No vamos a volver a salir —informó, mirándolo como si le hubieran salido dos cabezas de repente.

—Acabas de decir que fue bien, y él te ha enviado un ramo de rosas rojas.

—Solo fue para contentar a Eva; no quería tener que enfadarme con ella, es la hermana de Kylie.

—¿Dom lo sabe? Que no quieres volver a salir con él.

—Él solo lo hizo porque Eva lo obligó —desestimó ella.

—¿Seguro? —Jayden miró las flores.

—Seguro —lo tranquilizó.

Jayden se dijo que debía volver al trabajo, y que solo se había pasado de camino a la tienda. Había albergado esperanzas al pensar en que pudiera surgir algo entre Dom y su hermana; era un buen tipo, y ella necesitaba a alguien así en su vida, porque merecía tener una vida de nuevo.

***

Dominic había llegado tarde al hostal esa noche, ya que había revisado las cuentas del rancho. Alyssa estaba allí, y lo saludó con una cálida sonrisa, nada más entrar en uno de los salones. Extrañamente, no había ningún otro Davis a la vista, solo los niños, que jugaban sobre la alfombra unos metros más allá, mientras ella los observaba. Se acercó hasta ella; necesitaba saber que Eva no había hecho de las suyas enviándole otro ramo de flores, con una tarjeta, y quién sabía qué tipo de mensaje escrito en ella.

—Hola —le dijo ella, mirándolo a los ojos.

—Hola, ¿cómo estás? —respondió él.

—Bien —respondió, pero sonó a que su respuesta no había terminado allí, y Dom esperó mientras ella miraba a los niños antes de ruborizarse casi imperceptiblemente y añadir—. Gracias por las flores, son muy bonitas.

—Ha sido un placer. Solo por curiosidad ¿Cuántos ramos has recibido?

—Uno ¿Cuántos debían ser? —preguntó frunciendo el ceño.

—Uno —sonrió él—. Eva amenazó con enviar otro y, temía a lo que pusiera en la tarjeta.

—Habría sido interesante —sonrió la joven, y el gesto fue contagioso.

—Me lo pasé muy bien anoche —le dijo él, bajando algo más la voz, para que no los escuchasen.

—Yo también; hacía mucho que no me arreglaba y salía. Me gustó hacerlo.

—Eso está bien. ¿Te apetecería que lo repitamos? Sin Eva de por medio.

Alyssa se mostró sorprendida con la petición, y mantuvo silencio durante unos instantes. ¿Qué le podía responder?

—No estoy segura de que sea una buena idea —dijo Alyssa al fin.

—¿Qué os parece, niños, si vamos a ver una película a la sala de la televisión? —preguntó Kylie, apareciendo en el lugar, antes de coger al bebé en brazos y dedicarle una sonrisa a los mayores —Y vosotros ya podéis pasar al comedor.

Dominic sintió una punzada en el estómago. Alyssa solía ser amable con él, pero la realidad era que no quería volver a verlo.

Los Davis había preparado una cena con todo tipo de viandas, carne asada y puré de patata eran las estrellas de la noche. Comentaron acerca de la situación del rancho, del tiempo, y de cómo pensaban que podrían resultar las previsiones de cara a la siguiente primavera. También lamentaron el no haber podido ir ese año al *Cowboy Country Christmas* de Las Vegas, y Dominic sintió no poder adquirir un nuevo sombrero *Stetson*. Sin embargo, bromeó con la posibilidad de que alguien, miró a su hermana Eva, se lo regalase por Navidad. La aludida torció el gesto, molesta con la idea, sabiendo lo que costaba un buen *Stetson*.

—Eva me ha comentado que has tenido una cita con una mujer, Dom —habló su hermana Kylie, y los hombres Davis generaron expectación con algunos silbidos—. ¿Cómo fue?

—Fue bien.

—¡No he podido sonsacarle nada hoy y fui yo quien se la buscó! —se quejó Eva—. Puede que le tenga que preguntar a ella si estuviste a la altura.

Chase rio, sabiendo que su pobre hermano estaba sufriendo a Eva en esa temporada. Hacía un par años le había tocado a él.

—Puede que no debas hacer más de lo que ya has hecho —dijo Dominic, temiendo que, delante de todos, expusiera a Alyssa. Algo que sabía que no le iba a gustar a la joven.

—En ese caso, quizá tengas que responder a algunas preguntas —Eva supo lo que su hermano quería evitar, y aquello era justo lo que necesitaba para obtener buena información.

—Dispara —dijo Dominic, soltando los cubiertos en el plato, centrando la atención en su conflictiva hermana.

Alyssa se dijo que debería decir algo, ¿pero el qué? No era justo que Dominic tuviera que pasar por aquello solo, y ella estaba allí, impertérrita, como una mera espectadora, sin actuar.

—¿Cómo fue la cita, Dom? —Eva se dijo que comenzaría de menos a más.

—Fue muy bien, a pesar de que mi hermana no me lo dijo hasta una hora antes, lo que hizo que llegara tarde.

—Creo que lo que te hizo llegar tarde fueron las quejas antes de aceptar tu destino.

—Eva, no puedes jugar así con tu hermano —riñó cariñosamente Maggie Davis a su hija pequeña.

—Si él no hace nada, alguien tendrá que ayudarlo.

—Gracias por tu interés, Eva —Dominic fue sarcástico.

—Es un placer —Eva sonrió—. ¿Le has enviado flores hoy?

—Lo he hecho.

—¿Te ha dicho si le han gustado?

—Lo ha hecho. Le han gustado, te lo aseguro.

—¿Cuándo volveréis a salir?

—No creo que lo hagamos —zanjó él.

—¡Vamos ya, Dom! ¡No puedo creerme que me estés haciendo esto! No después de todas las molestias que me tomé en buscarte a alguien que encajase bien contigo.

—Yo no te estoy haciendo nada, Eva. Pero te agradezco las molestias, no obstante.

—¿Por qué no quieres volver a salir con ella? —preguntó, sorprendida.

Dominic no respondió, se limitó a volver a tomar los cubiertos, y comer en silencio. Aunque Eva aún esperaba una contestación a ello.

—Tu hermano tendrá sus motivos, cariño —Maggie habló de nuevo para apaciguar las aguas.

—Pues no lo entiendo. Le busqué una cita con una mujer maravillosa —volvió a quejarse, mientras su hermano se mostraba imperturbable—. Estoy muy decepcionada contigo, Dom.

—Puede que Dom esté siendo amable, y no quiera contar que es ella la que ha rechazado quedar de nuevo —dijo Alyssa, y sintió cómo cayeron muchas de las miradas Davis sobre ella. No era justo cómo Dominic estaba cargando con la situación de una forma tan estoica, sin culparla.

—¿Cómo sabes eso? —preguntó Layla, de forma inocente.

—Bueno, yo… —balbució Alyssa, sintiéndose perdida; todos acabarían sabiendo que la otra parte de la cita era ella, y no iba a quedar nada bien delante de la familia política de su hermano Jayden.

—Ally y yo estuvimos hablando hace un rato —intervino Dominic, consciente del peligro que corría la mujer. Bastante tenían con que Eva lo supiera, no necesitaba que también lo hiciera el resto de su familia—. Le conté acerca de mi cita de anoche. Quería saber su opinión al respecto.

—¿Y cuál crees que es el problema, Ally? —Eva entrecerró los ojos, interesada en saber por qué estaba rechazando a Dominic.

—Por lo que me ha contado tu hermano —comenzó a decir, tratando de templar sus nervios—, creo que esa mujer ha salido de una relación complicada, y no se siente cómoda en el mundo de las citas.

—Dominic es un caballero —aludió en contra.

—Sí, sí, por descontado —dijo Alyssa—. Por lo que me ha dicho Dom, no creo que ese sea el problema; es más bien que ella no está buscando nada.

—¿Y por qué aceptó la cita entonces? —volvió a preguntar Eva.

—¿Quizá porque eres muy insistente, Eva? —terció Dominic, ayudando a Alyssa—. ¿O puede que para tratar de no herir tus sentimientos?

—Yo… —Eva frunció el ceño, y resopló, siendo consciente de que en ocasiones lo era, sí.

—Cariño, eres muy impulsiva —dijo su madre—. Deja que Dom busque a la mujer que él quiera.

—Lo sé, mamá. Pero es Navidad, y sé que ellos serían la pareja perfecta —se lamentó, e hizo sentir culpable a Alyssa—. Y Dom está tan solo.

—Estoy bien, Eva —dijo él, sabiendo que las intenciones de su hermana, en el fondo, eran nobles—. No estoy solo; tengo una gran familia, y una entrometida hermana que me regalará un *Stetson* por Navidad.

—Olvídate de ello —refunfuñó Eva. Sus planes de emparejar a Dominic y Alyssa se habían venido abajo cual castillo de naipes.

Dominic salió al porche a respirar unos segundos, a pesar del frío reinante en aquella noche de comienzos de diciembre. Miró hacia el interior de la casa. Su madre charlaba animadamente con Ally, que sonreía. Eva salió al porche, y se colocó a su lado.

—No tendré un segundo de paz, ¿verdad? —habló él, preguntándose con qué iría su hermana ahora.

—Solo quería disculparme por lo de antes. No sabía que había sido ella la que no quería quedar de nuevo contigo.

—A veces las cosas no son como pensamos.

—Ally tiene miedo a sentir de nuevo, Dom.

—No podemos obligarla, Eva.

—Solo necesita un empujoncito. Pensé que tener una cita le vendría bien. ¿Ella estuvo bien? ¿Se lo pasó bien? No la tocaste, ¿verdad?

—Sí, Eva. Todo fue bien —respondió en tono cansado.

—Quizá necesite otro empujoncito —planeó mientras la veía a través de la ventana, ahora hablando con Kylie y Layla.

—Déjala. Ya la has escuchado. No está preparada.

—No estoy pretendiendo que se case contigo —se quejó.

—¿En serio que no? —Dominic la miró, levantando una ceja—. Pensaba que venías a disculparte, no a crear más situaciones incómodas como la de ahí dentro durante la cena.

—¿Has visto cómo ha intervenido para ayudarte?

Dominic sacudió la cabeza.

—Creo que me iré a casa a dormir —zanjó el hombre antes de bajar las escaleras del porche y caminar hacia su vehículo.

Café en el pueblo

Alyssa se sentía satisfecha. Estaba comenzando a combinar la vida laboral con la personal, aunque, siendo sincera, sin la ayuda de los Davis, no lo habría logrado. ¿Por qué era tan difícil conseguir una canguro en Ennis? Tenía que decirse que tal como había pensado, la época de Navidad no era el mejor momento para comenzar en un empleo nuevo si eres una madre sola. En una localidad tan pequeña, los jóvenes que estaban dispuestos a hacer de canguro durante el resto del año, conseguían trabajo en las cafeterías del pueblo o en los negocios locales, siendo esos unos ingresos más jugosos que el de cuidar niños. También estaba el mercado artesanal navideño, que ofrecía más puestos de trabajo a tiempo parcial.

—A la señorita la invitaré yo —dijo la voz de Dominic Davis tras ella, mientras pedía un café para llevar esa mañana.

—¡Hola! Gracias —respondió ella, con una sonrisa.

Dominic hizo su propio pedido y lo pagó. Luego esperaron a que les entregasen los vasos.

—Siento mucho lo de la otra noche —se disculpó el hombre, refiriéndose a lo que había sucedido durante la cena.

—Sí, yo también. Me temo que no soy nada valiente últimamente —dijo, con una mueca de arrepentimiento.

—Lo fuiste, no hacía falta que intervinieras, pero te lo agradezco.

—Eva te iba a cargar con toda la responsabilidad delante de tu familia.

—No habría tenido importancia.

—Sus cafés —dijo la voz de una dependienta con sendos vasos en las manos. Ellos los tomaron, agradecieron, y salieron del local, caminando el uno junto al otro.

—Me sentí culpable —le dijo Alyssa.

—No te sientas así, no pasa nada, Ally. Eva es una entrometida, aunque sé que lo hace con buenas intenciones. A pesar de ello, te debe una disculpa.

—Da igual, Dom —desestimó Alyssa.

—Conmigo lo hizo —dijo él, y esbozó una sonrisa—. Al minuto siguiente ya estaba tratando de convencerme de una nueva idea suya para una cita.

—¿Con otra mujer?

—No, creo que le caes bien —Dominic sonrió siendo claro.

—¡Oh, Dios! —Alyssa se llevó una mano a la frente, entre divertida y horrorizada.

—No te preocupes, trataré de quitarle la idea de la cabeza. Pero si acude a ti, no te sientas obligada a nada.

—Es la hermana de Kylie, ella es una de mis mejores amigas y…

—Kylie también la conoce bien, no te culpará si tienes que dejarle algunas cosas claras en un momento dado a Eva.

—¡Siento que todo es por mi culpa! —exclamo Alyssa, siendo sincera. ¿Por qué no podía quedar con Dominic? Era un hombre atractivo, considerado, con el que además se llevaba bien.

—No lo es —se detuvo frente a ella, serio—. No quiero que pienses eso, no porque mi hermana pequeña tenga ínfulas de casamentera, especialmente en Navidad. Accedimos a lo que nos pidió, no salió bien, y ya está, Ally.

Alyssa cerró los ojos un instante, y asintió con la cabeza antes de beber un sorbo de su vaso de café.

—Gracias por el café, Dom.

—Gracias por la charla, Ally. Que tengas un buen día.

—Tú también —sonrió ella, mientras lo veía alejarse por la calle, y no pudo evitar fijarse en su trasero. ¡Qué sexi! Luego sacudió la cabeza, volvió a beber otro sorbo de café, y se dirigió hacia la tienda, donde compraría algunas verduras frescas para la cena.

***

Layla había terminado el cuentacuentos de esa tarde en la biblioteca, y los niños se despedían de ella despacio, como cada día. Unas palabras con una madre, una charla banal sobre el tiempo con otro padre; lo habitual en una tarde de final de otoño en la biblioteca de Ennis. Alyssa la miró, y sonrió, así había sido como la había conocido, bueno, su hermano se la había presentado, y luego la había llevado a casa. Pensó que se trataba de una cita, pero en cierta forma Jayden le estaba dando la oportunidad de tener una amiga en el pueblo durante la primera Navidad que pasaba sin John. Las dos mujeres congeniaron estupendamente, Layla era una persona tranquila, que también traía bagaje tras ella, lo que le hizo sentirse comprendida en un momento en el que necesitaba de aquello.

—¡Es agotador! —le dijo la joven bibliotecaria, cuando el último niño salió por la puerta.

—Pero te encanta —respondió Alyssa con una sonrisa, mientras observaba a Theo que permanecía dibujando en una mesa metros más allá. Le había dicho que se quedarían un rato más ayudando a Layla a recoger antes de irse a casa. Él se había mostrado encantado con la idea, ya que no había terminado de colorear lo que tenía entre manos.

—Me mantienen viva —sonrió, pensando en lo que suponía crear nuevas actividades para sorprender a los más pequeños—. Me alegra verte por aquí, hacía días que no hablábamos. ¿Cómo estás?

—Posiblemente no hemos hablado desde que comencé en el consultorio. Pero estoy bien —sonrió.

—Me alegra escuchar eso —Layla la miró, como si tuviera algo que decirle, pero no lo hizo.

—¿Qué sucede?

—Nada —sonrió.

—Sí, pasa algo. ¿Hay noticias sobre bebés? —preguntó en voz baja?

—¡No! Aún no. Me gustaría esperar un poco más.

—¿Entonces qué ocurre?

—La conversación de la cena de la otra noche, la de la cita de Dominic.

—Eva estaba poniendo en un apuro a Dom —dijo ella.

—Hace un par de años Chase y yo mantuvimos una conversación similar, justo aquí, estaban Maggie y Emma delante —se refirió a la anterior bibliotecaria, que se había pedido una excedencia hacía unos meses—. Hablábamos de aquella misteriosa mujer con la que salía él, la cual no quería dar a conocer a su familia.

—Esa misteriosa mujer que eras tú —recordó Alyssa.

—¡Bingo! —exclamó—. Tratabais de hablar en clave, pero supe enseguida quién había sido la cita de Dom.

—No era algo que quisiera desvelar delante de todos los Davis —dijo, sabiéndose cazada por su amiga.

—Lo sé. Sin embargo, él estaba dispuesto a cargar con todo el peso de la culpa que le confería Eva. Le importas, Ally.

—Ya, pero… —Alyssa se mostró confusa.

—Te da miedo.

—Sí, maldita sea. Lo hace.

—¿Qué es lo que temes, Ally? —le dijo la mujer en un tono sosegado, posando una mano sobre una de las de ella—. Dominic es un encanto. Me ayudó a mi llegada a Ennis, me apoyó con los desplantes de Chase, y conseguí este empleo gracias a él.

—Es muy mono —reconoció Alyssa.

—Y está muy bueno —sonrió Layla. Su amiga le devolvió la sonrisa.

—Es verdad —Ally suspiró, pensando en cómo de sexi se había visto el cowboy caminando de espaldas la última vez que habían hablado.

—¿Acaso no fue bien la cita con él? —quiso saber ahora.

—Todo fue estupendo, y es algo que me sorprendió. Hacía mucho que no salía con alguien que no fuerais vosotras, Theo o Jayden. Me sentí muy bien con él.

—¿Entonces?

—¡No lo sé, Layla! —Alyssa pensó en ello durante unos instantes. Sí lo sabía; a Eva se lo había dicho, aunque disfrazado de broma. Pero se temía que no lo era.

—En ese caso, creo que primero tienes que saberlo tú, cariño. O reconocerlo.

Layla fue hacia el almacén a por una caja para guardar el material de la actividad de esa tarde.

—Creo que no estoy preparada para el contacto con un hombre —dijo, siguiéndola.

—¿Dom intentó algo contigo? —Layla se alarmó.

—¡No! —Ally suspiró—. Eva le puso normas en nuestra cita; no podía tocarme, sin contacto. Y él lo cumplió, escrupulosamente.

—¿Y por qué hizo eso Eva? —se preguntó Layla a sí misma, confusa.

—Yo pensé que si le decía a Eva a lo que teóricamente tenía miedo me dejaría en paz con la idea de la cita, sin embargo, me dijo que haría que él aceptase las normas.

—Es difícil quitarle una idea de la cabeza a Eva cuando se empeña en algo —Layla rio.

—Y, para mi sorpresa, Dom aceptó así. Bueno, creo que, obligado por su hermana, claro.

—¿Y realmente tienes miedo a ese escenario, Ally? ¿Sería tan terrible que alguien te cogiera de la mano o te besara? ¿De verdad?

—No sé si me apetece volver a todo eso.

Layla recogió el material de las mesas, ayudada de Alyssa, y volvieron a entrar en el almacén para dejarlo.

—Te da miedo sentir de nuevo —sentenció Layla, mirando a su amiga, que había permanecido en silencio mientras recogían los cuadernos, los libros, y los lápices.

—Sí, puede que sea eso —suspiró, y se dijo que debía ser sincera consigo misma.

—Lo peor es que… puede que ya hayas vuelto a sentir algo — Layla miró a su amiga a los ojos. Esta tragó saliva antes de que se le llenaran de lágrimas.

—No quiero traicionar a John —le dijo, recordando a su marido fallecido, antes de que una de ellas rodara por su mejilla, limpiándola a continuación.

—No lo estás traicionando, cariño —Layla se conmovió con su amiga. Suponía que era normal cuando alguien enviudaba que aquellos sentimientos de culpa estuvieran presentes.

—Sí, lo hago. Y cuando miro a Dom siento que lo hago. A pesar de que sea solo porque le mire el trasero y no haya sucedido nada entre nosotros.

—John no está, Ally. Hemos hablado hace tiempo de esto; sabías que entraba en lo probable que volvieras a salir con alguien en un futuro.

—La teoría la sé. Pero sentirme así… no es fácil, Layla —la mujer se abrazó a sí misma.

—Es un paso que tienes que dar, Ally. Y de momento lo has hecho bien, incluso Eva ha ayudado, en cierta forma. La cita sin contacto era justo lo que necesitabas; has roto esa primera pared. Has salido con alguien y has cenado. ¿Te sentiste mal al día siguiente?

—No. Me sentí bien.

—¿Te arrepientes?

—No.

—¿Por qué?

Alyssa miró a su amiga, y trató de buscar en su interior los motivos por los cuales no se arrepentía.

—No sé, creo que es porque conozco a Dom desde hace más de un año y no era la primera vez que hablábamos. Y supe que no iba a suceder nada entre los dos.

—Bien, y ahora dime: ¿por qué no quieres quedar con él de nuevo?

—Porque puede que él quiera algo más, y yo no puedo darle lo que él está buscando.

—¿Y acaso sabes lo que está buscando? Quizá solo busque huir de su hermana hasta Año Nuevo.

—Eva dijo que estaba muy solo —recordó Alyssa.

—«Eva dijo», esa es la clave. Él le respondió que estaba bien, que tenía a su familia, ¿recuerdas?

—Puede que tengas razón.

—Venga, vamos fuera, con Theo. ¿Te vienes a cenar al rancho?

—No quiero molestar, hoy al menos he podido pasar el día con Theo. Está bien que los Davis descanséis de nosotros alguna que otra jornada —bromeó ella.

—No molestas, pero te lo permito hoy. La próxima vez que tengas turno de tarde, y Theo se quede en el rancho deberás quedarte a cenar.

—De acuerdo —sonrió Alyssa, algo más ligera de como había entrado en la biblioteca esa tarde.

Un nuevo rival

Maggie Davis disfrutaba de una salud excelente, excepto por su presión arterial, una herencia familiar que esperaba no dejarle a ninguno de sus cinco hijos. Dominic acudió con la receta a la farmacia, de paso que hacía otras compras para el rancho, pero por algún error, no estaba sellada por el facultativo, y no se la podían dispensar. No le quedaba otro remedio que acercarse hasta la consulta del médico y pedirle que la sellase.

El Doctor Gabriel Peterson era un veterano de la fuerza aérea que se había instalado en Ennis hacía al menos siete años, comprándole la consulta al anterior galeno, que se había mudado a Texas, buscando un clima más favorable para sus huesos. Los pacientes estaban encantados con él; sus diagnósticos solían ser certeros, y no pedía pruebas innecesarias para engordar la factura. En ocasiones había tratado a inmigrantes sin seguro médico, no sin haberle echado la bronca por ello a sus patrones. Era un hombre querido y respetado que amaba su trabajo por encima del dinero.

—¿En qué te puedo ayudar, Dominic? —le dijo el médico, adelantando la mano para saludar al ranchero, que la estrechó. La recepcionista lo había avisado de forma interna, y decidió salir; los Davis eran una familia apreciada en la localidad.

—¿Qué hay, Gabriel? —saludó él, y le tendió el papel—. Solo necesitaba un sello en esta receta, para la farmacia.

—Vaya —Gabriel reconoció la receta, la había hecho él hacía un par de días—. Creo que Maggie y yo nos entretuvimos tanto hablando que se me pasó por alto el sello. Lo siento.

Alyssa apareció en la zona de recepción, y Dominic pudo verla por primera vez con su uniforme y se dijo que estaba muy guapa, y le sonrió.

—¡Dom! —exclamó ella, sorprendida, y automáticamente lo escrutó, esperando encontrar alguna herida externa— ¿Estás bien?

—Hola, Ally. Estoy bien; he venido por una receta de mi madre.

—Se me olvidó sellarla —explicó Gabriel— ¿Podrías, por favor, traerme el sello? Está en mi mesa.

—Por supuesto, doctor —dijo, dirigiéndose hacia la puerta de la consulta del hombre.

—Es una enfermera fantástica —la alabó el médico, y la siguió con la mirada—, además de muy guapa.

—Lo es —convino Dominic. El médico parecía realmente impresionado con la mujer.

—Aquí tiene, doctor —le dijo ella, tendiéndoselo.

—Le estaba diciendo a Dominic lo contento que estoy de contar contigo en mi pequeño equipo —el médico la rodeó con el brazo, y la atrajo hacia sí durante unos instantes antes de volver a mirar al ranchero—. Siempre he tratado a adultos, especialmente en la fuerza aérea, y su ayuda con los niños a través de su experiencia en el hospital de Billings es absolutamente inestimable.

—Ally es muy buena —la alabó Dominic, sonriendo con la mandíbula apretada y sintiendo una punzada en el estómago. No debía afectarle, pero no le había gustado la familiaridad con la que la trataba Gabriel Peterson. El médico era un hombre relativamente joven, ya que ni siquiera había llegado a la cuarentena, y estaba soltero, lo que hacía que pudiera ver a Alyssa como la candidata perfecta para ocupar un puesto a su lado en su vida y en su cama.

—Creo que ya está lista —dijo Gabriel, después de posarla sobre la mesa de recepción, y plantar el sello sobre ella. A continuación, se la dio, y Dominic salió del consultorio tras despedirse.

***

Alyssa entró en el hostal del lago con Theo. El niño abrazó a Eva y Kylie, y subió escaleras arriba para jugar con Felicity y John. A

pesar de la diferencia de edad entre los tres, su hijo estaba encantado con sus primos, aunque solo John lo era realmente, y le gustaba acudir al rancho a jugar con ellos. Quizá había pasado demasiado tiempo en casa durante la época más dura tras perder a su padre, aunque Jayden había hecho lo posible por hacérselo más llevadero todo.

—Es un terremoto —dijo Ashley, sonriendo mientras aparecía en el hall del edificio—, pero también es muy bueno, y mi hija lo pone por las nubes.

—Y él a ella —rio Alyssa—. Dice que para ser una chica y tener la mitad de años que él, es muy lista. Que debe tener cuidado o cuando tenga los mismos que él será aún más lista.

—Los dos son un encanto. Y John apunta maneras —dijo Eva, mirando a Kylie.

—John es aún un bebé —confirmó esta—. Me alegra que hayas venido, Ally.

—Pensaba que ya estaba todo decorado en el hostal —les dijo.

—Bueno, siempre hay algunos pequeños toques extra que podemos darle —convino Ashley, y le guiñó un ojo—, pero la verdad es que es una excusa para hacer una tarde de chicas.

—Gracias por invitarme —sonrió Alyssa.

—Necesito a alguien en mi equipo —dijo Eva—. Tenemos que conseguir los disfraces de la fiesta de Nochebuena y mi hermana y mi cuñada prefieren quedarse aquí que ir a Billings de compras.

—John es pequeño aún, Eva —se quejó Kylie.

—Y yo tengo un hostal que dirigir —esgrimió Ashley y las condujo a una de las salas.

Layla tomaba apuntes en una mesa en la que había una bandeja con una fuente de ponche de huevo, vasos, unas cucharillas, y una botella de ron al lado.

—Yo solo estaré un rato con vosotras —dijo la bibliotecaria levantando la cabeza de sus apuntes, preparaba alguna nueva actividad para esa tarde—, pero me alegra que hayas venido, Ally.

—¡Ahora todas tomaremos ponche! —anunció Eva, sirviéndolo en los vasos y enriqueciéndolo un poco con un chorrito de ron antes

de removerlo, y pasarlo a cada una de ellas.

—¡Santo cielo! —exclamó Alyssa saboreando el sabor a huevo, vainilla, y canela en su medida perfecta—. ¡Está delicioso!

—Nadie lo prepara como Maggie —dijo Ashley, alabando a su suegra, que había sido quien lo había hecho.

—Si preguntas por ella —informó Kylie—, está arriba leyendo un libro, mientras los niños juegan. Dice que nosotras somos jóvenes y alocadas, y prefiere estar a solas con su lectura. Es un romance navideño de cowboys.

—Se lo recomendé yo, y parece que le gusta —dijo Layla, orgullosa.

—La felicitaré más tarde por el ponche, no lo dudes—aseguró Alyssa.

Pudieron compartir un rato con Layla, y esta expresó su disgusto por abandonarlas para irse al trabajo, todas prometieron que lo harían de nuevo un día que librase. El resto de la tarde trascurrió entre vasos de ponche, risas, y conversaciones relajadas en las que tocaban todos los temas, y cotilleaban un poco sobre algunos conocidos de todas. Alyssa se sintió bien formando parte de aquello, y sintió que John, de haberlas llegado a conocer, estaría feliz por ella; lo sabía.

—¿Por qué esa cara, Ally? —preguntó Eva, notándola algo soñadora—. ¿Algún hombre en perspectiva?

—No —sonrió con cariño, obviando su pensamiento—. Ninguno.

—¿Ni siquiera el Doctor Peterson? —Eva subió una ceja. Si Alyssa no estaba interesada en su hermano, solo podía ser porque lo estaba en el médico.

—¡Es muy guapo! —opinó Kylie.

—No me he fijado de esa forma en él —Alyssa se dijo que sí que lo era; los comentarios de algunas pacientes, cuando pasaban a su consulta se lo dejaban muy claro casi cada día.

—Es un veterano —informó Eva—. Y, por lo que lleva en Ennis, creo que no tiene mayor intención de volver a la fuerza aérea.

—Debe llevar, unos… diez años en el pueblo —calculó Kylie.

—Estuvo dos veces desplegado en el extranjero —informó Eva—. Lideraba equipos de evacuación médica aérea en misiones críticas internacionales. Era el mejor en casos de urgencias, con unos nervios de acero, capaz de mantener la calma mientras realizaba una operación con las bombas cayendo a su alrededor.

—Demasiado cinematográfico, Eva —se quejó Kylie.

—En serio, lo escuché en el pueblo. Incluso hablaron de él en un reportaje en televisión. Y he visto fotos suyas con el uniforme, y está tremendo.

—Si me dices que además sabe cocinar bien, te juro que me desmayaré —bromeó Ashley, y las demás mujeres rieron.

—Solo puedo decir de él que es buen jefe, excepto por aquello de que me gustaría tener solo turnos de mañana —añadió Alyssa.

—¿No saldrías con él? —le preguntó Eva.

—¡No más militares en mi vida, por favor! —exclamó ella.

—Yo con uno tengo suficiente, y agradezco que se haya retirado —añadió Kylie, que sabía una parte de lo que había pasado Ally cuando John se iba a una misión, porque ella también lo había sufrido con Jayden.

—¡Pero son hombres sexis! —añadió Eva, sin comprender cómo no podría gustarle alguien como el doctor Gabriel Peterson.

—Siempre puedo tratar de buscarte una cita con él —se ofreció Alyssa, divertida—. Es un buen partido.

Eva frunció el ceño, y lo meditó.

Alyssa tomaba un vaso de agua en la cocina del hostal del rancho, había tomado el ponche demasiado «enriquecido», y no estaba acostumbrada a ello, pero se había divertido con las mujeres Davis esa tarde. La decoración había sido la excusa, pero había valido la pena.

Se fijó ahora en la habitación, que conservaba todo el encanto rústico con gabinetes de madera, una chimenea donde la leña ardía, y una gran isleta con encimera de cuarzo, algo práctico en un negocio como aquel. Aspiró el aroma, y pudo distinguir sobre los demás el de pan casero y café recién hecho.

—Hola —dijo Dominic, entrando en la cocina en esos instantes.

—Hola —Alyssa lo saludó, y sonrió. Otro aroma amaderado y especiado se coló en sus fosas nasales, era el de la colonia del hombre, que sin duda acababa de tomar una ducha. ¿Por qué los hombres siempre resultaban tan atractivos recién duchados?

—¿Pasa algo? —preguntó Dominic, sintiéndose observado. Ally estaba diferente, con una chispa distinta en sus ojos.

—Nada especial. Solo estoy tomando un vaso de agua fría. Ya sabes, demasiado ponche de huevo.

—¿Enriquecido? —preguntó él, divertido.

—No sabes cuánto —bromeó ella, y él rio.

—Si necesitas que os lleve a casa…

—Gracias, pero planeo que se me pase con la cena.

—Espero que lo hayas pasado bien con las chicas.

—Lo he pasado genial, y me hacía falta. Creo que tus hermanos y Jayden llevan rato en el salón del ventanal al lago.

—Lo sé, solo estoy huyendo de Eva hasta la hora de la cena —Dominic esbozó una sonrisa.

—¡No me digas! —Alyssa rio—. ¿Yo también debería huir?

—No lo sé. Puede que contigo se haya rendido, pero te aseguro que conmigo no.

—Lo siento —lo compadeció, pensando en que un rato antes a ella también le había vendido al doctor Peterson, aunque la había logrado esquivar, creía que de forma hábil— ¿Acaso le has pedido que te busque pareja?

—¡No! Jamás se me ocurriría hacer algo así —volvió a reír Dominic.

—No entiendo por qué lo hace.

—Tiene la absurda idea de que la Navidad es una época mágica en la que hay que enamorarse. Y si tratas de rebatírselo te dirá que Ashley llegó a la vida de Tyler en Navidad, que Jane, la exmujer de Tyler, también se enamoró en Navidad en este hostal, que Layla vino al rancho en Navidad, y que Kylie y tu hermano también comenzaron lo suyo en Navidad.

—¡Vaya! ¡Cuánta presión para ti! —comprendió Alyssa.

—Te juro que, si lo llego a saber, contrato a una novia falsa hace un mes. Sí, probablemente me habría salido caro, pero al menos

estaría fuera de su alcance. La relación terminaría el dos de enero, y todos felices.

Alyssa volvió a reír con la idea de Dominic. Lo compadecía, ella solo había estado en contadas ocasiones con la joven, y tenía que decirse que era muy apasionada en sus propósitos, a pesar de que el propósito solo fuera colgar una guirnalda de una forma concreta.

—¿Y el año que viene?

—El año que viene ya vería qué hacer.

—¿Contratarías a otra mujer? —preguntó.

—Puede.

—Sabes que se terminaría dando cuenta, ¿verdad?

—Probablemente.

—Tiene buenas intenciones, solo que la sutileza no parece una cualidad que posea —opinó Alyssa.

—Lo sé, y la quiero, pero me vuelve loco —reconoció él con una suave sonrisa, pasándose los dedos por dentro del cabello.

Alyssa lo encontró encantador, sexi, y vulnerable a partes iguales, y sintió el deseo de cuidarlo cual cachorrito desvalido. Cerró los ojos, y se dijo que quizá necesitaba tomar otro vaso de agua fría antes de la cena.

¿Una nueva cita?

Las viandas aparecieron en la mesa de la cena del hostal del lago: roast beef, puré de patatas cremoso, y espárragos a la parrilla fueron las delicias con las que Maggie y Ashley los sorprendieron esa noche. Alyssa se sentía cada vez más cómoda entre los Davis, o quizá solo era que aún no se le había pasado el efecto del ponche de esa tarde, se dijo. Miró a su hermano, que estaba sentado a su lado. Este le sonrió con cariño.

—¿Te lo has pasado bien hoy, pequeña? —le habló en voz baja, aprovechando que el resto de la familia discutía sobre si el mejor acompañamiento eran los espárragos o el puré de patatas, a pesar de que ambos estaban sobre la mesa.

—Muy bien —ella también le sonrió—, aunque creo que he bebido demasiado ponche.

—Es bueno divertirse de vez en cuando —le dijo, guiñándole un ojo, y ella rio bajito.

Las conversaciones versaron sobre la charla que habían mantenido esa tarde, la fiesta de disfraces de Nochebuena, y la escapada a Billings para comprarlos. Ella aún no sabía qué iba a hacer; no quería dejar a Theo con alguien extraño una vez más, pero la idea de compartir con el resto de las chicas una sesión de compras en la ciudad le pareció tentadora. ¿Cuánto hacía desde la última vez? Se perdió en aquellos pensamientos de un pasado que le pareció muy lejano, y dejó de escuchar las disquisiciones de los Davis acerca de cómo hacer que la fiesta de ese año fuera un éxito.

—Tengo una nueva cita para ti —fue lo primero que volvió a escuchar Alyssa. Era Eva, y se dirigía hacia su hermano Dominic.

—No, Eva —dijo tranquilo, esperando un milagro que hiciera que su hermana desistiera de la idea.

—Es fantástica, te lo prometo.

—Esta vez no, Eva. Y espero que no le hayas dicho nada a ella aún.

—Pues ya lo he hecho, y está deseando que llegue mañana, porque mañana será vuestra cita. Te lo digo con tiempo, para que no te enfades.

—Mi última palabra es no, Eva —volvió a repetir Dominic, tratando de ser paciente con su hermana. No le interesaba lo más mínimo salir con una nueva mujer desconocida.

—Sabes que irás, ¿verdad? —Eva se mostró triunfante, y presionó un poco más—. No tienes nada mejor que hacer, y no querrás ser descortés con ella, las habladurías sobre un plantón no quedan nada bien en un pueblo tan pequeño como Ennis, Dom.

Alyssa observó el gesto cansado de Dominic. Se dijo que, efectivamente, el cowboy acudiría, porque su insistente hermana sabía qué teclas tocar. Y si lo había logrado con una cita tan absurda como la que ambos habían tenido con aquella imposición de «sin contacto», una cita sin normas podía ser pan comido. Durante un instante él la miró; sus miradas conectaron de alguna forma, y se compadeció de él.

—Pensaba que ya tenías una cita para mañana, Dom —le dijo Alyssa, provocando que las miradas Davis fueran hacia ella, antes de posarse en el hombre, esperando recibir más información.

—¿Tenías una cita? —casi chilló Eva, sorprendida, mirando a su hermano.

—Sí, así es —convino él.

—¿Con quién? —preguntó ahora su lianta hermana, entrecerrando los ojos.

Alyssa vio cómo Dominic dudaba durante una fracción de segundo, y temió que la coartada que le había servido en bandeja no le funcionase.

—Con la mujer de la cita anterior —dijo de repente Alyssa, tratando de mostrar naturalidad—. ¿Verdad, Dom?

Dominic sintió un agradable calor en el pecho, y miró a Alyssa con una suave sonrisa en el rostro. Sus miradas se cruzaron durante dos segundos.

—Así es —convino él.

—¿No era que esa mujer venía de algo complicado, y no estaba preparada para…? —la voz de Kylie detuvo su pregunta, y a continuación miró a Jayden, a su lado. Su hermano le acababa de propinar una suave patadita por debajo de la mesa. Quizá nadie más se dio cuenta, pero Alyssa sí lo había hecho, y se dijo que el castillo de naipes se tambaleaba con el viento. ¿Tendría que reconocer ante todos los Davis que ella era esa mujer de la primera cita? Prefería no hacerlo y menos aún aquella noche, porque solo estaba ayudando a Dom.

—Bueno, cambió de opinión —dijo escuetamente Dominic, notando la incomodidad de su ahora aliada, antes de carraspear, y beber un sorbo de la copa de agua.

—¿En serio cambió de opinión? A mí me pareció muy firme —Eva lo miró, y subió una ceja; no se tragaba la historia—. ¿Cómo lo lograste?

Dominic volvió a dudar.

—¿No es suficiente con mi encanto natural? —bromeó él, y pareció que Eva se lo creía aún menos, si aquello era posible.

—Cuéntale lo del ramo de flores y la tarjeta. A mí me lo has contado antes —sonrió Alyssa, sintiendo que se le estaban terminando los argumentos. Miró hacia su amiga Layla que se mordía el labio inferior, tratando de no mostrar ningún gesto que alertara de la trama que se estaba desarrollando en la mesa. El resto de Davis seguían la historia con naturalidad, quizá Kylie se seguía preguntando el porqué de la patada de Jayden, pero… bueno, su hermano había sido espía de los Marines, esperaba que supiera hacerlo mejor que ella misma dando una excusa que se sintiera real.

—No pensaba que tuviera que darte tantos detalles de mi vida privada, Eva —dijo, tratando de parecer molesto, y elucubrando una buena explicación al mismo tiempo—. Sí, le envié flores, y le pedí

que saliéramos de nuevo, pero tomándonos las cosas con calma, como sé que ella necesita, porque me gusta, mucho.

—Oh, ¡Qué bonito! —exclamó Layla sin poder contenerse. Sabía que aquello era justo lo que necesitaba su amiga.

A Alyssa se le aceleró el corazón, y sintió que la temperatura del comedor había subido varios grados a su alrededor. Dom había encontrado una explicación tan buena que la boca se le acababa de quedar seca. Estaba bebiendo agua fría; el ponche no debía seguir teniendo efecto en ella, ¿no?

Eva miró durante un segundo a su hermano, después cortó un trozo de roast beef, y masticó despacio, asimilando la información.

Dominic se dijo que el peligro había pasado, y miró a Alyssa, agradecido. Sus miradas se volvieron a cruzar; ella se ruborizó, y él lo advirtió. Le sonrió, y ella desvió la mirada hacia su propia cena.

Encuentros

—Más te vale que no sea un truco, Dom —le dijo Eva en voz baja a su hermano, pasando a su lado.

Alyssa recordaba aquella frase que había escuchado antes de salir del comedor del hostal la noche anterior. Eva no era estúpida, y no habían sido tan convincentes con aquello de repetir la cita. ¡Vaya! Puede que incluso la viera molesta con ella misma en los días futuros, ya que, si sospechaba, también podría hacerlo de que ambos estuvieran compinchados de alguna forma. Pero bueno, al menos había intentado ayudar a Dominic, aunque hubiera fracasado. Giró la calle, y se encontró de frente con el hombre objeto de sus pensamientos.

—¡Buenos días! —la saludó él, llevándose dos dedos al ala del sombrero, antes de sonreírle.

—Buenos días, Dom —respondió ella.

—¿Recuperada del ponche de mi madre? —preguntó él con una sonrisa.

—A duras penas. Pero no me arrepiento; estaba riquísimo.

—Yo iba a la ferretería, pero… quería agradecerte lo de ayer. No sé por qué lo hiciste, pero gracias. Creo que hoy no tendré esa nueva cita.

—Fue un placer. Eva es tan intensa —suspiró—, que pensé que estaría bien echarte un cable. Tú lo hiciste conmigo cuando me quedé sin niñera.

—Me lo pasé bien con Theo —reconoció él, desestimando que hubiera sido un gran esfuerzo el haberlo hecho.

Alyssa abrió la boca para decir algo, pero se detuvo; acababa de ver el coche de Eva entrando en la calle donde estaban, y se dijo que cuando se lo proponía, aquella localidad era demasiado pequeña.

—¿Qué tal si tenemos una cita ahora mismo? —le propuso la mujer de repente, cogiendo del brazo al cowboy, que mostró un gesto extraño, pero se dejó guiar hasta la cafetería que tenían justo a unos pocos metros de ellos.

—Tampoco sé por qué has hecho esto, pero me gusta —convino Dominic con una sonrisa que se le antojó encantadora a Alyssa.

Ambos tomaron asiento, y esperaron a la camarera del local.

—¡Hola, Dom! —la mujer se mostró coqueta con el ranchero.

—Stacy —respondió nombrándola.

—Hace tiempo que no te veía por aquí.

—Puede que no coincida con tus turnos —le dijo con una sonrisa, mostrándose amable.

Alyssa se adelantó, pidió lo que iban a tomar, y añadió una porción de tarta para compartir. Si bien a Dominic le extrañó, no objetó nada al respecto. Solo la miró, si bien la notó algo distraída. Hasta que fue consciente del motivo, Eva había aparcado en la acera de enfrente de la cafetería, y los miraba desde el exterior, ceñuda. Él sonrió a su hermana, y la saludó con la mano. No estaba lo suficientemente cerca para asegurarlo, pero no se equivocaría si decía que probablemente había entrecerrado los ojos, en un claro gesto de que no se terminaba de creerse la escena.

—Creo que ya lo he pillado —rio Dominic, hablándole ahora a Alyssa.

—Escuché cómo te decía que esperaba que no fuera un truco —se justificó.

—Ya, no es estúpida —Dominic la miró. Su hermana le acababa de regalar una cita extra con Alyssa, y él trataría de que fueran algunas más.

Stacy abanicó el aire con las pestañas mientras dejaba los cafés y la tarta delante de ellos sin dejar de observar a Dominic, antes de abandonar la mesa.

—No te faltan candidatas —aludió Alyssa.

—Stacy era mi cita de esta noche. Eva me lo ha dicho esta mañana.

—¡Lo siento! —se lamentó la mujer—. Por cómo te ha mirado, estoy segura de que habría sido una cita muy exitosa.

—Prefiero una cita contigo, no te enfades —Dom fue sincero.

—Yo no soy igual de accesible —replicó ella, arqueando una ceja.

—Pero eres mucho más interesante; tu conversación también. Además, parece que tienes buen gusto eligiendo tartas —respondió mientras cogía el tenedor, pinchaba un trozo de ella, y se la introducía en la boca. Alyssa sonrió y lo imitó, no le importaba si Eva los miraba o no; le gustaba lo que le había dicho él.

***

Al día siguiente por la tarde, Alyssa consiguió que el doctor hablase con ella, llevaba días insistiéndole para mantener una conversación. El médico le había dado largas por todos los medios posibles, hasta que, finalmente, el galeno se dijo que tenía que enfrentarse a lo inevitable, y decidió invitarla a tomar algo en un lugar neutral como lo era una de las cafeterías del pueblo. Le había pedido que cenasen, pero ella había rechazado la opción.

—Tu dirás, Ally —dijo el médico, tratando de sonar cercano, mientras removía su café latte.

—Tengo un problema con el trabajo, Doctor Peterson —comenzó a decir en un tono que fue directo. Decidió no tocar el té que estaba frente a ella, para mostrarse firme. Estaban en una de las cafeterías de Ennis, sentados en una de las mesas del lado de la ventana.

—Llámame Gabe —dijo sonriendo, mostrándose amable.

—Gabriel —dijo ella, a medio camino entre la familiaridad y la formalidad, lanzando su reivindicación—. Necesito que mis turnos sean de mañana.

—Oh, ¡era eso! —el médico se mostró amable, y le tocó la mano, palmeándola, aliviado.

—Sí, claro. ¿Qué pensabas?

—Pensaba que me quedaría sin la mejor enfermera que he tenido en la consulta —reconoció, aliviado—. Estamos teniendo

mucho trabajo.

—Creo que debía haberte pedido un aumento —sonrió ella, destensando la situación—. Gabriel, me gustaría pasar más tiempo con mi hijo. Ni siquiera he podido conseguir una niñera para las tardes; mi hermano me ayuda, y me siento mal con él.

—¡Cuánto lo siento! —le dijo, siendo sincero.

—¿Entonces?

—Lo siento, Ally. Hasta dentro de un mes no creo que pueda hacer nada. Ennis recibe tanta gente en estas fechas que… al contrario, me gustaría tentarte para que trabajases a jornada completa en la consulta, pero sé que no te puedo obligar a hacerlo. Un buen puñado de esas personas de fuera sufren problemas de salud y terminan en mi consulta. Necesitan atención, y tú misma lo has visto. Torceduras de tobillo, heridas de anzuelos, caídas, cortes… Y esto sucede habitualmente de tarde, y lo sabes —el médico esgrimió sus razones—. Puedo darte una tarde a la semana libre como hasta ahora, a lo sumo dos si de forma extraordinaria lo necesitases, pero es imposible que sean más.

Alyssa negó con la cabeza.

—La campaña navideña es complicada en Ennis, Ally —volvió a esgrimir él—. Espero que lo puedas entender. Sabes que no te engaño. Me gustaría contar con otra enfermera que cubra la otra mitad de la jornada, y darte tus tardes, pero ya sabes que no es sencillo hacerlo.

—Sí, lo sé —recordó que ella había llegado a aquel trabajo de una forma poco convencional.

—Solo unas semanas más —le pidió—. Te prometo que en Año Nuevo lo reconsideraré, y mi oferta de que pases a jornada completa sigue en pie durante todas las fiestas.

—Me pides algo muy difícil, Gabriel —se quejó ella.

—Seré generoso en la paga de Navidad —le prometió una gratificación extra.

—De acuerdo —suspiró, y se rindió. Solo entonces comenzó a beber de su té—. Tendré paciencia.

—No sabes cuánto te lo agradezco, Ally —el médico de nuevo posó la mano sobre la de la joven antes de beber café de su taza.

Dominic esperaba a su madre dentro de la camioneta, había acudido al pueblo para ayudarla con unas pesadas compras para preparar las fiestas, aunque la matriarca Davis acababa de entretenerse en la pastelería; quería llevar algo especial para la cena de esa noche.

—¿Esa no es Alyssa? —dijo la mujer, al subir en el vehículo de su hijo, y observarla saliendo de la cafetería. El médico le pasó la mano por los hombros, y caminó a su lado, abrazado a ella unos metros, hasta bajar los escalones del porche de la cafetería de Main Street. Luego ambos giraron la esquina, y los perdieron de vista—. ¡Vaya! ¡No sabía que estaba saliendo con el Doctor Peterson!

Dominic apretó la mandíbula. Su madre solo había visto una parte de la escena, pero él la había presenciado casi al completo mientras la esperaba. El nerviosismo de Ally, la mano del médico sobre la de la mujer en varias ocasiones, las sonrisas cómplices… todo un despliegue que le había provocado una punzada de dolor en su pecho. Estaba seguro de que el médico estaba interesado en ella, pero hasta donde él sabía, ella no lo estaba en él, ¿verdad? Dominic se aferró al volante con fuerza, molesto.

—No lo sé, mamá —masculló entre dientes—. ¿Nos vamos?

***

—¿Qué demonios te pasa, Dom? —Le preguntó Eva después de haberle pedido que la ayudase a colgar algunos adornos más en el rancho esa mañana. Su hermano llevaba desde el día anterior más hosco que de costumbre. De hecho, ni siquiera había acudido al hostal del lago después del trabajo, y había rehuido cenar con la familia.

—Nada, ¿has terminado? —preguntó después de verla bajar de la escalera, alejarse unos metros, y observar cómo quedaban aquellas guirnaldas en la sala de estar del rancho.

—He terminado —le informó, y se dijo que a su hermano le sucedía algo, y que no era capaz de recordar la última vez que lo había visto así.

Cuando volvió, rato después de llevar la escalera que estaban usando al desván, su hermana le habló:

—¿Estás enfadado porque he sido demasiado insistente con lo de tus citas?

Dominic no respondió; solo se dirigió hacia el despacho del rancho, e hizo algo que no era común en él: servirse una copa, y sentarse en uno de los sillones del lugar.

Eva no obtuvo respuesta y decidió dedicarse a alguna tarea más útil que a esperar una respuesta que no llegaría de parte de su hermano.

Jayden entró en el despacho en busca de información en el ordenador sobre uno de los productos fitosanitarios que habían usado en la campaña anterior, estaba realizando el inventario, aprovechando los días más relajados de trabajo.

—¿Molesto? —dijo Jayden, observando el semblante taciturno de su cuñado.

—No, adelante —respondió sin ni siquiera mirarlo.

Jayden realizó la tarea entrando en el programa del ordenador dedicado a tal efecto, y comprobó sus anotaciones con las del archivo. Todo estaba correcto, y sonrió, mirando la pantalla mientras se reclinaba en el asiento. Desvió la mirada hacia Dominic, que miraba el fuego de forma distraída. A decir verdad, su cuñado llevaba un par de días algo más taciturno de lo habitual. Suspendió el ordenador, y se sentó en el otro sillón cercano a la chimenea frente a él.

—Ahora vas a decirme qué te pasa —dijo Jayden de forma directa, sentándose en el sillón que estaba frente a Dominic—. ¿Todo va bien?

—Todo va bien —respondió con una mueca que no llegaba a sonrisa, y desde luego que no era sincera.

—Vale —Jayden lo observó, y se dijo que no era cierto.

—¿Cómo está tu hermana? —preguntó Dominic un par de minutos después, y Jayden trató de disimular una sonrisa. ¡Esa era la causa! Ahora solo esperaba reconducir la conversación para hallar el problema que tenía con Ally.

—Bien, está bien, la he visto hace un rato cuando ha ido a recoger a Theo al hostal. Ha preguntado por ti.

Jayden captó la atención de Dominic al instante, y se dijo que su cuñado también disimuló una leve sonrisa que luego se borró.

—Salúdala de mi parte —le dijo—. ¿Cómo le va?

—Bien, ocupada con el trabajo, ha intentado que le cambien los turnos a las mañanas, al menos hasta vacaciones, pero su jefe se niega en rotundo a hacerlo.

—¿En serio? —Dominic frunció el ceño. y miró de nuevo hacia el fuego—. Pensaba que salía con él.

Jayden sonrió; así que, ¡aquel era el problema que tenía Dom! Lo cual significaba que su hermana le importaba, y eso era bueno.

—¿Con Peterson? —preguntó incrédulo, y sonrió—. ¡No!

—Los vimos ayer por la tarde en el pueblo, mi madre y yo. Él le pasaba el brazo por los hombros.

Dominic obvió mencionar que también la había visto en la cafetería con la mano del médico sobre la suya. No quería que Jayden pensara que la estaba siguiendo. Ennis era tan pequeño que cualquier coincidencia podía parecer intencionada.

—Quizá solo era para consolarla después de negarse a concederle las tardes libres. Justo ayer por la tarde hablaron de ello. Ally estaba muy disgustada con su negativa.

Dominic lo miró, ceñudo. Si Jayden le estaba diciendo aquello, es que era cierto. Quizá solo malinterpretó la situación, ayudado por el comentario de su madre.

—Mi hermana nunca saldría con un militar —volvió a hablar Jayden, reforzando aquel punto.

—Estuvo casada con uno —recordó Dominic.

—Precisamente por eso.

—¡Vaya!

—No me entiendas mal —se detuvo—, John y ella fueron felices. Pero los militares nunca salimos del todo de ahí. No sabes si te van a volver a requerir.

—¿Aunque estés retirado? —preguntó Dominic.

—Aunque lo estés —confirmó—. Ally no quiere volver a vivirlo. Creo que ya tiene bastante conmigo.

—Espero que no tengas que hacerlo.

—Sí, yo también, tío —el exmarine sonrió de lado.

Jayden observó a Dominic, algo había cambiado en él desde que sabía que Ally no salía con el médico del pueblo. Parecía que volvía a respirar.

Detalles que importan

El final de la tarde estaba siendo tranquilo en la consulta del médico, y Alyssa lo agradeció. Le dio tiempo a ordenar las medicinas, los apósitos, y el instrumental. Una consulta ordenada daba mejor sensación. Los pacientes lo notaban, y a ella le daba seguridad.

Abrió las láminas de la persiana, y miró al exterior, el ambiente no podía ser más navideño; casi escuchaba el eco lejano de música instrumental de la época, y muchos de los niños vestían gorros rojos y verdes. Las luces de las farolas iluminaban el ambiente, y el vaho de los viandantes al respirar se perdía con los copos de nieve que comenzaban a caer de forma abundante sobre Ennis. Theo estaba muy ilusionado con las fechas, y se dijo que por él había decorado un poco más de lo habitual su casa. Pero era normal: su niño crecía. y cada vez era más consciente de todo lo que había a su alrededor. El sonido del teléfono de línea interna la interrumpió.

—Dime, Maya —saludó a la recepcionista.

—Señora Murphy, hay alguien que quiere verla.

—Dígale que pase —dijo, esperando que fuera un paciente de última hora, aunque solo restaban unos minutos para terminar la jornada.

—No es un paciente —le informó.

—De acuerdo. Ahora mismo salgo. Gracias, Maya —respondió, pensando que debía ser un repartidor que necesitaba su firma, por tarde que fuera.

Dominic se levantó de su asiento en la sala de espera al verla caminar hacia él, y le sonrió con una pequeña caja en la mano. Alyssa se mostró extrañada.

—¡Hola! Estoy bien —respondió él antes de que ella se lo preguntara o comenzase a mirarlo, buscando heridas. La mujer pareció relajarse, y sonrió.

—Es importante saberlo —dijo ella.

—Estaba por el pueblo, y pensé que a esta hora podría apetecerte algo dulce —le tendió una caja elegante con una ventanita que mostraba un muffin en su interior.

Alyssa sonrió, y la tomó en su mano, los dedos de ambos se rozaron en el intercambio, y sintió un leve escalofrío. Sus miradas se cruzaron, y Dominic la observó con una calidez que la desarmó.

—¡Vaya! ¡Gracias! —dijo, sorprendida por el detalle del hombre. Sabía que aquel embalaje era de la pastelería más fina de Ennis, *The Sweet Lodge,* y podía apostar que el muffin de chocolate era absolutamente orgásmico—. No hacía falta.

—Quería hacerlo —respondió él, y la volvió a mirar de una forma intensa.

—Señorita Wells —el doctor Peterson salió de la consulta y se dirigió a la recepcionista, que no había perdido atención de la escena entre la enfermera y el ranchero.

—Sí, Doctor —dijo la mujer, maldiciendo la interrupción del médico; aquel era un buen cotilleo para sus amigas.

—¡Oh, Dominic! —el médico sonrió, y se dirigió hacia el ranchero.

—Doctor —dijo, extendiendo su mano hacia el galeno, que se la estrechó.

—Espero que no tuvieras ningún problema añadido con la receta de hace días —habló el médico, intentando averiguar el origen de su visita.

—No, todo fue bien, gracias.

—En ese caso tú dirás.

—Dom —Alyssa se dio cuenta de que había usado el diminutivo con él, y se corrigió rápidamente—. Dominic solo ha venido a traerme algo.

—Ah, ya veo —dijo el médico, algo fuera de su zona de confort, observando el fino envoltorio de la caja de pastelería, antes de escrutar al hombre que tenía frente a él, que sonrió.

—Pero ya me iba —respondió él, satisfecho en cierta medida de que el médico lo hubiera visto. Que Alyssa no tuviera intención alguna con él era una cosa, pero… algo le decía que el médico no era de la misma opinión.

—Gracias —dijo de nuevo Alyssa con una sonrisa.

Dominic le dedicó una suave sonrisa de nuevo, y se despidió poniendo dos dedos en el ala de su sombrero.

—¡Ah! Se me olvidaba —alzó otra pequeña bolsa con el membrete de la pastelería—. Seguro que a Theo le gustará también uno, si lo crees conveniente.

—Claro, le encantará. Gracias —dijo, mientras lo veía abandonar la clínica. El Doctor Peterson comenzó a hablar, y tuvo que volver a reconectar su cerebro para escucharlo con atención.

—Alyssa, quería hacerte una consulta sobre el niño de… —aquellas últimas palabras del médico fueron las que escuchó antes de cerrar la puerta, y salir al exterior.

Mientras que la tarde se volvía desapacible en Ennis, y la nieve se acumulaba en su sombrero, él se dijo que había merecido la pena el viaje para verla sonreír.

Lo que parecía una pequeña tormenta de diez minutos, se convirtió en algo más cuando Alyssa salió de la consulta. Al menos había diez centímetros de nieve en la acera, y la precipitación no cesaba; se estaba volviendo demasiado copiosa. Tenía que darse prisa si quería recoger a Theo, antes de que las cosas se volvieran complicadas de verdad hasta llegar al rancho Davis, donde estaba Theo esa tarde.

Cuando llegó al lugar se dijo que aquella había sido una de las ocasiones en las que más temor había sufrido al volante. La nevada no lo ponía fácil: los copos caían sin pausa, y la nieve se acumulaba en la calzada cada vez más. Sabía que no iba a poder regresar con su coche de vuelta hasta que limpiasen la vía, si es que acaso lo hacían, y dejaba de nevar. Milagrosamente logró aparcar sin resbalar

demasiado, y salió del vehículo, se dirigió a la casa, no sin dificultad. Para entonces, las botas se le hundían en la nieve hasta más de media pantorrilla.

—¿Has venido conduciendo? —Jayden se sorprendió al verla—. ¿Acaso has perdido el juicio? No pensé que fueras capaz de hacerlo.

—Sí, yo también me alegro de verte, Jay —respondió Alyssa, que era consciente que había sido una pésima idea.

—Quítate las botas —dijo su hermano, mirándole los pies, húmedos. Le reprochó en silencio que no llevase unas que fueran impermeables.

—Señor, sí señor —bromeó ella, y él entrecerró los ojos. Alyssa cubrió la distancia hasta su hermano, se colgó de su cuello, y lo besó en la mejilla, haciéndolo sonreír—. Gracias por preocuparte por mí.

—Ve al despacho, y ponte al lado de la chimenea. Te buscaré unos calcetines secos, y me ocuparé de ti.

Alyssa se dijo que, «ocuparse de ella» significaba que su hermano le haría beber un vaso de leche caliente con miel, para tratar de evitar que se resfriase. Como cuando era pequeña.

Le hizo caso, y se dirigió al despacho, donde se colocó al lado de la chimenea, reconfortada por el calor del hogar. Los calcetines comenzaron a echar humo, y se dijo que debería quitárselos: estaban mojados, su hermano tenía razón.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Dominic al entrar en el lugar. Hasta que se cayó en la cuenta de lo que había hecho—. ¿Has venido con la tormenta de nieve que hay ahí fuera?

—Jayden ya me ha echado la bronca —se quejó.

—Lo siento.

—Ya sé que ha sido algo…poco responsable. Pero, no pensé que habría nevado tanto fuera del pueblo.

—A veces en las áreas despobladas se acumula más rápido. Me alegra que estés bien —le dijo.

Alyssa sonrió, y decidió sentarse en uno de los sillones para quitarse los calcetines.

Jayden entró con unos calcetines en la mano, y se los dio. Ella los agradeció, dejándolos en el brazo del asiento, y trató de acercar los pies hacia el fuego.

—Bueno, yo… —se disculpó Dominic—, creo que voy a seguir con lo que estaba haciendo. Si necesitas cualquier cosa, no tienes más que decírmelo.

Jayden sonrió a Dom antes de que saliera de la estancia, y se sentó frente a su hermana.

—Dom estaba haciéndole la cena a Theo —le informó, y ella lo miró, subiendo una ceja.

—¿Estás tratando de vendérmelo, como Eva?

Jayden rio.

—¿Habéis vuelto a salir?

—Hemos tomado un café en el pueblo, hace unos días.

—Ajá, bueno, es un avance.

—¿Por qué todos os empeñáis en que salgamos juntos?

—No fui yo quien dijo durante la cena del hostal que lo haríais.

—¡Solo estaba tratando de librar a Dom de la insistencia de Eva! —se defendió ella, bajando la voz.

—¿En serio, Ally? —Jayden entrecerró los ojos—. ¿Y el que Eva lo incordie buscándole pareja te importa por algún motivo?

—Porque… —Alyssa titubeó, y tomó unos segundos extra para responder—. Dom me ayudó con Theo el día que me quedé sin niñera, y luego habló con Maggie para solucionarlo, y…

Alyssa recordó que también le había enviado flores o que esa misma tarde le había llevado un muffin de chocolate para ella y otro para Theo.

—¿Y? —su hermano subió una ceja, sabiendo que Alyssa se había perdido en algún recuerdo extra.

—Estoy agradecida. Es lo menos que podía hacer por él, ¿no crees?

—Claro —respondió el hombre, con poca convicción.

El silencio se hizo fuerte entre ambos durante varios minutos. Jayden escrutaba a su hermana. Si durante varias décadas de su vida había trabajado para descubrir qué era lo que pensaba el enemigo, Ally le resultaba demasiado fácil de descifrar. La mujer se colocó los calcetines, y miró a su hermano, que aún seguía fijo en ella.

—¿Te funcionaba esta técnica del silencio cuando trabajabas de espía? —le recriminó.

—A veces.

—Yo no soy un agente doble.

—Eso aún está por ver, Alyssa. Si ese es tu verdadero nombre —bromeó él antes de levantarse del sofá para salir de la habitación—. Te traeré leche con miel, y puede que le eche un poquito de suero de la verdad, para interrogarte más tarde.

—Ja, ja —se rio Ally, antes de quedarse a solas en la estancia. Se acomodó en el sillón, y subió las piernas para abrazarlas contra el pecho. Los Davis tenían una gran casa, y aquel era un lugar muy acogedor de la misma, haciendo que casi olvidase que fuera la nieve seguía cubriéndolo todo. Suspiró, y pensó en Dominic, y en que, esa noche, le estaba haciendo la cena a su hijo. ¡Por supuesto que tenía motivos para ayudarlo con la insistente de su hermana! Porque no había ningún otro motivo, ¿no?

***

Alyssa observaba a Theo mientras degustaba la cena, antes de dormir. Dominic, por su parte, le daba de cenar a John, el sobrino de ambos.

—¿De verdad no quieres que te ayude? —se ofreció una vez más ella.

—Siéntate y descansa —le dijo él mientras introducía una cucharada de puré en la boca del pequeño—. Has pasado toda la tarde trabajando.

—Está muy rico, Dom —dijo Theo, que degustaba unos filetes de pescado empanado.

—Gracias, campeón —sonrió con el cumplido.

—Tú también has trabajado hoy —le dijo ella.

—El trabajo de invierno es más llevadero en un rancho —desestimó él.

—Cuando son más grandes es más sencillo —dijo Ally acariciándole la cabeza a Theo, que comía solo.

—Todas las edades tienen su encanto —aseguró Dom.

—Aquí lo tenéis fácil. Sois una familia grande y os apoyáis los unos a otros —dijo Alyssa y aunque pudo sonar a envidia, no lo era. Los admiraba, y estaba más que encantada de que su hermano formase parte de aquello. Que su sobrino tuviera la suerte de criarse con otros primos y personas amorosas a su alrededor.

Dominic levantó la vista del bol de puré de su sobrino, y la miró.

—No fue sencillo para ti, ¿verdad?

—No —suspiró, y volvió a acariciar la cabeza de su pequeño. Después sonrió—. Di a luz sola, y pasé el primer mes igual. Por suerte no necesitaba trabajar, y tenía todo el tiempo del mundo para Theo. Eso es una bendición.

—Jayden y tu… ¿No tenéis más familia?

—No —convino ella—. John tampoco tenía a nadie.

—Lo siento —expresó Dominic, sabiendo que debía haber una historia nada agradable detrás de aquello.

—Cada uno venimos de un sitio diferente, ¿no?

—Por supuesto.

Se oyó a Jayden y Kylie riendo mientras bajaban las escaleras, y entraban en la cocina.

—¿El tío Dom te ha dado la cena, cariño? —Kylie le habló a su hijo, mientras que este sonreía al ver a su madre, y asintió con la cabeza. Aún no se había arrancado a hablar.

—Se lo ha comido todo —dijo, orgulloso Dominic.

—¡Vaya! ¡El tío Dom es un hombre mágico! —dijo la mujer.

—El tío Dom tiene paciencia —añadió Jayden.

—Iré poniendo la mesa para que cenemos el resto —dijo Dominic—, mientras estos dos pequeños se van a dormir.

—¿Me quedo a dormir? —preguntó Theo, sorprendido.

—Sí, cariño. Está nevando mucho fuera, y es posible que no podamos volver a casa esta noche —le informó Ally.

—¡Guay! —exclamó él, y abrazó a su madre.

—Sobre lo otro, Dom. No vamos a cenar —le informó Kylie.

—¿¡Qué!? —preguntó sorprendido.

—Hemos pensado que, ya que estamos solos, Ky y yo haremos un pequeño picnic arriba —Jayden cogió el pan de molde del

armario, y la mantequilla del frigorífico, y la dispuso sobre la encimera, decidido a preparar sándwiches.

—No estamos solos, está Ally —se quejó Dominic.

—Ally nos perdonará —intervino Kylie, y le guiñó un ojo—. Para una noche que nos podemos escaquear de la cena de mamá o de Ashley.

—Queremos hacer un plan más íntimo —informó Jayden, sonriendo.

—Llevo cocinando un buen rato —les dijo.

—Perdónanos, hermanito —Kylie lo besó en la mejilla, y cogió a su hijo en brazos.

—¿Puedo ayudar a dormir al primo? —se ofreció Theo.

—Claro, cariño —respondió su madre.

—Luego te prometo que me dormiré yo.

—¿No necesitas que suba? —preguntó Alyssa.

—Soy un niño grande —respondió, orgulloso de ello.

—He instalado a Theo en la habitación de John —informó Kylie —. El cuarto de invitados está listo para ti si Chase no aparece con la quitanieves en un par de horas, y si necesitas algo, no tienes más que pedírnoslo.

—Claro, gracias. Siento dar tantos problemas.

—¡Tonterías! Me gusta tenerte en casa —dijo Kylie, y sonrió antes de estirar la mano hacia su sobrino, y que este se la diera.

Jayden no tardó en terminar de hacer los sándwiches, y subir con una bandeja bien aprovisionada de snacks y refrescos.

—Mañana les dolerá el estómago —sentenció Dominic.

Alyssa rio.

—Bueno, parece que solo hemos quedado los dos —volvió a hablar Dominic, mirándola mientras ambos recogían la mesa para llevar los cubiertos y platos de los niños al fregadero de la cocina.

—Ya, eso parece —dijo ella, divertida.

—No te atreverás a escapar también, ¿verdad?

Ally sonrió, y miró hacia la ventana de la cocina. Seguía nevando fuera, mucho. Algunos de los vehículos acumulaban al menos treinta centímetros de nieve en su techo.

—Creo que no podría llegar muy lejos —dijo mordiéndose el labio, y sonriendo, lo que hizo que Dominic también sonriera.

Una cena bajo la nieve

Alyssa observaba cómo Dominic se movía como pez en el agua en la cocina. Era más que evidente que no era, ni mucho menos, la primera vez que cocinaba o usaba los utensilios. ¡Vaya! Aquel hombre no dejaba de sorprenderla, y lo mejor de todo era que ni siquiera presumía de ello. De hecho, nunca presumía de nada. Hacía lo que tenía que hacer sin esperar una palmadita en la espalda, y eso era algo que le resultaba encantador.

—¿Una copa de vino? —ofreció él.

—¡Claro! —dijo Alyssa, mirando hacia la ventana de la cocina—. Creo que todo hace indicar que no conduciré esta noche.

Dominic sacó una botella de vino blanco, y se la mostró. Ella asintió.

A pesar de no ser una persona entendida en vinos, no se le había pasado por alto que era un *Chardonnay Arthur* de Oregón. El hombre descorchó la botella y, ante la atenta mirada de Alyssa, olió durante unos instantes el corcho antes de pasárselo. Ella lo imitó, y se dijo que era una gran apuesta. ¿Era una elección deliberada o en aquella casa solían beber aquel tipo de caldos? Era evidente que a los Davis no les iban mal las cosas. No en vano era uno de los ranchos más grandes del condado.

—Por la nieve —brindó Dominic levantando su copa, después de servir ambas.

—Por la nieve —sonrió Ally, y la chocó antes de beber y confirmar que era un gran vino—. Delicioso.

El hombre sonrió, y dejó la copa en la encimera, dispuesto a poner la mesa para ambos. Alyssa se recostó en el mármol, y disfrutó de la visión del ranchero sacando los platos y los cubiertos de los armarios para llevarlos hacia el comedor. Dominic vestía vaqueros y una camiseta blanca de manga larga con tres botones en el cuello. No le quedaba ajustada, aunque en algunos movimientos se ceñía a su torso, y cuantas menos capas de ropa tenía encima, más evidente era que aquel hombre tenía un buen físico, y que estaba muy bueno. Recordó cuando Layla se lo dijo en la biblioteca y sonrió. Sí, Dominic Davis era muy atractivo, y ella añadía que tenía un bonito trasero: ese era su veredicto totalmente imparcial.

—¿Qué me he perdido? —preguntó él, observándola.

—Nada, solo me estaba acordando de algo que me dijo Layla.

—¿El qué?

—Una tontería —Alyssa supo que había enrojecido.

—Ya —acertó a decir Dominic, subiendo una ceja. Luego siguió en su tarea, pero pudo escuchar un pequeño suspiro de la mujer, que hizo que unas cuantas pulsaciones más acudieran a su corazón.

Aquel gesto de la ceja también era muy sexi pensó Alyssa, y se preguntó si era el vino o si era Dominic.

Cuando la mesa estuvo puesta, él la invitó a sentarse. Al llegar al comedor, descubrió que no parecía ser solo una cena familiar, sino que había varias velas encendidas en la misma. Lo miró, esperando una explicación. Él apareció con la salsera en la mano, y supo que probablemente se había equivocado.

—Si Eva aparece por esa puerta en algún momento, le gustará ver velas en la mesa —dijo sonriendo, dejando la salsa de pimienta cremosa sobre la misma—. Y si se va la luz por la tormenta, no nos quedaremos a oscuras.

Alyssa sonrió, pensando que era un buen plan, y que debía relajarse.

—Y si… ¿ponemos música? —propuso ella de repente, para aportar algo a la farsa, solo por si Eva volvía pronto.

—¡Buena idea! ¿Qué quieres escuchar?

—Algo festivo.

—Bien —Dominic tomó su teléfono, conectado a los altavoces del comedor y busco el álbum *Country Christmas*, dándole al play, y ajustó el volumen a uno lo suficientemente bajo para que pudieran charlar, pero a la vez poder disfrutar de la misma.

—¡Es perfecto! —exclamó Ally, escuchando los primeros acordes de *You Make It Feel Like Christmas* de Blake Shelton y Gwen Stefani, tarareándola.

Dominic sonrió, embelesado, y ella se dio cuenta.

—Lo haces genial.

—Es el vino, ¿vale? —se excusó ella.

Ally enrojeció, y el cowboy rio antes de dejar el teléfono sobre la mesa del comedor, y volver a la cocina a por el plato estrella.

—Espero que te guste el menú —dijo, mostrando una bandeja de horno con salmón y patatas.

—¿En serio lo has hecho tú? —Alyssa se mostró gratamente sorprendida. Le gustaba el salmón y las patatas al horno. Entonces recordó la salsera, y se dijo que también había salsa cremosa a la pimienta.

—Creo que sí, aunque no lo he pescado personalmente —bromeó, poniéndola sobre la mesa.

—Yo tampoco suelo pescar lo que como —respondió ella.

—Podría enseñarte —se ofreció.

—Pero este no lo has pescado.

—Pero sé pescar —aclaró.

—Me apunté a un curso de pesca en el pueblo el año pasado —apuntó Alyssa.

—Entonces pescas.

—No llegué tan lejos, me temo.

—¿Qué sucedió?

—No te rías, ¿vale? Los anzuelos acabaron en mí antes de la tercera clase.

—¿Cómo? —preguntó, sin comprender muy bien a qué se refería.

—Los compañeros del curso querían ligar conmigo —aclaró ella.

—¡Ohh! —Dominic fue consciente, y sonrió.

—Prometiste que no te reirías.

—No he prometido nada, y no me estoy riendo; solo he sonreído.

—También cuenta.

Dominic le sirvió una ración a la joven y se sirvió a sí mismo, antes de comenzar a comer.

—Eres una mujer muy bonita, no hay que culparlos por intentarlo —se aventuró a decirle, mientras tomaba la salsera en la mano para servirse.

Ella lo miró, y durante un par de segundos, no supo cómo responder a aquello. ¿Dominic pensaba que era muy bonita? Después se relajó, y sonrió.

—Yo solo quería hacer algo en mi tiempo libre, y aprender a pescar para poder enseñarle a Theo.

—Yo podría enseñarle el próximo verano —se ofreció.

—No puedo pedirte eso, Dom.

—No me lo estás pidiendo; yo me estoy ofreciendo, Ally.

—Has hecho demasiado por nosotros últimamente.

—No es cierto —desestimó él.

—Sí lo es, y lo sabes —Ally lo miró, escrutándolo.

—Tú también has hecho cosas por mí.

—Ah, ¿sí? —preguntó, escéptica.

—Me has salvado de Eva en varias ocasiones, y hoy estás aquí, comiéndote la cena que preparé para mi familia y que rechazaron.

Ally rio mientras se tapaba la boca con la servilleta, y terminaba de masticar.

—Eso no es nada, Dom —le dijo.

—Para mí lo es —el hombre la miró, mostrándole todo lo que significaban aquellos pequeños hechos en su interior. Lo que significaba el tenerla frente a él, estar los dos a solas, y compartir una de sus mejores recetas. Benditos Jayden y Kylie, y bendita tormenta de nieve.

Alyssa se sintió bien pudiendo corresponderle, y se sentía bien bajo la atenta mirada del cowboy.

—No me está resultando ningún esfuerzo hacerlo —sonrió ella después de beber un nuevo sorbo de vino—. El salmón está riquísimo, y la salsa… ¡Santo cielo! Tienes que darme esta receta.

Dominic le sonrió cálidamente. Un mensaje entró en su teléfono móvil, y, disculpándose, lo leyó.

—Es Eva, está en el hostal del lago, y dice que tanto mis padres como Layla y ella se quedarán a dormir allí. Chase probablemente esté de guardia limpiando los accesos principales al pueblo para emergencias.

—¡Vaya! —exclamó Alyssa, y miró hacia el vino, bromeando—, parece que podremos terminarnos esa botella esta noche sin miedo.

Dominic sonrió, y sacudió la cabeza.

—¿Quieres que apague las velas? Eva no va a venir —le preguntó a continuación, sabiendo que aquello la había hecho dudar hacía rato.

Ella las miró durante unos instantes.

—No, están bien —sonrió—, son navideñas. Es una pena que Eva no vea toda la escena.

—Sí, lo es —convino Dominic, y bebió de su copa.

—¿Por qué… no me haces una foto, y se la envías? —Ally tomó la copa de vino en la mano, y se irguió en la silla, buscando la pose perfecta.

—¿Estás segura? —Dominic se sorprendió con la oferta de la mujer.

—No tendremos una oportunidad mejor para seguir logrando que te deje en paz. De alguna forma tengo que pagar por este salmón. ¿Estoy bien así? —la mujer se colocó el cabello, y ladeó la cabeza, con una sonrisa resplandeciente.

—Estás perfecta —dijo Dominic, que tomó su teléfono móvil para captar la instantánea, luego se la enseñó; ella dio el visto bueno, y se la envió.

Ally se ha quedado atascada en el rancho y estamos cenando. Theo y ella pasarán la noche aquí.

Casi de forma instantánea recibió un mensaje en su teléfono.

¿Quieres que crea que tenéis una cita? ¿Con Jayden, Ky y los niños delante? ¡Ja!

—¡Será malvada! —exclamó Dominic leyendo la respuesta, y le mostró el mensaje.

—¿No se lo cree? ¿De verdad? —preguntó Alyssa, frunciendo el ceño.

—Parece ser que no —Dominic se encogió de hombros, y dejó el teléfono boca abajo sobre la mesa. No le importó lo más mínimo el hecho.

La joven se levantó, y fue hasta la entrada, donde había dejado el bolso, buscó en el interior, y sacó su propio teléfono. Luego se colocó al lado de la mesa, tomó la copa de vino en la otra mano, y comenzó a grabarse en video.

—Hola Eva. Solo quería decirte que Dom y yo estamos cenando en el rancho. Dom, ven aquí y saluda —el hombre hizo lo que le pidió, y se colocó a su lado, sonriendo—. Tu hermano ha preparado un salmón que está delicioso, pero Kylie y Jayden han preferido un montón de snacks, y nos han dejado solos. Siento que no podáis venir, pero bueno, la tormenta de nieve, ya sabes. Bien, yo tampoco podré irme, así que me quedaré a dormir por aquí.

Alyssa miró a Dom, y este la miró a ella, y ambos sonrieron, demasiado cerca el uno del otro.

—Oye —Alyssa volvió a mirar a la cámara—, creo que vamos a seguir tomando una botella de un estupendo vino de Oregón mientras sigue nevando ahí fuera. Buenas noches, Eva.

—No puedes enviárselo —opinó él a su lado, sonriendo, una vez que Alyssa detuvo la grabación.

—¿No? —preguntó ella.

—No se lo va a tragar. ¿En serio tenemos una cita, y estamos pendientes de hacerle un video a ella?

—La foto tampoco se la ha creído —objetó Ally.

—De momento. Mañana lo hará, en cuanto le pregunte a Kylie, y ella le confirme el resto.

—Tienes razón —dijo, bloqueando su teléfono para ponerlo boca abajo sobre la mesa—. Creo que no tengo una mente demasiado criminal.

Dominic sonrió.

—Una enfermera con mente criminal no sería segura para Ennis.

—No sé en qué estaba pensando —rio ella, y se sintió levemente mareada—. Puede que el *Chardonnay* esté pensando por mí.

Después de recoger la mesa, e introducir la vajilla en el lavaplatos, Dominic sacó una sencilla tarta de queso del refrigerador, y sirvió dos porciones en sendos platos.

—¿También la has hecho tu? —preguntó ella.

—*The Sweet Lodge* —respondió Dominic, aludiendo al lugar donde había comprado los muffins de Alyssa y de Theo.

—¿Podemos tomar el postre aquí? —preguntó refiriéndose a la isleta de la cocina y los taburetes altos de la misma.

—Claro que sí.

Ambos se sentaron en el lugar mientras que Alyssa miraba hacia la ventana, y se introducía la primera cucharada de la misma, emitiendo un sonido de aprobación, estaba realmente deliciosa.

—Me gusta ver la nieve mientras cae —dijo distraída, a la vez que degustaba la tarta lentamente—. No recordaba una tormenta así desde que vivo en Ennis.

—La hubo, hace unos seis años —informó él.

—Aún no vivíamos aquí —recordó, y colocó la mano debajo de su barbilla para apoyarse en la encimera. Siguió observando los copos de nieve—. Me gusta el silencio sordo de la nieve al caer, como si fuera una cortina de encaje, suave y vaporosa. Y el brillo con el que la refleja la luz de la farola, es mágica. Es tan romántico, ¿verdad? Me gustan esas películas en las que alguien de la ciudad se queda atrapado en la nieve, termina pasando la Navidad en un pueblo, y se queda prendado del lugar.

—Y la chica se enamora del cowboy —añadió Dominic a la escena.

—Te estás burlando de mí —dijo Alyssa mirándolo, arrepentida de haber compartido aquel pensamiento tan íntimo con él. Se había sentido bien en su compañía, y había pensado que no la juzgaría por ello.

—No, no lo hago —Dom la miró a los ojos, y sonrió, explicándose—. La historia de Ashley y Tyler fue así.

—Te lo estás inventado —lo acusó.

—No lo hago. Ashley venía a pasar la Navidad al hostal del lago, y se quedó tirada antes de llegar, en aquella horrible ventisca de hace seis años. En esa época mi hermano Tyler era todo un Grinch que odiaba la Navidad, y se retiraba durante casi un mes a su cabaña de McAllister. En medio de la nada.

—¿En serio? ¡Si tienen el hostal lleno de adornos!

—Eso es ahora. Entonces las cosas eran muy distintas. La hija de Tyler murió con solo dos años el día de Navidad. Pronto hará ocho años.

—Lo siento —se mostró arrepentida—. No sabía que Tyler tenía una hija.

—La tuvo. Por eso mi madre a veces cuando habla de sus nietos suma una más, y lanza un beso al cielo.

—Oh, sí —recordó ella, aunque nunca le había preguntado a Layla el motivo.

—El caso es que, en el segundo aniversario de esas fechas, Ashley apareció delante de la puerta de la cabaña, había visto el humo de la chimenea al salirse de la carretera. Todo estaba cortado, y Dave no daba abasto a limpiar tanta nieve; todos estuvimos unos días aislados.

—Y ellos juntos —dijo ella, suspirando.

—Sí —convino él.

—¡Qué bonito! ¡Nadie me lo había contado! —se quejó.

—Lo es. ¿Y sabes qué? Creo que ese día, ambos salvaron la vida.

—Es una historia preciosa —aseguró Alyssa con lágrimas en los ojos—. Tyler es muy valiente por haber seguido adelante después de una pérdida así.

—Tú también lo harás —le dijo Dominic, sabiendo que ella estaba en una situación similar. Las palabras del hombre provocaron un cosquilleo reconfortante en su interior.

Alyssa respiró hondo, y parpadeó varias veces, tratando de alejar la humedad de sus ojos. Después sonrió de una forma suave, lo miró, y alargó la mano en la encimera para colocarla sobre la de Dom, agradeciendo su comprensión. Él se mostró sorprendido por el contacto, pero le sostuvo la mirada, y colocó su otra mano sobre la de ella, acariciándola.

Resaca emocional

Cuando la cocina estuvo recogida, Dominic acompañó a Alyssa a ver a los niños, que dormían plácidamente. Después lo hizo hasta la puerta de la habitación de invitados.

—Si necesitas cualquier cosa, no dudes en llamarme, sea la hora que sea.

—No creo que necesite nada, pero gracias —sonrió ella, girándose hacia él.

—A ti, por la compañía.

—Ha estado bien, ¿verdad? —Alyssa reconoció que esa noche se sentía más ligera, o ¿quizá solo era la sensación de todo aquel Chardonnay en su estómago, y su cabeza?

—Deberían caer nevadas como esta más a menudo —bromeó él, y ella se rio.

—Sí, eso estaría bien —reconoció sinceramente Ally, viendo cómo él tragaba saliva. De repente sintió que el hombre estaba nervioso, y no sabía por qué. Se fijó en él, y vio cómo sus pupilas estaban más dilatadas. Quizá él, a pesar de su envergadura, también estaba afectado por el vino.

—Hasta mañana —dijo de repente Dominic, y giró sobre sus talones, encaminándose hacia su dormitorio, solo un par de puertas más allá, antes de introducirse en él. Después había cerrado la puerta, y se había apoyado en ella pesadamente, pensando en lo cerca que había estado de besarla.

***

Dominic tomaba café esa mañana, apoyado en la encimera, mientras se torturaba, y esperaba a su hermano Chase. Él lo relevaría en la quitanieves en el turno de mañana, ya que había cesado de nevar hacía media hora, y su hermano necesitaba descansar unas horas. Le vendría bien para no pensar en todo lo que había despertado en él la presencia de Alyssa en su casa la noche anterior, en aquella cena que habían compartido. Abrió el álbum de su teléfono, y vio la última fotografía del mismo; una Alyssa sonriente y relajada con una copa en la mano, la fotografía de la noche anterior. ¡Era tan guapa, y tan inalcanzable! Había estado a punto de besarla en la puerta del dormitorio de invitados, pero en el último momento se había dicho que ella lo rechazaría, y todo se estropearía. Y ella le gustaba, mucho, y desde hacía demasiado tiempo, desde hacía un año atrás, cuando se tropezaron en Ennis a finales de primavera. Ella le había preguntado a bocajarro si era el hermano de Kylie, y él no había sabido qué contestar durante unos segundos. Habían tenido un contacto más o menos regular durante meses, pero solo hasta Año Nuevo. Cuando fue oficial que Jayden y Kylie se estaban dando una segunda oportunidad. Él quiso invitarla a tomar algo, y el contacto, cesó. Ahora entendía que había sido como con los tipos del curso de pesca, y ella había hecho lo mismo que con aquel aprendizaje: poner distancia.

—¡Buenos días! —saludó Jayden llegando a la cocina, vestido solo con el pantalón del pijama.

—Buenos días —respondió, saliendo rápidamente del álbum de su teléfono.

—¿Va todo bien? —preguntó Jayden, notando algo extraño en Dominic. ¿Acaso las cosas con Ally no habían ido bien? ¿O quizá habían ido «demasiado» bien, y se sentía avergonzado o temeroso en su presencia?

—Estoy esperando a Chase, para relevarlo. No debe tardar en aparecer.

—Parece que ha dejado de nevar. Alguien se equivocó en la previsión. Millones de dólares en todo tipo de aparatos, y pasan por alto una nevada como esa. Increíble —argumentó Jayden mientras se servía café en una taza.

—Unas millas de error, ya sabes.

—Sí, ya —Jayden apoyó el trasero en la encimera, y observó atentamente a su cuñado—. ¿Qué tal la cena?

—Bien, pudimos aprovechar el salmón después de todo. ¿Y la vuestra?

—Genial, queríamos ver un par de películas, pero ni siquiera llegamos a terminar la primera. Navidad es duro, entre el rancho, el hostal, y el niño, me temo que no somos los de antes. Pero fue bonito mientras duró —aseguró Jayden, divertido. Le gustaba aquel plan con su prometida.

Alyssa despertó, y fue consciente de que dormía en la habitación de invitados del rancho Davis. Se desperezó, y estiró en la cama diciéndose que había dormido realmente bien. Pensó en la cena de la noche anterior. Se lo había pasado muy bien con Dominic, había resultado una velada encantadora, casi tan encantadora como lo era él. Suspiró, y recordó la bonita historia de Ashley y Tyler. Le preguntaría más a Layla. Tomó el teléfono móvil en la mano para mirar la hora, y se topó con el video que había grabado para Eva. Le dio a reproducir, y se mostró algo avergonzada al verlo. ¿En qué demonios había estado pensando?

—Buenos días —saludó la joven al llegar a la cocina, donde su hermano y Dominic charlaban amigablemente.

—Buenos días, Ally —la saludó Jayden yendo hasta ella para abrazarla, y besarla en la cabeza.

—Buenos días. ¿Te apetece una taza de café? —le ofreció Dominic, y esta asintió con una sonrisa dedicada solo a él, se dijo. La observó mientras se la servía, y se dijo que estaba muy bonita sin maquillaje, y que incluso parecía mucho más joven.

—Lo cerca que estuvo —murmuró Alyssa tocando con los dedos la herida ya cicatrizada del pecho de Jayden, que podría parecer una estrella. A su hermano lo habían disparado durante su última misión.

—No sucedió —dijo Jayden, y le tomó la mano para besarle los dedos, y tranquilizarla. Ella sonrió de forma triste, y tomó el café de manos de Dominic para beber de la taza.

El intercomunicador del bebé sonó: John se había despertado.

—Iré a por él —dijo Alyssa, tratando de escapar de allí, y de ocupar su mente con otra cosa.

Jayden vio marchar a su hermana escaleras arriba, y la mirada de su cuñado se dirigió hacia él.

—Mis heridas le recuerdan que su marido no pudo volver vivo —le dijo, apretando la mandíbula antes de apurar la taza de café.

—Lo siento —dijo Dominic, que deseó poder consolarla de alguna forma. Habían pasado al menos tres años desde su pérdida. Pero entendía que no era algo que se podía olvidar de la noche a la mañana. Se dijo que la decisión de no besarla había sido la correcta. Pero no sabía cuánto tiempo más podría resistirse a cometer una estupidez con ella.

Cuando Theo despertó, bajaron a la cocina a desayunar. El niño estaba encantado de haber dormido allí, y no paraba de mostrárselo al bueno de Dominic, alabando lo cómodas que eran las camas del rancho. No mucho después llegó Chase, quién les puso al corriente del desafío que había supuesto la magnitud de la inesperada nevada tanto para Dave como para él, que eran los dos dueños de quitanieves de la zona. Chase tomó algo ligero, y se fue directo a la ducha, para tratar de dormir unas horas, mientras que Dominic lo relevaba en la camioneta. Theo iba sentado a su lado en la quitanieves, y eran seguidos de cerca por Alyssa. El ranchero quería asegurarse personalmente que ambos llegaban al pueblo sin incidentes en el camino. La nevada había sido copiosa, y a pesar del trabajo realizado esa noche, quedaba mucho por despejar. Alyssa estacionó el vehículo en la puerta de su casa, y Theo descendió de la camioneta ayudado por ella, antes de decirle adiós con la mano a Dominic.

—Dominic es muy guay, mamá —dijo el niño—. Y la camioneta quitanieves mola. De mayor quiero tener una, como él.

—Claro, cariño. Entremos en casa —respondió, acariciándole la mejilla con dos dedos.

***

—Te han traído algo —dijo la recepcionista de la clínica entrando en la consulta de Alyssa con una gran flor de pascua. Ella sonrió; hacía un par de años, Kylie se la había regalado después de fin de año, para congraciarse con ella, y, aunque estaba fuera de época, le había encantado. En esta ocasión parecía más sobria, porque era blanca.

—¡Qué bonita es! Creo que mi cuñada se ha acordado de mí.

—No sé si esto supone una decepción, pero no es de ella.

—¿No? —se extrañó.

—La ha traído el guapo de ayer. El de los muffins.

—¿En serio? ¿Y no se ha quedado?

—Parecía tener prisa.

—Vaya —miró la tarjeta que estaba colocada entre sus ramas, y la leyó.

> Después de la tormenta, siempre llega la calma.
> Sé que el sol saldrá también para ti.
> Gracias por salvar la cena y acompañarme
> Dom

Alyssa miró la planta, y acarició una de sus hojas con suavidad. Sabía que tendría que lavarse las manos antes de recibir al siguiente paciente, pero no pudo evitarlo.

—Parece interesado en usted, señora Murphy —dijo ella.

Alyssa rio, y se dijo que quizá debiera explicarle lo de Eva y su plan de las citas, que lo estaba ayudando en aquel asunto, además de que él era el cuñado de su hermano y…

—No, él es el hermano de… bueno, solo somos amigos —dijo finalmente.

—¿Está segura?

—Claro —sonrió, sin convencerse ella misma de una explicación tan simple.

—Como usted diga. Si necesita algo, estaré fuera —dijo la mujer con una sonrisa, cerrando la puerta al salir.

Alyssa siguió observando la planta de poinsettia. Ella había salvado su cena la noche anterior, pero él también la había salvado a ella en cierta forma: les dio cobijo en su casa durante la tormenta,

una deliciosa comida, y una compañía impagable. Recordó la historia de superación de Tyler, aquella que le había contado a grandes rasgos, y volvió a leer la tarjeta. Supo que justo se refería a lo que habían hablado durante el postre, y que para ella también había esperanza, como la hubo para Tyler tras su pérdida. Suspiró, y se dijo que sí, que así sería. Pero que no estaba de más el que te lo dijeran.

Una petición poco usual

Los días festivos se acercaban peligrosamente. A Theo solo le restaban un par de jornadas para terminar el curso hasta el año siguiente. El frío comenzaba a ser más intenso, y la previsión de Nochebuena parecía incluir alguna nevada. Aunque, para ello, aún restaba una semana completa. Alyssa se dijo que debía comprar una gran cesta navideña para los Davis, porque iban a merecerla después de pasar las siguientes dos semanas y media de vacaciones con Theo, aunque Jayden le decía que todos se mostraban encantados con el niño por el rancho, y que Felicity y él se llevaban a las mil maravillas.

—¡Hola, mami! —el niño salió del colegio, y se dirigió hacia ella para abrazarla con fuerza.

—Hola, cariño. ¿Qué tal el cole? —preguntó, colocándole la bufanda bien, hacía frío aquella tarde.

—¡Bien! El jueves tengo que llevar a alguien para hablar de su profesión.

—Eso está muy bien, cariño. ¿Quieres que vaya? Puedo tratar de cambiar el turno.

—Tu estuviste el año pasado, no te ofendas.

—No me ofendo —respondió Ally riendo, con su pequeño de la mano.

—Había pensado en Dom —dijo este, con total tranquilidad—. Porque el tío no puede hablar mucho de lo suyo.

Alyssa sonrió. Realmente nunca hablaban de los Marines delante de él. A decir verdad, directamente nunca hablaban, porque ella

tampoco podía saber nada de lo que había hecho Jayden estando de servicio.

—El tío Jayden es cowboy ahora.

—Pero él lleva poco tiempo. Dom me ha dicho que desde que nació está allí, y que ha visto a todos los caballos cuando eran bebés.

—Sí, es posible, aunque los caballos suelen vivir muchos años, ¿sabes?

—¿En serio? ¿Cuánto?

—Unos treinta.

—Halaaaaa —el niño se mostró asombrado.

Una figura conocida cargaba unos sacos de pienso en la parte trasera de la camioneta delante de la tienda del pueblo.

—¡Es Dom! ¿Se lo puedo preguntar, mamá? ¿Puedo?

—Claro.

El niño corrió hacia el hombre, y se adelantó unos metros, llegando antes.

—¡Dom! —gritó, haciendo que el cowboy lo viera, esbozase una sonrisa, y se preparase para cogerlo en brazos.

Alyssa se dijo que ya era demasiado grande para aquellas cosas, pero no sabía por qué, sentía que su niño lo necesitaba.

—¿Qué haces por aquí, campeón? —le dijo, descubriendo su mejilla, tapada con un cuello cálido, para pedirle un beso al niño.

—Vengo del cole. Y quiero hacerte una pregunta. Mamá me ha dicho que puedo preguntártelo. Solo si tú quieres, ¿vale?

—Dispara, vaquero —le dijo, sonriendo.

Ally llegó, y Dominic tocó su sombrero, e hizo una leve inclinación de cabeza para saludarla. Ella le sonrió.

—¿Quieres ser mi papá? —lanzó el niño como si no tuviera mayor importancia.

A Dominic se le detuvo el corazón durante un instante, y algo cosquilleó en su estómago. Tragó saliva, sin saber qué responder, y, después de mirar al pequeño, que esperaba una contestación, miró hacia Alyssa, que acababa de palidecer, y parecía no poder articular palabra alguna.

—Bueno, eso es algo muy serio, ¿no crees, pequeño? —dijo él, con una sonrisa nerviosa antes de volver a mirar a Alyssa, esta vez de una forma intensa. ¿Acaso ella le había dicho algo al niño? —. Ally.

Escuchar su nombre en los labios del cowboy, reclamándola, la despertó del shock en la que la había sumido escuchar aquella pregunta que había salido de labios de Theo dirigida hacia Dom. Carraspeó, tratando de aclararse la voz, a la vez que sentía cómo se cernía una intensa mirada del cowboy sobre ella.

—Theo tiene que llevar a alguien para una charla en el colegio esta semana —aclaró la joven, tratando de sonar calmada, algo que no estaba en absoluto. Su hijo la había descolocado por completo con aquella curiosa elección de palabras en su pregunta.

Dominic sonrió, y se dijo que durante un momento le hubiera gustado que no fuera solo una pregunta incorrecta.

—Mamá fue el año pasado, y mi papá está en el cielo —se explicó el niño.

—Lo siento —le dijo el hombre.

—Gracias, pasó hace mucho tiempo —respondió Theo, quien casi no podría acordarse de la imagen de su padre, si no fuera por algunas fotografías que había en la casa—. ¿Quieres venir a hablar de caballitos? Y de terneros.

—Estaré encantado de ir, claro que sí —respondió con una sonrisa amable hacia el niño.

—Gracias, Dom —lo abrazó brevemente, y el hombre lo dejó en el suelo—. Mami, ¿puedo comprarme una galleta de chocolate?

—Sí, puedes, pero la dejarás para después de cenar.

—En ese caso, yo invito —dijo Dom sacando la cartera del bolsillo trasero del pantalón antes de soltarle un billete de más importe que una galleta—. Puedes quedarte el cambio.

—¡Gracias, Dom! —dijo, abriendo los ojos, sorprendido por aquel papel con el número veinte en él. Sabía que le sobrarían unos buenos dólares para su hucha. Se dirigió a su madre para señalarle la tienda, que estaba a su lado—. ¿Puedo entrar?

—Sí, claro, cariño. Ahora iré yo.

El niño se fue, saltando hasta entrar en el local.

—Lo siento. No me había dicho que era una actividad de padres ni que iba a usar esa pregunta. He supuesto que era algo diferente cuando me lo ha contado antes. Si no quieres ir, lo comprenderá —se disculpó ella.

—No pasa nada, iré —dijo Dominic, notando el nerviosismo de la mujer—. ¿Estás bien?

—¿Aparte de profundamente avergonzada contigo? —preguntó con una sonrisa nerviosa.

—¡Venga ya, Ally! —sonrió él—. No tiene importancia.

—Mi hijo se ha lanzado a tus brazos para preguntarte si quieres ser su padre, Dom.

—Ya —Dominic sonrió, se quitó los guantes, y el sombrero, y se pasó la mano por dentro del cabello antes de volver a colocárselo.

—Debe haberte aterrorizado o peor aún, debes haber pensado que yo se lo he pedido.

—No lo ha hecho, Ally —meditó antes de elegir las palabras—. Es un chico estupendo, y es un gran cumplido, ¿no crees? Y no he pensado nada malo de ti.

Dominic se dijo que sí, que probablemente lo habría deseado, con todas sus fuerzas, pero sabía que Ally no lo haría.

—Gracias —dijo ella, más tranquila.

—Seguro que a Eva le habría gustado verlo —bromeó él de repente, tratando de eliminar la tensión del momento. Hizo que Alyssa riera.

—No se lo cuentes o pedirá cita en la iglesia —dijo ella. Él sonrió, y asintió con la cabeza.

—Gracias por la galleta —señaló hacia el lugar por donde había desaparecido el niño—. Será mejor que vaya o comprará media tienda con tu dinero.

—Sí, claro. Nos vemos —Dominic volvió a saludarla colocando dos dedos en el sombrero, y la observó entrar en el lugar, mientras él se volvió a poner los guantes para cargar un par de sacos que le restaban en el suelo. Aquel niño se le estaba colando muy dentro.

***

Un mensaje entró en el teléfono de Ally mientras esperaba a su siguiente paciente esa mañana.

¿Estás saliendo con el buenorro de Dominic Davis?

La remitente no era otra que la madre de uno de los niños del colegio, y tenía su número, como ella tenía el de otros padres de compañeros de clase de Theo. Samantha estaba divorciada, y, probablemente, se sentía interesada en el cowboy, si lo describía como «buenorro». ¿Era solo una pregunta cotilla o buscaba saber si tendría luz verde con el hombre?

A continuación, entró un video de la misma remitente en el que se veía al hombre con un lazo, enlazando niños, había llevado una pequeña silla de montar, y Theo estaba a su lado montado en ella, mientras él hablaba de cómo mover la muñeca para obtener el efecto deseado antes de lanzar la cuerda. Delante de ellos, había espuelas, y otros objetos de uso común de los cowboys. Dominic se mostraba relajado, y Theo lo miraba con orgullo.

A Ally se le encogió el estómago, pensando que su pequeño estaba creciendo sin un padre al lado. Recordó a John por unos instantes. No había estado demasiado en sus vidas, si era completamente sincera consigo misma. No estuvo durante el parto de Theo, y ni siquiera lo supo hasta varias semanas más tarde, cuando los mandos de su misión estimaron conveniente hacerle llegar la noticia, y una fotografía del bebé. John salvaba el mundo con Jayden, John proveía para ellos, pero no estaba todo lo que lo habían necesitado, lo que ella había necesitado. Era su trabajo, no era su culpa. Como lo había sido el de Jayden en otra época. Se alegraba profundamente por Kylie, y por su pequeño, de que a ellos no les sucediera lo mismo en el futuro.

Dom me echa una mano con Theo

Aquella respuesta no era en sí ni una confirmación ni un desmentido. Solo que existía una relación entre ellos, a la que no sabía, no quería o no podía poner etiquetas. Solo sabía que el hombre siempre estaba ahí cuando ella lo necesitaba.

Dejó el teléfono a un lado cuando la puerta de la consulta se abrió, y puso su mejor sonrisa para atender a un nuevo paciente.

Día de chicas y confesiones

Era sábado, y Alyssa pensaba pasar todo el día en casa, para compensar la semana tan ajetreada que había tenido, en todos los aspectos, si era sincera. Cuando el timbre sonó, se dijo que era extraño, ya que no esperaba la visita de nadie. Quizá solo era Jayden que se pasaba a ver cómo estaba.

Cuando abrió la puerta encontró un pequeño grupo de mujeres que reconoció de inmediato: Eva, Kylie, Layla, y Ashley estaban frente a su puerta.

—¡Sorpresa! —dijo Eva, abriendo los brazos, e invitándose automáticamente a entrar.

—¿Ha pasado algo que yo no sepa? —preguntó Alyssa, antes de cerrar la puerta con las cuatro mujeres en casa.

—Parece ser que nos vamos de compras —dijo Kylie.

—Y tú te vienes con nosotras —aseguró la más joven de las Davis.

—No puedo dejar a Theo solo.

—Jayden vendrá ahora, él se lo llevará al hostal —informó Eva—. Solo tienes que cambiarte de ropa, y estaremos listas para una gran tarde de compras en Bozeman.

—¿Bozeman? —pensaba que solíais ir a Billings.

—Bozeman está más cerca —dijo Layla, recordando que aquel había sido su hogar hasta hacía tres años, cuando Maggie la había llevado a pasar las fiestas con ellos.

—Billings solo tiene sentido si pasamos al menos una noche allí, y Kylie no quiere dejar a John solo más de unas horas —se quejó

Eva.

—Es pequeño —objetó Kylie.

—Tiene un padre, y un puñado de tíos, unos abuelos…

—Yo también tengo un negocio que dirigir —se quejó Ashley.

—¡Venga, chicas! ¡Ese no es el espíritu! —exclamó Eva.

—Estoy segura de que lo pasaremos bien juntas —aseguró Layla, ayudando a Eva en la tarea.

—De acuerdo, iré a cambiarme —Alyssa se rindió, diciéndose que Theo estaría bien con Jayden, y que a ella le venía bien justo esa semana despejarse en un ambiente como aquel, al menos durante unas horas.

—Así me gusta —Eva se mostró satisfecha.

***

Los hombres habían apurado las tareas pendientes esa mañana para tratar de tener una tarde libre juntos en el hostal, mientras que las mujeres de la familia —excepto su madre, que prefería estar en casa con sus nietos— se habían ido a por los disfraces para la tradicional fiesta de Nochebuena, que se celebraría en el negocio hostelero en solo unos pocos días.

Dominic se encontraba en uno de los salones, esperando a que sus hermanos aparecieran en el lugar, mientras observaba el fuego de la chimenea, pensativo. ¿Qué iba a hacer con Alyssa, y lo que sentía por ella? Aquello ya no era un juego de Eva, ni citas falsas para contentarla; había dejado de ser eso hacía mucho tiempo, si acaso alguna vez lo había sido. No para él, y no cuando enfrente tenía a Ally.

—Me han dicho que le lanzaste el lazo a unos cuantos niños el otro día —bromeó Jayden llegando a él.

—Sí —sonrió él. ¿Quién…?

—¿Me lo ha dicho? —terminó la frase por él, y sonrió, tomando asiento en uno de los sillones mientras observaba a su cuñado y amigo—. Theo. Está muy impresionado contigo.

Dominic sonrió amplia y sinceramente, sintiendo orgullo en su interior. Jayden lo supo leer al instante, y le agradó el hecho.

—Theo es un niño estupendo —aseguró Dominic.

—Lo es. Ally ha hecho un trabajo estupendo con él.

—Sí. Es una gran madre.

Jayden sonrió mientras su amigo decía aquellas palabras, sabía que en ellas existía una admiración sincera, pero también que había mucho más que aquello. No había tenido oportunidad de preguntarle a su hermana por la cena de la noche de la tormenta de nieve, y temió que nada cambiara en ella.

—¿Qué tal van las cosas con la mujer con la que sales? —Jayden lanzó el anzuelo; si no podía pescar en su casa, siempre podía hacerlo en la contraria.

Dominic lo miró, sonrió, y frunció el ceño.

—¿Quién ha dicho que salga con alguien? —respondió preguntando, a la vez que se sentaba en el otro sillón frente a la chimenea.

—En la cena de hace una semana, las citas de Eva. Le dijiste que no, porque volverías a salir con alguien, con la mujer que no podías tocar.

Dominic se dijo que bien podía decir que no era cierto, y que fue una manera de quitarle aquella idea a Eva, pero no era buena idea si su hermana se enteraba, porque entonces sí, trataría de buscarle otra cita, y era algo que no quería bajo ningún concepto, y por varios motivos. El primero de todos esos motivos había pasado a ser Ally.

—Las cosas van… despacio —respondió.

—¡Vaya! Lo siento, tío —se lamentó.

—Viene de algo complicado, quiero pensar que no es fácil para ella —Dominic sonrió, y se permitió bromear para quitarle hierro al asunto—. Porque en caso contrario significa que no le intereso, y eso podría dañar mi ego.

Jayden rio con él.

—Ya sabes lo que dicen: Roma no se construyó en una hora.

—Sí, tienes razón —convino Dominic, y esbozó una sonrisa suave.

—Si algún día necesitas hablar, aquí estaré, ¿vale? —se ofreció él, sabiendo que, aunque ya no trabajaba para el Tío Sam, volvía a

ser un agente doble.

—Sí, gracias.

—Para eso estamos.

***

Alyssa no podía estar divirtiéndose más con las mujeres Davis, y se dijo que se alegraba de haber salido de Ennis para pasar la tarde con ellas. Eva era una eterna indecisa, y lamentaba no haber ido a Billings a alguna tienda que tuviera ofertas especiales. Layla se había decidido por uno de Reina de las Nieves, ya que Chase conducía en invierno una de las dos camionetas quitanieves de Ennis, y le pareció un guiño interesante.

—¡Este es perfecto! —exclamó Eva, saliendo del probador delante del resto de chicas, para mostrarles un disfraz de cupido.

—No puedes estar hablando en serio —habló Layla, pensando que iba a tratar de forzar algo con Alyssa, y era lo último que necesitaba su amiga.

—¿¡Qué!? Es precioso —dio una vuelta sobre sí misma con el vestido, corto y de color blanco con un corazón grande en el pecho, unas alitas transparentes, y un arco con flechas de corazón.

—Es bonito, pero no si tu intención es molestar al pobre de Dom —habló Ashley, recordando la conversación de la cena de la semana anterior en la que presionó al hombre para que tuviera citas.

—No voy a molestar a nadie, solo quiero lanzar algunas flechas en Nochebuena —bromeó ella, y miró a la enfermera del grupo—. ¿Ya te has decidido, Ally?

—Creo que me gusta este —dijo, subiendo la percha donde se hallaba un vestido de chica de salón del oeste.

—¿No prefieres el de cabaretera del oeste? —preguntó Eva, viendo su otra opción en la otra percha que sostenía.

—Es demasiado corto, y Theo estará allí. No quiero que piense que soy una mujer de moral fácil del oeste, y que además tenga que explicárselo. Este está bien, tiene un corsé que pondrá todo en su sitio, un escote suficiente, y lo mejor de todo, me ha resultado cómodo cuando me lo he probado.

—¡No nos lo has enseñado! —se quejó la más joven de los Davis.

—Estabas demasiado ocupada eligiendo el tuyo, Eva —dijo Layla —. Yo he visto el de Ally, y le queda estupendo. Con una peluca a juego o un peinado adecuado estará perfecta.

—Yo iré de Mamá Claus un poquito sexi —dijo Kylie. Jayden irá de Santa sexi.

—¡Uuuuhhh! —exclamó Eva—. Estoy deseando ver a tu futuro marido.

—Es mío, Eva —bromeó Kylie, y el resto rio, mientras que la más joven hacía un puchero fingido.

—Ya que todas tenéis vuestros disfraces, ¿por qué no pagamos, y vamos a comer algo? —preguntó Ashley.

—Tenéis que quedaros algún año en el rancho, y disfrazaros con nosotros —Eva se colgó del brazo de su cuñada más antigua.

—Puede que el año que viene, Eva. Jane y Mason nos han invitado a pasar las fiestas con ellos porque nos tienen que contar algo. Espero que sea que se casan —dijo Ashley, hablando de la exmujer de Tyler y su pareja.

—Me parece tremendamente maduro el que Tyler y Jane mantengan esa relación tan buena, después del divorcio —apostilló Layla—. Y muy maduro por tu parte aceptarlo con naturalidad.

—Sé que se quieren, aunque también sé que nunca estuvieron enamorados, lo que me facilita las cosas —rio Ashley—. Ty necesita saber que está bien. Y me parece correcto; ella lo ha pasado mal. Es una buena mujer que me cae bien.

—Tú sí que eres una buena mujer —le dijo Eva, dirigiéndose hacia la caja de la tienda.

***

Eva: ¿Ya has pedido tu disfraz?

Dominic miró la pantalla de su teléfono, era su hermana pequeña.

Dominic: No, aún no. Los chicos y yo estamos hablando de ello.

Eva: No lo hagas, he encontrado uno estupendo para ti. Y me van a hacer descuento si lo compro con el mío.

Dominic: ¿Cuál es tu plan, Eva? ¿De qué demonios es el disfraz?

Eva: De pistolero del viejo oeste. Es muy bonito, ya lo verás. Si no te gusta, aun tienes tiempo de pedir otro. Pero me gustaría tener el descuento. Por favor.

Dominic: Está bien, cómpralo.

—¿Pasa algo? —preguntó Tyler al ver a Dominic enfrascado en el teléfono.

—Eva, dice que ha encontrado un disfraz perfecto para mí. De pistolero del viejo oeste. Y no sé qué trama.

—¿Un descuento? —preguntó Chase.

—Eso dice ella, pero no sé si tragármelo.

—Puede que te traiga a una damisela de diligencia para salvar, a la fiesta de Nochebuena —bromeó Chase, y el resto rio.

—Más le vale que no haga tal cosa.

—Te tiene entre ceja y ceja este año. Eres el único Davis soltero —volvió a decir Chase—. ¡Qué presión!

—Debí haber contratado a una novia falsa hasta el dos de enero —se quejó este, y el resto de hombres volvió a reír.

—No es tan ingenua, Dom —convino Tyler.

—Para mi desgracia.

—Deberás buscar pareja antes del baile de disfraces, hermanito.

—Ya estás saliendo con alguien —añadió Jayden, tratando de observar su reacción delante de los otros dos hermanos.

—¡Ah, sí! La mujer de la relación complicada —recordó Chase—. ¿Cómo va eso?

—No creo que quiera venir al baile como mi pareja —dijo él—, pero si me sirve para escapar de Eva, seguiré saliendo con ella.

—Hasta el dos de enero —apostilló Chase, mientras que Tyler observaba al su hermano con interés.

Jayden se removió en el asiento, y entrecerró los ojos. ¿Dominic trataba de hacerse el duro delante de los otros dos hombres? ¿De proteger a Ally? ¿O lo de Ally solo lo hacía para escapar de una insistente Eva metida a casamentera? Aquellas palabras no tenían nada que ver con lo que habían hablado rato antes, y le generó

desasosiego. ¿Acaso estaba perdiendo facultades leyendo a las personas?

***

Layla y Alyssa se ofrecieron a llevar los cafés para todas, y esperaban en la atestada fila su turno para pedir, mientras el resto charlaba, y reía sobre sus compras y lo que esperaban de la noche de disfraces en el hostal del lago.

—¿Cómo te van las cosas? —quiso saber Layla.

—Bien, deseando que se vayan los turistas de Ennis, y poder conseguir que mis turnos sean solo de mañana en la consulta. Me parece abusivo tener que cargarles con Theo a los Davis.

—Están encantados. Maggie es muy niñera, y tu hijo es muy especial, créeme. Además de ser muy bueno.

—Creo que eso significa que tendrá una adolescencia terrible —bromeó Alyssa.

—No lo creo. ¿Cómo van las cosas con Dom? Sé que estuvo hace un par de días en el colegio de Theo dando una charla de cómo ser un buen cowboy.

—Sí, y debió ser un éxito. Theo no para de hablar de ello.

—¿Y tú? ¿Quieres hablarme de Dom? Así como lo hace Theo todo el tiempo —dijo, divertida.

—Dom es un encanto —respondió finalmente tras pensarlo durante un par de segundos y esbozar una sonrisa.

—Suena bien. ¿Pasó algo en el rancho, la noche de la tormenta?

—¿Qué debería pasar? —Alyssa frunció el ceño.

—Un hombre atractivo, una mujer sola, ya sabes… —dejó caer Layla.

—Te recordaba algo más mojigata, Layla —le recriminó su amiga, y la hizo reír.

—Sí, bueno, aquello de la bibliotecaria aburrida —puso los ojos en blanco— ¿Pero sabes qué? Me gusta leer novelas de amor. Y tengo un marido impresionante.

Layla la empujó con el hombro, incitándola a hablar.

—No pasó nada; cenamos a solas porque Kylie y Jayden se inhibieron.

—¿En serio? —abrió los ojos, interesada.

—Dom puso velas en la mesa, por si venía Eva de repente, y nos veía, para seguir con la farsa, ya sabes. Yo también dije de poner música.

—Claro, la farsa.

—¡Te estas riendo! —la descubrió con una media sonrisa.

—¡No! Solo estoy ilusionada con tu relato, y, por favor, no lo detengas ahora, en lo más interesante.

—Incluso le enviamos una foto a Eva, para mostrarle alguna prueba. No estoy segura de que se lo crea del todo.

—Sí, bueno, tiene sospechas, sí.

Ally sacó el teléfono móvil del bolso, y buscó en el álbum de fotos algo.

—No te rías, ¿vale?

—Soy la mujer seriedad.

—Bien.

Alyssa le mostró el video que había grabado para enviarle a Eva.

—¡Oh, Dios! —exclamó en un momento dado, al ver las imágenes.

—Es ridículo, lo sé. Dom sacó una botella de Chardonnay de Oregón, y creo que se me subió a la cabeza un poco. Por suerte él me detuvo para que no se lo enviara a Eva. Pero así te haces una idea de cómo fue la velada. Ves la comida, las velas, y se oye la música.

—No, no es eso, Ally. ¿Es que acaso no te has dado cuenta? En el vídeo.

—¿Qué? ¿De qué me tengo que dar cuenta?

Layla tomó el teléfono móvil en su mano, y llegó al momento justo, lo reprodujo una vez, le dio hacia atrás, y después lo detuvo.

—¿Has visto cómo te mira ese hombre? Te besó, ¿verdad?

—¿De qué diablos estás hablando?

—Estoy hablando de esto, Ally —volvió a reproducir la escena, y la mujer la miró.

—Estamos fingiendo para el video —se disculpó, poco convencida de sus palabras. La mirada de Dominic había sido intensa, y sostenida.

—Pues os daré mi voto en los Oscar del próximo año, porque los dos sois muy buenos actores —dijo, de forma irónica.

—¿Los dos? —Alyssa subió una ceja hacia su amiga.

—Mírate el vídeo —le devolvió el teléfono, y, como si le quemase en las manos, Alyssa lo bloqueó, y decidió guardarlo—. Guardándolo no solucionas el problema.

—¿Problema?

—Que te gusta. Lo hemos hablado, en la biblioteca, ¿recuerdas?

—Yo no… —desestimó ella.

—¿No querrías arrancarle la ropa, y meterlo en tu cama, Ally?

Alyssa abrió la boca para contestar, pero no supo qué responder a aquella afirmación, o no al menos de forma inmediata.

—Esa no… es una pregunta propia de ti —le dijo finalmente.

—No, probablemente no lo sea —Layla se dijo que, efectivamente había sido una pregunta demasiado atrevida, más propia de Eva que de ella misma.

—No quería hacerte sentir mal. Lo siento —se disculpó—. Puede que… esté un poco a la defensiva.

—No pasa nada, cielo. Admite que Dom te atrae; no es nada malo, no te convierte en peor persona. Estás sola desde hace mucho, Ally. Él es encantador, atractivo, y… como diría Eva, ya que yo nunca jamás lo diría: es un hombre que tiene un buen revolcón.

Ally lo pensó durante un segundo, y rio a continuación.

—Esa parte de mí está olvidada —dijo, recordando que hacía más de tres años que el sexo no formaba parte de su vida.

—¿Y si él te besara? ¿Crees que la recordarías?

—Solo sería un beso; no significaría nada más.

—¿Lo ha hecho?

—No.

—Entonces no lo sabes, Ally.

—Lo sé. Me he retirado de todo eso hace mucho.

El turno de pedir los cafés llegó, e hicieron el pedido, pagaron, y se colocaron a un lado, mientras los preparaban.

—¿No te gustaría comprobarlo?

—Soy una mujer adulta de treinta y dos años que ha tenido un hijo, no una adolescente.

—Una que tiene algo aquí dentro —le señaló el lugar del pecho donde estaba su corazón.

—Está roto, Layla —habló con pena de sí misma—. Desde hace tres años.

—Hay órganos que pueden regenerarse por sí mismos, Ally. Solo necesitan el tiempo, y los cuidados adecuados.

—Soy enfermera, Layla —le dijo, desestimando su teoría sobre la regeneración del corazón.

—Y yo estoy casada con alguien al que le sucedió; puedes llamarlo milagro, si la ciencia no te convence.

Alyssa sonrió, no era un milagro; había sido la propia Layla la que había sanado el corazón de Chase. Conocía la historia de ambos, y se dijo que, en lo que a ella se refería, y en cierta forma, la misma Layla también la había ayudado a ella a ir sanando partes de su alma desde que la había conocido, algo que la hizo emocionarse.

—Gracias, por estar siempre —le dijo, limpiándose una lágrima rebelde que escapó de sus ojos.

—Sus cafés —habló una voz plantando dos bandejas delante de ellas en el mostrador, además de un par de porciones de tarta.

—Respira, Ally —le aconsejó—. Y vive de nuevo; toma lo que la vida te quiera ofrecer en cada momento.

Dominic: ¿Cómo va el día de chicas? Espero que lo estés pasando bien en Bozeman.

Alyssa miró la pantalla del teléfono con aquel mensaje de Dominic, interesándose por ella, y sonrió.

Ally: Creo que no sabía cuánto necesitaba esto hasta que he venido con ellas. Gracias por preguntar.

Guardó de nuevo el dispositivo, y respiró hondo. Luego cogió servilletas del dispensador para ponerlas en la bandeja, y dirigirse hasta la mesa con el resto de mujeres Davis.

***

Dominic sonrió mirando su propio teléfono, y la respuesta de Ally.

—¿Todo bien? —quiso saber Chase—. ¿Eva de nuevo?

—No es ella. Pero todo va bien —respondió antes de volver a centrar la conversación en el resto del grupo de hombres.

El Mercadillo Navideño de Ennis

Gabriel Peterson sonreía apoyado en el quicio de la puerta abierta de la consulta de Alyssa.

—El niño de los Mallory está mejorando, gracias a tu diagnóstico —le dijo.

—Me alegra saberlo —respondió Alyssa, mientras revisaba los frascos de los inyectables más comunes, para cotejarlo con el inventario del ordenador, y ver si necesitarían hacer un pedido de los mismos antes de Navidad y Año Nuevo. Según le había dicho la recepcionista, Maya Wells, aquellos serían los días con más pacientes.

—¿Te apetece que vayamos a cenar un día de estos? —preguntó el médico a bocajarro, después de empujar la puerta suavemente para entornarla, evitando ser escuchado desde fuera.

—¿Cenar? —preguntó sorprendida, pensando por qué querría cenar con ella Gabriel Peterson, sin prestarle atención en exceso. Abrió el armario de los medicamentos para comprobarlos.

—El mes que viene me han invitado a un congreso de medicina pediátrica en el entorno rural. Me gustaría hablarte del tema, y que valores si te apetecería acudir conmigo.

—Gracias, suena muy interesante.

—Además querría persuadirte para otro asunto —sonrió hacia ella.

Alyssa dejó los medicamentos del armario, y lo miró con interés. La mirada del hombre se volvió intensa, y ella se tensó.

—¿Qué asunto? —preguntó, algo nerviosa.

—Otra oferta —Gabriel tenía la suficiente edad y experiencia en psicología humana para reconocer varias señales en Alyssa.

—¿A qué se refiere, Doctor Peterson?

—Me habría gustado hablarte de ello en otro lugar, pero… —el hombre se dijo que el trato de Alyssa había pasado a ser formal, y eso también sabía lo que significaba: ella había desplegado una barrera invisible entre ambos.

—La Navidad es una locura —se disculpó Alyssa, sabiendo que había sido algo cortante en su anterior contestación. No era culpa de él, era ella, que solía estar algo a la defensiva aún con las invitaciones masculinas, aunque se dijo que quizá en esta ocasión debía relajarse: el doctor era su jefe, y siempre había sido correcto y respetuoso con ella, además de un buen compañero de trabajo.

—Ya tendremos tiempo de salir a tomar un café otro día. En algún momento los turistas regresarán a casa, ¿no es cierto? —el hombre sonrió, y se mostró encantador—. Solo quería que valorases la posibilidad de incorporarte a jornada completa.

—Mi hijo… —comenzó a decir Alyssa.

—Lo sé —la interrumpió él—. Tienes un hijo que necesita atención. Puede que me conforme con un par de horas más a la semana. No quiero presionarte; es solo una opción.

—Gracias, es muy generoso por su parte, doctor.

—La oferta estará abierta, para cuando decidas aceptar, Ally —le dijo él—. Y sobre la cena, cuando tengas un día libre. Algo informal en cualquier lado del pueblo. Pero me gustaría que aceptases, y hablemos. Del congreso.

—Sí, claro. Gracias —Alyssa sonrió, y ambos escucharon el tintineo de la campana de la entrada: un nuevo paciente llegaba.

—Buen trabajo, Ally —dijo el médico sonriendo, antes de girarse, y salir de la consulta.

Alyssa miró la puerta por donde se había marchado el médico, pensativa. Cerró el armario, y se sentó a la mesa de su escritorio. La Navidad siempre era una época de comienzos y de oportunidades. Allí mismo acababan de confluir un par de ellas, quizá alguna más de las que se habían expresado con palabras. Estabilidad, dinero, conocimientos nuevos… no estaba mal. En su interior sabía que esas

cosas no eran más que el atrezo, y aún le quedaba seguir el consejo que Layla le dio en Bozeman: «Respira, Ally, vive. Toma lo que la vida te quiera ofrecer». Cerró los ojos, y respiró hondo. Parecía fácil.

Cuando su turno terminó, Alyssa se cambió de ropa, tomó el abrigo, y salió de la clínica en dirección al mercadillo navideño. Pensó en la conversación que había mantenido con el médico, le halagaba la invitación, pero no le había parecido nunca una buena idea el mezclar la vida personal con la profesional, mucho menos en ese momento de su vida. Respiró hondo, y escuchó el eco de los villancicos navideños que ambientaban la localidad. El olor a castañas asadas llegó hasta ella, repartido por las calles gracias a la brisa invernal.

Al llegar, observó a Theo mirar con deseo una manzana cubierta de caramelo en uno de los puestos del mercadillo navideño de Ennis. Varias decenas de casetas de madera colocadas a lo largo de la calle principal hacían las delicias de niños y mayores: juguetes de madera, utensilios del hogar, decoraciones varias, bolas navideñas, prendas de punto, de cuero, comida, y bebida llenaban aquella gran avenida del pueblo. Alyssa sonrió, y observó a su hijo, escoltado por Kylie y Jayden. En el puesto de al lado, pudo ver a Eva y Dominic. Este sostenía en su mano una hebilla de cinturón; parecía que interesado en ella. Layla miraba los guantes de cuero, y Eva solo observaba a los miembros de su familia con una sonrisa.

Se recolocó la bufanda, aunque se dijo que no era uno de los peores días del invierno de Montana; de hecho, hasta podría considerarse agradable, en comparación con otros que había vivido. Se acercó hacia el grupo mientras que los olores a caramelo, chocolate, canela, y pino se colaban en su cerebro, algo que la hizo sonreír: olía a Navidad, y eso le gustaba.

—No pensarás comerte esa manzana antes de cenar, ¿verdad, jovencito? —Le habló a Theo muy cerca. El niño la miró, y sonrió.

—¡Mami! —se alegró al verla, y la abrazó brevemente—. ¿Podemos comprar algo para cenar aquí?

—No sé si serán cosas lo suficientemente saludables.

—¡Es Navidad! —se quejó el pequeño—. No es algo que estemos comiendo todos los días, ¿no crees?

Alyssa sonrió, y se dijo que no encontraba fallas en su lógica. Le gustaba que su pequeño comiera sano, pero comprar un par de cosas en el mercadillo esa noche no iba a suponerle ningún prejuicio, solo lo haría feliz.

Jayden besó a su hermana en la mejilla después de acercarla hasta él con el brazo.

—¿Qué tal el trabajo? —le preguntó Kylie con una cálida sonrisa.

—¡Bien! Agotador, pero bien. Solo me remuerde la conciencia porque tengáis que quedaros con Theo este par de semanas. Os prometo que buscaré una solución en Año Nuevo, y, si es necesario dejaré de trabajar.

—No vas a dejar de trabajar por ese motivo —dijo Kylie frunciendo el ceño—. Quiero que mi hijo se críe con sus primos, y este asunto me lo está facilitando más de lo que pensaba, así que ni hablar del tema, Ally.

—No es justo. Ya tienes mucho trabajo —le dijo.

—Theo me ayuda con el bebé, y a Ashley con Felicity, es un primo mayor muy responsable. No me privarás de mi sobrino más colaborativo. No, no, y no —respondió de forma vehemente, y Alyssa sonrió, constatando que su hermano había encontrado a una mujer maravillosa para compartir su vida.

—¡Ally! —Eva llegó a su lado, y le pasó el brazo por los hombros, preocupándose también por su trabajo.

—Todo muy bien ¿Qué tal por el hostal?

—Nerviosa, y ocupada. Solo he salido para despejarme un poco, e inspirarme con toda esta cantidad de olores. Bueno, por eso, y porque necesito un poco de azúcar que solo puedo conseguir con el *fudge* casero de chocolate. ¡Solo restan dos días para Nochebuena!

—Si necesitáis de mi ayuda, estaré más que dispuesta.

—¿Trabajas en Nochebuena?

—En el turno de mañana.

—Bien, podría ser peor. Haz una maleta, mete vuestros disfraces, nos vestiremos todas las mujeres juntas, y trae ropa extra, para el día siguiente. Porque os quedaréis en el hostal tras la fiesta,

prepararé una habitación, aunque seguro que Theo preferirá dormir con los niños. Así abriremos los regalos juntos a la mañana siguiente, y después desayunaremos en familia.

—Lo tienes todo planeado, ¿verdad? —Alyssa sonrió, y se mostró abrumada con aquella organización.

—Solo necesito un «sí», y se hará realidad —chasqueó los dedos —. ¡Magia!

—No lo sé.

—Hará calor en el hostal; no querrás que Theo salga al exterior tan tarde para volver a casa. Puede que nieve. Además, no podrías tomar un par de copas. Tendremos ponche de mamá, enriquecido.

—¿Aceptarías un no por respuesta? —bromeó Alyssa.

—En absoluto —negó la mujer.

—Haré una maleta con todo —se rindió, y rio.

—Bien, no sé si ya has hecho tus compras de Navidad, pero Dom está por ahí atrás, y creo que estaba mirando con atención las hebillas. Le gusta una que tiene su inicial. Así como información extra. Bueno, a él le suelen gustar los sombreros *Stetson*, pero no pretendo que le regales uno; eso será cosa mía este año —hizo una mueca evidenciando que era un regalo caro que la iba a dejar en bancarrota—. ¿Por qué no vas, y lo saludas?

—De acuerdo —aceptó Alyssa, mientras observaba cómo su pequeño se detenía en ese momento en el puesto del *fudge*, donde Eva también se dirigió rauda.

—Hola —la mujer esperó a la llegada de Dominic, y lo saludó.

—Hola —él sonrió, y señaló hacia su hermana, la que elegía dulces en aquel momento con Theo—. Espero que no haya sido muy abrumadora.

—¿Cuándo no lo ha sido? —rio—. Creo que no deberíais dejarle tomar azúcar.

El hombre rio con la ocurrencia de la joven.

—Sin azúcar es mucho peor —aseguró, sintiendo cómo su hermana giraba la cabeza, y los miraba, como si tuviera un radar, y supiera que hablaban de ella, a pesar de los villancicos que se escuchaban ambientando el mercadillo.

—¿Ya tienes listo el disfraz para Nochebuena? —preguntó la mujer.

—Listo. Creo que tú también. Me alegra que te lo pasaras bien en Bozeman.

—Me siento culpable por haber dejado a mi hijo un sábado con vosotros, pero a la vez creo que necesitaba la camaradería de una tarde de chicas.

—No te fustigues; eres una buena madre, Ally. Solo necesitas algo de espacio en ocasiones.

—No puedo evitarlo. Solía pensar que había tenido todo el espacio del mundo. Lo solía hacer, hasta hace… no sé… creo que hasta que conocí realmente a Eva —volvió a reír.

—Te cae bien —dijo Dom, esbozando una sonrisa.

—Sí. No sé, ella es ese empujón que te dice: «tienes que hacer esto, esto, y esto y no te voy a dejar otra opción». Me acaba de decir que tengo que meter los disfraces de Theo, y mío en una maleta, y que me quedare a dormir en el hostal, para desayunar con todos en Navidad, y abrir los regalos.

—No te sientas obligada si realmente no quieres, Ally.

—No, está bien. Probablemente lo habría rechazado si no me lo hubiera mostrado así, pero creo que es una buena idea para Theo, ¿verdad? ¿Qué opinas tú? —dudó de repente; necesitó saber que a Dominic le parecía bien que estuviera.

—Me encantará que estéis en la mañana de Navidad.

—A veces creo que… no sé —Alyssa se mordió el labio, insegura —, debéis estar hartos de mí. Paso más tiempo en el hostal que en mi propia casa, y mi hijo casi parece que vive allí o en el rancho. No quiero que penséis que soy una aprovechada, y que…

—¡Ey, Ally! No digas eso —la detuvo Dominic—Jayden es parte de nuestra familia, y eso te convierte también a ti en ello.

—Gracias —le dijo, mirándolo a los ojos.

—¿*Fudge*? —Eva llegó hasta ellos y les tendió la bolsa que había comprado. Ambos tomaron un trozo, y lo introdujeron en la boca, deleitándose con el intenso sabor a chocolate casero.

—Theo y yo queremos ver más puestos de comida y dulces —informó Eva—. Lo cogeré de la mano, y vosotros podéis hacer otras

cosas… vuestras compras. Ya sabéis.

Dominic entrecerró los ojos, y miró a su hermana de forma acusadora. Alyssa, sin embargo, abrió los ojos, sorprendida.

—¿Puedo ir con Eva? —preguntó el niño.

—Sí, cariño, pero no os alejéis —respondió a regañadientes.

Eva y Theo comenzaron a caminar, felices, en dirección al siguiente puesto de comida.

—¡Qué sutil! —exclamó Alyssa, y Dominic rio, después de observar que el niño se encontraba feliz en el mercado esa tarde.

—Cambio hermana entrometida —ese será el título de mi anuncio en el periódico local—. Urge antes de la próxima Navidad.

Ambos rieron.

—No entiendo por qué tiene tanto interés contigo, Dom. No parece que seas un hombre al que le cueste conocer a alguien. Eres… atractivo, agradable, trabajador, y de buena familia —le dijo.

—Gracias. Eres muy amable si piensas eso de mí —respondió Dominic, sintiendo un leve cosquilleo en el estómago con cada una de las palabras de la mujer que caminaba a su lado. ¿Ella realmente pensaba aquellas cosas de él?

—Me pregunto por qué no estás casado o al menos no sales con alguien —le dijo. Y era algo que en cierta forma la inquietaba, aunque se dijo que quizá había sonado demasiado directa, e invasiva. Sin embargo, tenía curiosidad, y le había podido ¿qué habría de malo en él?

—No tengo una cara oculta si es lo que estás pensando —bromeó.

—No he dicho nada.

—Pero se te ha pasado por la mente.

—Perdona si me extraña —respondió ella, mirándolo.

—He salido con otras mujeres. No soy ningún santo, te lo aseguro —confesó, y ella sonrió, interesada.

—¿Ninguna más especial? Algo más oficial, no sé.

—Sí. Hubo especiales, y oficiales durante un tiempo.

—Plural —se sorprendió ella, preguntándose cuántas.

—Dos —le informó, sonriendo; tampoco quería que pensase tan mal de él.

—¿Y qué salió mal?

—Yo —rio.

—Entonces sí que hay una cara oculta en el bueno de Dom —bromeó, tratando de sonsacarle más.

—Si por cara oculta cuenta el ser poco ambicioso, entonces sí, tengo cara oculta, y soy culpable.

—¿Poco ambicioso? Tendrás que explicar algo más si quieres que lo comprenda. Soy rubia, ¿recuerdas? —bromeó ella, y lo hizo reír.

—De acuerdo —convino él—. Me gusta Ennis; es mi ciudad natal, donde está mi familia, y el rancho donde amo trabajar. No me importa tener callos en las manos, ni echar de comer a las vacas en condiciones gélidas en esta época del año. Porque soy feliz exactamente haciendo lo que hago.

—Eso está bien, Dom —dijo Alyssa—. ¿Dónde está el problema?

—Que tengo una licenciatura que no uso —dijo con un pequeño atisbo de orgullo en su voz—, pudiendo ganar siete cifras mientras estoy cómodamente sentado en un despacho de Denver, tener un loft en el centro, y dos deportivos en el garaje.

—¿En serio? —Alyssa se mostró incrédula—. ¿Eso es lo que no les gustaba de ti?

—Podemos llamar a una de las dos mujeres que me dejaron por ello, y preguntarles. Se fueron exactamente a conseguirlo.

—No creo que sean más felices que tú —lo consoló.

—Seguro que lo disimulan bien con unos Jimmy Choo en sus pies mientras pisan el acelerador de un Ferrari —bromeó él.

—¡Qué incómodo y poco práctico! —quiso quitarle seriedad al asunto, tal como él había hecho antes.

—Yo sin embargo preferiría tus botas —le dijo, mirándola a los pies; llevaba unas botas de invierno cómodas, y calientes.

—Y yo tu camioneta —rio ella, para luego ponerse seria—. Cuando Jayden se fue la última vez a Dios sabe dónde, le dije que el honor no te abrazaba por las noches. Porque a mí el de John no lo hace. Ni su honor, ni sus condecoraciones, ni el saber que es un héroe. Ten por seguro que el dinero tampoco las abraza a ellas.

—Lo siento —le dijo él.

—Yo también, hablábamos de ti —le sonrió con tristeza, sabiendo que había mostrado una parte de sí misma que le decía que el éxito casi nunca va acompañado de la felicidad.

—No, está bien. Solo estábamos compartiendo experiencias —le dijo él—. Me gustaría que algún día me hablases también de ti.

—¿Mi cara oculta? —preguntó ella, y rio, tratando de apartar los nubarrones de su mente.

—Por ejemplo, aunque no creo que tengas de eso, si te soy completamente sincero. Si la tuvieras, me la contarías, ¿verdad? —volvió a bromear, esbozando una cálida sonrisa que le hizo cosquillas en el estómago a la mujer.

—Me tienes en gran estima —sonrió ella, y desvió la mirada hacia Theo y Eva, que ahora se detenían en el puesto de las salchichas asadas. Algo le decía que Theo querría una y con mostaza, e insistiría en que esta fuera picante.

De repente, Alyssa se dijo que la otra mujer tenía razón: el azúcar del *fudge* casero la estaba haciendo sentir mejor esa noche, algo más ligera. ¿O había sido la conversación con Dominic?

Barrera derribada

Theo había comido un par de salchichas, y había disfrutado de la mostaza picante. El niño tenía razón, era Navidad, y no lo comía nunca. Solo esperaba que no se levantase al día siguiente con dolor de estómago.

Ese día había dejado el coche en casa, y había caminado hacia la consulta del médico, y, más tarde hacia el mercadillo. Dominic se ofreció a llevarlos a casa.

—Se ha dormido —dijo Dominic, mirando al niño por el retrovisor, solo un par de minutos después de arrancar el vehículo.

—Debe estar agotado; ha sido un día largo y después de recorrer todo el mercadillo varias veces, no ha podido resistir al calor de la camioneta —habló Alyssa.

—Recuerdo la Navidad en Ennis como una época agotadora —añadió él—, desde que éramos pequeños. Mi madre preparando dulces, decoraciones, disfrazándonos en Nochebuena, muy pequeños.

—¿Lo hacíais desde entonces?

—Sí —Dominic esbozó una cálida y nostálgica sonrisa—. Aprovechábamos los disfraces de Halloween para ello. Mi madre sabía cómo entretener a una troupe de cinco niños. Nos pintábamos las caras los unos a los otros, y le dábamos un cierto respiro antes de la cena, y del día siguiente. Creo que Santa hacía algunos arreglos esa tarde, antes de la mañana siguiente.

—Suena encantador. Como tu madre, lo es —apreció Alyssa.

—Sí, es la mejor —convino él—. ¿Cómo era tu Navidad de pequeña?

—Estropearía la magia de la tuya —respondió ella, esbozando una sonrisa triste.

—Cada Navidad es especial, aunque diferente. ¿Qué es lo más especial que recuerdas de la tuya, Ally?

Alyssa respiró hondo, y se centró en el mejor recuerdo que tenía.

—A Jayden, mientras me abrazaba junto a la chimenea, y me decía todo lo que haríamos al siguiente año: dónde viajaríamos o cómo de grande sería la casa que compraría para mí cuando él fuera mayor —sonrió.

—Estáis muy unidos.

—Así es —respondió Alyssa, y el silencio se apoderó del momento, solo roto por el ruido del motor, y la suave música navideña, casi imperceptible, proveniente de los altavoces del vehículo. Se giró para observar a su hijo en el asiento trasero; seguía durmiendo plácidamente. Al volver, se detuvo un instante en observar el rostro de Dom, sereno, y relajado, llevándolos a casa en una agradable noche de invierno.

—Ya estamos —dijo Dominic, deteniendo el motor.

—Gracias por acercarnos. Ahora queda lo más duro: despertarlo —resopló Alyssa.

—No lo hagas; yo lo entraré —se ofreció él.

Alyssa no tuvo tiempo a poner objeción a ello. Dominic ya se había bajado, y abría la puerta trasera de la camioneta para cogerlo con cuidado, y decirle unas pocas palabras suaves cuando el niño hizo amago de despertarse. Ella se limitó a abrir la puerta de la casa, y dejar que el hombre subiera las escaleras con el pequeño apoyado sobre su hombro.

Al llegar a la puerta de la habitación, Alyssa se adelantó, la abrió, y, después de abrir la cama, y quitarle la cazadora, Dominic lo dejó en ella con cuidado, el niño abrió un ojo, y lo miró durante un segundo.

—Me lo he pasado muy bien, Dom —dijo, quedándose dormido al instante siguiente.

—Yo también, campeón —dijo el hombre con una sonrisa.

Alyssa le quitó los zapatos, y lo tapó, antes de darle un beso en la frente, y acariciarlo. Luego salió del dormitorio detrás de Dominic, que comenzaba en ese momento a bajar las escaleras.

—Gracias por subirlo. Yo ya no puedo con él, crece rápido —habló alcanzándolo, cuando llegaba a la entrada de la casa—. ¿Puedo ofrecerte algo de beber?

—Estoy bien, gracias —respondió él—. Yo también me lo he pasado muy bien.

—Y yo —Alyssa se puso a su lado, con intención de abrirle la puerta, y despedirlo.

—¿Qué deseas por Navidad, Ally? —le preguntó de repente él, frente a ella.

—Me regalaste la flor de pascua que tengo en la consulta —le dijo, dándole a entender que era más que suficiente con aquello.

—Eso fue porque me resultó agradable pasar la tormenta de nieve contigo —le sonrió, e insistió—. ¿No te hace falta algo o…?

—No es necesario, Dom —sonrió Ally, pensando si aquel hombre nunca se cansaba de dar. No sabía si la cesta que había encargado para los Davis y que les llevarían al día siguiente sería lo suficientemente grande.

—Quiero poder hacer algo por ti —le explicó.

—¡Dios mío, Dom! —exclamó—. No paras de hacer cosas por mí. Acabas de traernos a casa, y has subido a mi hijo dormido hasta su cama.

El hombre sonrió, modesto.

—Creo que la pregunta más bien sería al revés, ¿no crees? —Alyssa sonrió, volviendo a hablar—. ¿Qué deseas tú por Navidad, Dom?

El hombre la miró a los ojos, y ella habría jurado que se había puesto nervioso con la pregunta. ¿Puede que le quisiera pedir un *Stetson* y le diera vergüenza hacerlo?

—Yo… —comenzó a decir, y tragó saliva.

—Adelante, Dom —lo animó ella—. ¿Qué es lo que te gustaría de verdad?

Dominic sonrió, y la miró. Pensó una vez más que era una mujer preciosa: aquel rostro dulce, sus azules ojos que lo miraban con atención en esos instantes, su cabello rubio cayéndole por los hombros, algo alborotado después de quitarse el gorro. Él no necesitaba nada material; solo había una cosa que no tenía, y que había comenzado a desear con fuerza.

El hombre adelantó un paso, y suavemente la tomó del rostro con las manos. La miró durante un par de segundos, en los que ella se sorprendió por el movimiento, la cercanía, el aliento del hombre tan próximo al de ella. El corazón le galopó en el pecho a Alyssa; sintió que el de él también lo hacía, su respiración era más errática de repente.

Él nunca la había tocado hasta ese momento, y ahora sus fuertes dedos le enmarcaban el rostro, mientras que las pupilas se le dilataban. Eliminó el espacio de pocos centímetros que separaban sus bocas, y cubrió los labios de la mujer con los suyos, cerrando los ojos, a la vez que ella también lo hacía. Fue suave, y cálido al principio, para luego volverse intenso, y hambriento.

Alyssa no pudo evitar que un gemido escapara de su interior; hacía tanto tiempo que nadie… los labios de Dominic se mostraron hambrientos de repente con aquel sonido, y ella se acercó al cuerpo del hombre antes de aferrarse con las manos a la cazadora que llevaba puesta él. Las piernas le temblaban, y parecía que no la sostendrían durante demasiado tiempo.

Después, Dominic se separó lentamente de ella, y respiró hondo, mirándola, escrutando su rostro, sus labios henchidos por el beso que acababan de compartir. Alyssa respiró, y el aliento lo rozó. Ella tragó saliva, y abrió los ojos para mirarlo, aún aferrándose a las solapas de la cazadora del hombre, que cambió de lugar las manos, desde el rostro de la mujer para colocarlas encima de las de ella, no eran cálidas, eran frías en aquel momento. No era la noche, estaba nerviosa.

El pecho de la mujer subió, y bajo con rapidez, como el suyo propio. Las manos de ella cayeron bajo las de él, antes de que diera dos pasos hacia atrás para pegarse instintivamente a la pared. ¿La acababa de asustar? ¡No había pretendido hacerlo!

Recordó la primera cita, y la norma: «sin contacto». Ella no quería que la tocaran, y él, sin embargo, rompió la regla, y la besó. Había sido sublime; ella había respondido al beso, pero también supo que algo se acababa de turbar en su mirada.

Alyssa miró al hombre que la acababa de besar, y que la había dejado temblando por lo inesperado del hecho. Estaba nerviosa, y ¡maldita sea! excitada.

—Yo… —comenzó a hablar él, sin saber cómo podría disculparse por su impulso—. No sé en qué… Lo siento, Ally. Yo no…

—No… —dijo Ally, y se detuvo, necesitando coger más aire para continuar la frase, y decirla por completo—. No pasa nada, Dom.

El hombre se llevó la mano a la frente, y se la frotó, algo frustrado por la situación que había creado.

—Será mejor que me vaya —dijo de repente él. Era lo mejor que podía hacer, y… ya se disculparía al día siguiente, si acaso ella deseaba escucharlo.

—Sí —respondió Alyssa, después de carraspear, bajando la cabeza, rogando para que sus piernas funcionasen de nuevo, y poder agarrar la manilla de la puerta, y abrirla para él. Lo logró, y la mantuvo abierta, pero no lo miró a los ojos; solo veía la zona de su cazadora que le había asido con las manos, sujetándose a él.

—Ya nos veremos. Buenas noches, Ally.

—Sí, claro —respondió ella cerrando después.

No hubo portazo; el clic de la puerta al bloquearse sonó suave, pero Dominic supo que había cruzado una línea con Ally. Una que le decía que las cosas no volverían a ser como antes entre ambos. Apretó la mandíbula, y cerró los ojos con fuerza. Todo lo que había comenzado a sentir desde hacía semanas, o meses, si era totalmente sincero consigo mismo, había salido al exterior en forma de beso, y, a la vez, había anidado en su interior. Cada uno de los instantes en los que sus bocas se habían unido, tan eterno, y tan efímero. Sintió miedo a cómo sería el día siguiente.

Alyssa cerró la puerta, la miró unos instantes, y volvió a pegarse a la pared. Cerró los ojos, tragó saliva, y se dejó caer hasta el suelo, sentándose sobre la moqueta. Se llevó las manos a los labios, y los acarició; aún sentía la calidez de los del hombre sobre ellos. Dom la

había besado, y su cuerpo la traicionó por completo. Lo había correspondido, había temblado, y las piernas se le habían aflojado. ¡Maldita sea! ¡Incluso se había excitado! ¡No podía ser!

Se obligó a ser racional, a que sus neuronas volvieran a conectar de nuevo con su cerebro. Hacía años que nadie la besaba de aquella forma: delicada, y hambrienta a la vez. Sacudió la cabeza, y volvió a centrarse en el pensamiento racional. Era una mujer joven que hacía años que no tenía sexo, y era completamente normal: una respuesta fisiológica a un estímulo. Los labios tenían miles de terminaciones nerviosas.

Además, ella estaba sensible: la Navidad, y aquellas cursiladas. Era el primer año que había vuelto a decorar la casa, y luego estaba lo del mercadillo, el *fudge* dulce, y la familia Davis. ¡Eso era! ¡Quizá también estaba en un momento clave de su ciclo! Sí, claro que sí. Todo era lógico, y no tendría de qué preocuparse. Ella estaba bien, todo estaba bien. Ahora solo necesitaba irse a dormir, y estaba segura de que, a la mañana siguiente, todo en su cuerpo volvería a la normalidad.

Reflexiones

Jayden observó con interés a su hermana al final de la tarde del día siguiente, cuando le llevó el niño a casa. Ella le había escrito a primera hora de la mañana para asegurarse de que lo haría, y el hecho despertó cierto recelo en él; Ally no pedía ayuda si podía evitarlo.

Alyssa trasteaba por la cocina, terminando la cena para Theo. Jayden fue consciente de que estaba algo apagada ese día. Tocó una de las ollas que tenía al fuego con la mano, y se quemó.

Él la tomó rápidamente, y la llevó hasta el grifo, ayudándola a poner la mano bajo el agua.

—¿Estás bien, Ally? —le dijo, preocupado.

—Algo torpe —sonrió, restándole importancia.

—No es eso —aseguró Jayden, que además de haberse considerado en el pasado un buen espía, también era su hermano, y la conocía mejor que nadie.

—Estoy… agotada, Jay —dijo al fin—. He dormido mal.

—¿Has dormido mal? Alguien me dijo que estuvisteis hasta tarde en el mercadillo.

—Sí, puede que llegásemos algo tarde a casa —el estómago se le encogió al pensar en lo que había pasado tras el mercadillo—. Y te aseguro que hoy ha sido un día horrible en el consultorio. Mucha gente, muchas cosas a la vez.

—Supongo que en una semana todo pasará —Jayden se dijo que podría ser eso.

—Sí, estoy segura de ello —sonrió sin convicción de nuevo, y quitó la mano de debajo del agua. La actuación había sido rápida, y la quemadura no llegaría a nada; se dijo que se pondría un poco de crema en la zona antes de ir a dormir.

—Theo puede quedarse conmigo —le ofreció—. En el rancho hay sitio, y él disfruta estando allí.

—Puede que te tome la palabra.

—Cuando quieras, sabes que estoy aquí para lo que necesites —tiró de ella, y la abrazó, estaba seguro de que un abrazo le sentaría bien. La mujer se aferró a él, y Jayden le besó la cabeza.

Alyssa se sintió confortada en los brazos de su hermano, y agradeció al universo tenerlo cerca, y que hubiera dejado de jugarse la vida con los Marines.

—Tengo que terminar la cena —dijo de repente, bajando la mirada, y deshaciéndose de su abrazo.

—Subiré a darle un beso a Theo antes de irme —dijo él, dejándola a solas.

Alyssa respiró hondo, trató de serenarse, y continuó con la cena. Un par de minutos después Jayden volvió a bajar.

—Puede que no vaya a la fiesta de disfraces de Nochebuena —lanzó a bocajarro, y su hermano frunció el ceño.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Mañana trabajo, y, si el día se parece mínimamente al de hoy, te aseguro que no voy a tener fuerzas: dos días seguidos con esa carga.

—Theo está emocionado con la fiesta de disfraces de Nochebuena.

—No sé si podré con ello, Jay.

—¿Qué tal si vas un rato, socializas, tomas una copa, te dejas ver, y te retiras enseguida? Yo me ocuparé de Theo, una vez allí con todos, seguro que no nota que te has ido a dormir.

—De acuerdo —convino ella. No tenía fuerzas para discutir, ni para seguir fingiendo.

—Puede que no sea tan malo el día de mañana, Ally. Vendré temprano a por Theo.

Jayden besó a su hermana de nuevo, y la apretó contra sí unos instantes. Cuando oyó la puerta cerrarse, la mujer colocó las manos sobre la encimera, y respiró hondo. ¿Cómo demonios lo iba a hacer el día siguiente en la fiesta? Dominic estaría allí, y…

—¡Ya estoy listo, mamá! —dijo Theo apareciendo en la cocina mostrando que se había lavado las manos. Ella sonrió, y se dispuso a servir los platos.

***

Jayden regresó al rancho. La noche era fría. Olía a leña quemada, y a pino. Hacía más frío, y eso auguraba más nieve al día siguiente. Entró en la vivienda, dejando las botas, el sombrero, y el resto de prendas de abrigo en la entrada. Dominic pulía unas pequeñas espuelas en la sala.

—No parecen de tu talla —le dijo Jayden—. Ni de esta época.

—No lo son —dijo, sonriendo—. Mi abuelo se las regaló a Chase cuando aprendió a montar. Después este se las dio a Tyler, y, finalmente a mí. John es demasiado pequeño aún, así que había pensado que a Theo le haría ilusión contar con ellas para cuando comience a montar en primavera.

—Es una buena idea —convino Jayden, pensando en que aquel gesto hablaba de algo más profundo que simple cariño.

—¿Qué tal Theo? —quiso saber Dominic, dejando el paño sobre la mesa unos instantes.

—Bien. Acabo de dejarlo en casa.

—¿Y Ally? —preguntó, volviendo a tomar el paño entre sus manos, que parecieron menos seguras que antes.

—Cansada, demasiado trabajo en el consultorio —le dijo, extrañado por la pregunta, observando cómo su cuñado apretaba la mandíbula con un gesto indescifrable.

—Supongo que la veremos en la fiesta de mañana —afirmó Dominic, y a Jayden no le sonó a un comentario casual, sino a necesidad de confirmación. ¿Acaso se estaba perdiendo algo?

—Sí, claro.

—Lo pasaremos bien —zanjó Dominic, más por decir algo, que por pensar que así fuera.

Jayden lo miró una vez más, y se dijo que dos más dos siempre solían ser cuatro, y que algo estaba sucediendo, aunque no sabía el qué.

La mañana de Nochebuena

Dominic pudo dormir algo mejor que la noche previa, y aquel sería un día largo con los preparativos del hostal antes de la fiesta. No obstante, Ally se había colado en todos, y cada uno de sus sueños: Ally en el mercadillo, Ally en la fiesta de disfraces, Ally por doquier.

—¡Joder, Dom! Solo fue un beso —se riñó esa mañana mirándose al espejo del baño, después de ducharse.

Pero él sabía que no había sido solo eso, y que el problema residía en que le había fallado en cierta forma a Ally. Que ella podía estar, a esas alturas, molesta, furiosa y, además, decepcionada. No era una chica más, y traía consigo un bagaje emocional que debería haber respetado.

Decidió ir temprano a la tienda del pueblo a comprar algunas cosas. Al día siguiente era festivo, pero el rancho no paraba, y él quería estar ocupado más que nunca.

***

Ally se había detenido a por un café para llevar. Necesitaba energía, y sabía que el día de Nochebuena estaría lleno de pequeños accidentes domésticos que atender en el consultorio. Debía estar lo más despierta posible para actuar de forma eficiente, y, de nuevo, el sueño le había sido algo esquivo. El día se antojaba demasiado largo, y, ni siquiera había empezado.

Al salir del local con el vaso en una mano, y el bolso en la otra, se detuvo al observar una camioneta estacionada en la acera de

enfrente que conocía demasiado bien: la de Dominic. El hombre salió de la tienda con una bolsa en la mano, y miró hacia donde estaba ella, como si supiera que alguien lo observaba. Se detuvo. Se miraron unos segundos, y él levantó la mano, para saludarla. Ella, con ambas manos ocupadas, hizo un gesto con la cabeza, y le sonrió, en una mueca nerviosa.

Por suerte, la avenida principal de Ennis era lo suficientemente ancha. Los más de cincuenta pies que los separaban eran un alivio. Luego se miraron un par de segundos más, y Alyssa comenzó a caminar en dirección a su trabajo. Dominic la observó mientras se alejaba, y se dijo que, al menos, ella le había sonreído, o eso creía.

—¡Mierda, Ally! Te ha saludado, para él no significa nada. No es un santo ¿recuerdas? —se habló en voz baja una vez llegó a su consulta, y se encerró en ella, esperando al primer paciente de la mañana.

Se dijo que un hombre como Dominic, debía haber besado a docenas de mujeres, y que aquello no significaba absolutamente nada para el cowboy.

—Estás siendo ridícula, Ally —volvió a hablarse a sí misma.

Oyó un carraspeo a su espalda. Ni siquiera había escuchado cómo se abría la puerta.

—¿Decías algo? —era el doctor Peterson, mirándola desde el lugar.

—Solo hablaba conmigo misma —se disculpó.

—Dicen que es muy sano hacerlo —le informó—. Mejora la concentración y ayuda en la resolución de problemas.

—Sí, creo que también es bueno para animarse. Trato de insuflarme fuerzas para enfrentar el día de hoy —mintió.

—Deseo que sea algo más sencillo que el de ayer, o terminaremos agotados al final de la jornada y hoy es Nochebuena. ¿Tienes planes, Ally?

—Iré a la fiesta del hostal del lago. Kylie, mi cuñada, es una de las que se encargan de hacerla.

—En ese caso nos veremos por allí. Maggie Davis ha tenido el detalle de invitarme. Creo que la señorita Wells también irá —le

informó Gabriel.

—¡Vaya! —Ally esbozó una sonrisa forzada—. Cuantos más mejor.

Se dijo que, por si tuviera pocos problemas, también iba a tener pivotando alrededor a su jefe. Al menos esperaba que tanto él como Maya, la recepcionista, pudieran divertirse por sí solos. Aunque no tenía previsto estar durante demasiado tiempo en la celebración.

—Todo el mundo habla maravillas de la fiesta. Nunca he ido, pero este año he pensado: ¡qué demonios! Mañana es festivo y no tengo guardia en el hospital.

—Es una gran fiesta.

—Solo quería desearte buen día, Ally. Y darte un pequeño regalo de Navidad.

El hombre le tendió un estuche cuadrado, y un sobre.

—Gracias —se sorprendió Alyssa—. No tenía por qué…

—Eres una excelente trabajadora, y no puedo estar más feliz de contar contigo. Casi agradezco que mi anterior enfermera se despidiera. Lo único que lamento es que no estés a jornada completa, pero no pierdo la esperanza —habló, mientras ella abría el estuche.

Una fina cadena de oro blanco con una chapa con su nombre, y su grupo sanguíneo, adornada con un brillante, apareció delante de ella.

—No sé qué decir.

—Con un gracias será más que suficiente —el hombre esbozó una sonrisa hacia ella.

—No era necesario, no sé si puedo aceptarlo —lo miró, dubitativa.

—Espero que lo hagas, porque la señorita Wells ya lo ha hecho —le dio a entender que la recepcionista había recibido el mismo regalo.

—Gracias —le dijo, y comenzó a abrir el sobre para ver un cheque de mil dólares—. No puedo…

—Sí puedes. Has trabajado mucho, y bien. Además, quiero que estés motivada para toda esta semana —bromeó él.

—Gracias, Gabriel —le dijo, y le sonrió—. Yo… me siento avergonzada. Solo te envié una botella de…

—De mi whisky favorito. Y estoy feliz con ella. No se te ocurra nunca enviarme otra cosa distinta que no sea esa.

—De acuerdo —Alyssa sonrió.

—Ahora, vayamos a enfrentarnos a nuestro destino. Estoy deseando el primer paciente que trate de convencerme de lo saludable que podría resultar beber hasta perder el sentido esta noche —bromeó antes de salir de la consulta, haciendo reír a Alyssa.

Sí, ella también los solía recibir, especialmente cuando el médico los enviaba a su consulta para mirarles la presión, y los valores básicos, que evidenciaban que no era saludable ni buena idea. A ella le tocaba convencerlos, datos en mano, de que no debían hacerlo si no querían tener más posibilidades de las habituales de reunirse con el creador.

Respiró hondo, y se dijo que al menos, comenzaría de buen humor la jornada. Contaba con un buen aguinaldo, y la felicitación de su jefe. Pero su mente tenía otros planes para ella, y la traicionó solo un instante después, volando hasta la imagen de un Dominic parado al lado de la camioneta, saludándola con la mano. ¿Y si… hacía como si nada hubiera pasado? Aquel saludo que le había dedicado él significaba eso, ¿no?

***

Dominic recibió una gran cesta navideña esa mañana en el rancho. Sidra, vinos del estado, queso madurado, salami de venado, mermeladas de la zona, miel de alfalfa, chocolates, y dulces varios como galletas de jengibre, pan de frutas, o *fudge* de vainilla, ¡Vaya! ¿De quién sería? El hombre firmó el recibo de entrega nada más que los mensajeros la dejaron en la entrada de la vivienda, y tomó la tarjeta de la misma para leerla.

Gracias a todos, y cada uno por hacernos sentir parte de vuestra maravillosa familia. ¡Feliz Navidad!

Ally y Theo

Dominic se dijo que, incluso cuando pretendía no pensar en ella, las circunstancias hacían que fuera imposible lograrlo. Volvió a echar una ojeada a la tarjeta, y se sorprendió pensando que deseaba que ella fuera parte real de su familia.

—¿De quién es esa barbaridad? —preguntó Jayden, entrando en la casa, seguido de Chase.

—De Ally.

—Habrá pensado que somos muchos por aquí —dijo Chase.

—Es excesiva —opinó Dominic, y le pasó la tarjeta a su hermano mayor para que la leyera. Este se la pasó, a su vez, a Jayden, y el último se la devolvió al primero, que la volvió a dejar en el piso del medio de la gigantesca cesta.

Después tomó el teléfono móvil en su mano, dispuesto a escribirle. Lo hizo, pero dudó si debía enviarle el mensaje o no. Lo borró, pensando que quizá no era una buena idea forzar las cosas. Aquello se repetía una vez más: un paso adelante con Ally, y uno hacia atrás. ¿Realmente estaba haciendo lo correcto con ella?

—Está agradecida —dijo Jayden, encogiéndose de hombros—. Por lo de Theo.

—¿Te importaría agradecérselo de parte de todos? —le preguntó a su cuñado, apretando la mandíbula.

—Claro —respondió este, que había visto teclear algo a Dominic en su teléfono para después borrarlo, bloquearlo, y guardarlo en el bolsillo de los vaqueros. Estaba seguro de que le había escrito a Ally, pero, quién sabía por qué, en el último momento, había preferido darle el mensaje a través de él. Lo observó un segundo más de lo necesario, tratando de encajar unas piezas de algo que aún no sabía qué era exactamente.

Preparando una fiesta

Alyssa respiró hondo, y se aferró a la maleta que llevaba en la mano antes de cruzar la puerta del hostal del lago. La camioneta de Dominic no estaba fuera, pero quizá había ido con otro vehículo. Se verían de cerca, sin los cincuenta pasos que los habían separado en Ennis esa mañana. ¿Qué le diría? ¿Cómo la miraría? ¿Y ella a él? «Ally, vamos, no seas tan adolescente, maldita sea» —se dijo en su interior. — «Tienes treinta y dos años, y un hijo; madura».

Cuando entró, solo pudo ver a Kylie que enseguida sonrió, y fue hacia ella para abrazarla brevemente. A Eva, Chase, y un par de empleados ocasionales del lugar yendo de un lado a otro con jarrones, fuentes, y bandejas llenas de vasos, y copas. Pero ni rastro de Dominic, lo que supuso un alivio, y una decepción al mismo tiempo.

—¡Qué bien que llegas! —ahora fue Eva la que se acercó hasta ella, y observó la maleta—. ¿Lo traes todo?

—Absolutamente todo —sonrió Alyssa, contagiada repentinamente por el espíritu de la joven Davis.

—¡Va a ser una noche mágica! —exclamó—. Kylie, ¿puedes acompañar a nuestra invitada a su habitación, para que deje la maleta?

—Claro —dijo la mujer, agradeciendo el pequeño descanso, ya que no había parado desde muy temprano.

—Enseguida comenzaremos a arreglarnos —afirmó Eva mirando su reloj, necesitaban al menos un par de horas para sí mismas, y sus disfraces—. Theo está con John y mi madre en la habitación de

Ashley y Tyler. Ellos se han ido a Idaho a pasar la Navidad, y, mientras, la usaremos como centro de operaciones hoy. Baja en cuanto puedas, por favor.

—Sí, señora —dijo Ally, divertida. Eva podía resultar una mujer muy eficiente si se lo proponía. La joven le dedicó una breve sonrisa antes de eliminarla, al ver un pequeño fuego que tenía que apagar: una bandeja en el lugar equivocado.

—Se lo toma muy en serio —añadió Kylie comenzando a caminar al lado de Alyssa hacia las escaleras del hostal—. Es de las fiestas que más le gustan, y además sufre por ella, te lo aseguro. Deberás hacerle caso. Te obligará a bailar, incluso a sonreír, necesita que todo el mundo sea feliz esta noche, y que mañana se hablen maravillas de la fiesta.

—¡Qué presión! Trataré de estar a la altura.

Alyssa había acudido el año anterior a la fiesta, pero no recordaba tal imposición en la misma, claro qué, en ese momento, casi no conocía a Eva, ni a todos los Davis, excepto a Layla, Kylie y…

Le vino a la memoria el Dominic de hacía un año en aquel mismo lugar, disfrazado de Gandalf el mago, Theo se había mostrado encantado con el disfraz del adulto, ya que él iba de Harry Potter, y todo quedaba dentro del mundo de la magia, algo que había apasionado al niño durante todo el año anterior. Sonrió; lo pasaron tan bien esa noche… había sido la primera salida en mucho tiempo, y luego el cowboy los había llevado a casa.

—Supongo que comencemos a disfrazarnos pronto —dijo Kylie, interrumpiendo sus pensamientos—. Jayden vendrá para disfrazar a Theo y John, ya sabes, los chicos por un lado, y las chicas por otro.

—Suena divertido —dijo—. No imaginaba que lo hacíais así.

—Bueno, los chicos son más inestables. A veces llegan disfrazados desde el rancho, depende del tiempo que tengan, pero nosotras sí solemos reunirnos para hacerlo. Bienvenida a la trastienda de los Davis. Te veo abajo —rio antes de dejarla a solas en la habitación.

Dominic llegó a última hora. Sabía que solo le daría el tiempo justo de disfrazarse y bajar al salón principal. Estaba nervioso, y

cruzó la puerta del hostal algo tensionado. En una mano cargaba la funda oscura con el disfraz, y en la otra una pequeña bolsa de viaje.

—¡Dom! —gritó Theo nada más verlo, y corrió hacia él para saludarlo, y que el hombre lo cogiera en brazos, como siempre hacía.

—Hola, pequeño —le dijo con cariño, besándolo en la mejilla, aupándolo después de soltar la bolsa de viaje en el suelo.

—¿De qué te vas a disfrazar? —quiso saber el niño.

—Va a ser una sorpresa —le respondió, sonriendo, y le guiñó un ojo—. ¿Y tú?

—Lo mío también lo será —el niño también se mostró interesante.

—Y va a durar muy poco la incógnita —añadió Jayden, que estaba al lado de ellos—. Eva va a terminar de disfrazarse, y, como baje, y nos vea aún así… Has llegado tarde, Dom.

—Lo siento. Quería dejarlo todo listo por el rancho.

—Ya, yo también —le dijo, entrecerrando los ojos. Él era el capataz del rancho, y sabía que Dominic se había entretenido a propósito. Todo había estado listo hacía al menos un par de horas—. Chase acaba de subir, y nosotros íbamos a hacer lo mismo.

—De acuerdo, vayamos a disfrazarnos —convino Dominic.

Alyssa se dijo que, si hubiera rechazado ir a la fiesta del hostal, también se habría perdido aquella parte de la misma, la que no había vivido el año anterior, al haber asistido desde fuera. Las mujeres se maquillaban juntas, y, de vez en cuando, una ayudaba a otra con algo que se le daba mejor. Eva, con las tenacillas en mano le hacía en ese momento unos rizos bien definidos que escapaban de su moño. Le había dicho que las chicas de *saloon* nunca llevaban el cabello liso, y ella se dejó hacer. Kylie ayudaba a Layla con su maquillaje de reina del hielo. Sabía que la bibliotecaria era algo menos hábil en el arte del maquillaje que las hermanas Davis, y sonreía resignada.

Aquella familia en sí era toda una comunidad, y lo mejor de todo era que, la habían ido ampliando con las nueras, y el yerno, que era

su hermano Jayden, de una forma exitosa. Tampoco resultaba difícil, todos ellos eran personas sencillas y de buenos sentimientos.

Se le hizo un nudo en el estómago al pensar que las promesas navideñas que Jayden le hacía de niña, habían sido cumplidas, en cierta forma, al menos esa Navidad, formando parte de todo aquello.

—¿Estás bien, cielo? —preguntó Eva, notando la humedad en los ojos de Alyssa.

—Sí —respondió esta con una sonrisa, y la otra mujer, tenacillas en mano, la miró, esperando una explicación más amplia—. Es solo que… me gusta estar con vosotras. Es tan diferente a otras Nochebuenas que he tenido.

Una lágrima escapó de uno de sus ojos, y se la limpió rápidamente, parpadeando para ahuyentar la humedad, y no arruinar su maquillaje.

—Ohhh —exclamaron al unísono el resto de mujeres, y Kylie dejó las brochas a un lado para acercarse a ella.

—En adelante todas serán así, cariño —le dijo su cuñada, tomándola de la mano.

—¡No vamos a llorar, chicas! —dijo Eva, abanicándose los ojos con una paleta de sombras.

Alyssa rio ahora, y contagió al resto de ellas, excepto a Eva, que seguía abanicándose para que su maquillaje de ojos festivo no se viera afectado.

El ritmo se incrementó, y, después del maquillaje, llegaron los disfraces, y las fotografías en solitario, y en grupo.

***

—Parece que el pequeño *Sheriff* está listo —dijo Jayden, colocándole la cartuchera, y la estrella en la solapa a su sobrino. Ahora disfrazaría a su propio hijo, que sería un árbol de Navidad.

—¡Gracias, tío Jay! —el niño lo abrazó, y se dirigió hacia Chase, confuso—. ¿Tú quién eres?

—El rey del hielo, pequeño —respondió Chase con una voz grave.

—Está guay —observó el niño, mirando el traje blanco y plateado, y la gran capa blanca. El hombre imponía, podía ser un rey. Cuando se colocó la corona, Theo sonrió y giró la cabeza hacia Dom, que se acababa de vestir, colocándose las cartucheras—. ¿Eres *Sheriff* igual que yo?

—No, yo soy un pistolero a sueldo —sonrió el hombre.

—Pero eres de los buenos, ¿verdad? —preguntó, algo confuso.

—Es el que salva al pueblo, y se queda con la chica más guapa del oeste —explicó Jayden, y su sobrino sonrió.

—¡Bien! —exclamó él niño—. Puedes ayudarme a mantener el orden.

—A sus órdenes, *Sheriff* —dijo él.

—Hablando de la chica más guapa del oeste, ¿has invitado a alguien, Dom? —preguntó Chase.

—No, no lo he hecho.

—Sabes que vas a tener un problema con Eva, ¿verdad? Te querrá ver bailando con alguien.

—Ya veré cómo lo soluciono —desestimó este.

—Puedes bailar con mamá —ofreció el niño de repente, y Jayden trató de disimular una sonrisa.

—Sí, supongo que sí —aceptó Dominic, sabiendo que aquella empresa se antojaba algo incierta justo en esa noche. Aún no sabía cómo sería el recibimiento de Ally para con él, y le generaba cierta inquietud.

—Maya mencionó que vendría, solo por si te hace falta alguien para bailar —dijo Chase, mostrando que había más opciones sobre la mesa.

—Sí, bueno, ya veremos —dijo Dominic, sonando algo seco.

—Halaaaa, tío —Theo se sorprendió con el disfraz de Jayden, que acababa de salir de la funda—. Eres Santa.

—Es solo un disfraz —le dijo.

—Pero tú no te pareces a Santa.

—Afortunadamente —respondió Jayden, y el resto de hombres rio.

Nochebuena en el hostal

Los hombres bajaron al salón principal donde se llevaría a cabo la fiesta, y comprobaron que todo estaba listo. Eran las siete de la tarde. El olor a canela y ponche inundaba el ambiente, y daba la bienvenida a los invitados que comenzaban a llegar, los hombres Davis los saludaban por turnos, y establecían pequeñas conversaciones con ellos, mientras que la música navideña acompañaba de fondo.

Eva comenzó a bajar la escalera; Chase se fijó en ella y sonrió, sabía que la noche podría resultar interesante, cuanto menos. Dominic siguió la mirada de su hermano, y halló a la más pequeña de su familia, que oteaba todo el ambiente para posar sus ojos sobre él.

—No sabes cuánto me alegra el ser un Davis casado —le dijo Chase, en tono burlón.

—A mí no me alegra que lo seas —repuso él, preocupado. Que su hermana hubiera decidido disfrazarse de Cupido no le generaba confianza. Ni siquiera sabiendo que el disfraz era de Cupido sexi. Aquel detalle no le importaba lo más mínimo. Lo que le disgustaba era el no saber cuáles eran sus intenciones para con él en esa noche. Porque aquel disfraz gritaba que las habría.

Eva llegó hasta sus hermanos, y giró sobre sí misma para mostrarles el disfraz por todos los ángulos.

—¿Y bien? —quiso saber la joven.

—Estás muy guapa, Eva —dijo Jayden, que apareció en el último momento.

—¿No es demasiado… evidente? —preguntó Chase frunciendo el ceño, al ver que la falda no tenía más de un palmo de larga, y que un lucía un generoso escote tras el gran corazón rojo y brillante que llevaba en el centro del corsé.

—¿Evidente? —Eva arqueó una ceja, ofendida—. No pretenderás que me ponga una túnica hasta los pies, y unas alas del tamaño de

Wyoming, ¿verdad?

—Este es un país libre —dijo a continuación el mayor de los Davis, descartando discutir con su hermana.

—Estás muy guapa, Eva —dijo Theo, apareciendo tras Jayden con el pequeño John de la mano.

—¡Gracias, *Sheriff*! —sonrió radiante hacia el niño—. Alguien con educación, por fin.

—¿Quién eres? —preguntó el pequeño, haciendo que Chase se aguantara la risa, y Eva lo mirase en tono de advertencia.

—Soy Cupido. Lanzo flechas mágicas —le enseñó su arco, y una de ellas—, para que las personas se enamoren.

—Ah, ¡ya sé! —Theo asintió, entusiasmado—. ¿Luego le puedes lanzar una a mi mamá?

Eva sonrió satisfecha, y miró de reojo a su hermano Dominic.

—Claro, cariño, será un placer —respondió con dulzura.

Jayden sonrió, y observó brevemente también a Dominic, quien había bebido un trago de su vaso de whisky, y ahora lo aferraba con ambas manos, mostrándose confuso, sin saber muy bien hacia donde mirar.

—Divertíos, y ayudad a que todo el mundo lo haga —ordenó la joven—, pero no bebáis mucho, os necesito alerta.

—Sí, señora —dijo Chase, de mala gana, mientras que Jayden le hacía un saludo militar a la mujer. Era su primer año en el otro lado de la fiesta, y le pareció divertido. Y, maldita sea, se le daba mejor cumplir órdenes que darlas, era un respiro de su trabajo en el rancho.

—Ahora podéis dispersaros, y ocuparos cada uno de lo vuestro. Quiero que mañana todo el mundo diga que la fiesta del hostal del Lago Ennis sigue siendo la mejor de todo el condado de Madison —ordenó una vez más, pero tomó de la mano a Dominic. Tenía alguna instrucción extra para él.

—Querida Eva —dijo, tratando de sonar burlón, a pesar de que no le gustaba que lo hubiera apartado del resto.

—Tu tendrás que bailar con tu cita. Ya sabes de quién estoy hablando —le guiñó un ojo—. Quiero que esta sea su mejor Navidad. Está preciosa, y os vais a ver muy bien juntos, lo sé.

Eva cogió una flecha de las que llevaba en la mano, y se la clavó simuladamente en el corazón durante un instante. Después tomó el vaso que tenía el hombre, y marchó con una sonrisa triunfante hacia la cocina. Quería ver cómo iban los canapés que se servirían algo más tarde.

Dominic se dijo que lo mejor sería que fuese a saludar a algún que otro invitado, porque su hermana lo acababa de descolocar. Y no debería, porque era el mismo plan que tenía para él desde hacía semanas, y el que él trataba de evadir por todos los medios. Solo que no estaba seguro de seguir contando con la complicidad de Alyssa para ello. Dominic observó cómo Theo pasaba por su lado corriendo; lo siguió con la mirada y entonces la vio.

—¡Estás muy guapa, mami! —dijo el niño, subiendo la escalera para llegar hasta su progenitora, que le sonrió, amorosa.

—¡Gracias, cariño! Tú también, y, además nos conjuntamos muy bien, ¿no crees? La chica del *saloon* y el *Sheriff* de la ciudad.

—Sí —el pequeño rio, feliz—. ¿Sabes quién más va como nosotros?

—¿Quién? —preguntó de forma inocente, pensando si su hermano Jayden había cambiado de disfraz a última hora.

—Ven —la tomó de la mano, y bajaron las escaleras.

Dominic deseó seguir teniendo el vaso de whisky en la mano, porque la garganta se le había quedado seca. Aunque, si lo pensaba bien, probablemente no podría tragar, porque tampoco podía casi respirar.

¡Ally estaba preciosa! Era una chica de *saloon* del viejo oeste. Y él era el pistolero, «el que se queda con la chica más guapa». Sin duda, ella era la chica más guapa, la que le hacía sentirse como en aquel momento: anhelante, nervioso, y torpe. Lucía un vestido rojo con volantes negros, un corsé del mismo color que realzaba su busto, y unos guantes cortos con los dedos al descubierto. El cabello iba en un recogido adornado por un tocado de plumas, y varios mechones rubios, rizados, y sueltos le caían hasta el cuello, donde una cinta negra a su alrededor le marcaba el contorno del mismo.

Alyssa levantó la vista, y lo observó, antes de que su hijo la llevara con él. Para entonces, el hombre ya la estaba mirando. Los cincuenta pasos de esa mañana en el pueblo se reducían ahora lentamente entre ellos en el salón del hostal, mientras que sintió que más que caminar, una mano invisible la conducía hasta el lugar. El hombre estaba impresionante, pero eso no era ninguna novedad: Dominic era impresionante siempre. Su mirada era amable, pero profunda, y recordó la del año anterior tras la fiesta de fin de año, y el por qué lo había evitado durante todos aquellos meses. Aquel hombre destilaba peligro. Tragó saliva, y trató de sonreír, mientras que su pecho subía, y bajaba, agitado.

—Dom es el pistolero. Es como nosotros —le dijo el niño, feliz.

—Ya veo, cariño —respondió Ally, manteniendo los ojos en el hombre, como si le resultase hipnótico.

—Hola, Ally —dijo él, tratando de sonar tranquilo, pero, maldita sea, no lo estaba. La cercanía de la mujer lo atrapaba, y le dolía. Antes había sido sencillo; ahora no podía olvidar sus labios en aquel beso que habían compartido cuarenta y ocho horas atrás.

—Hola, Dom —se obligó a responder, a pesar de que sonó como un susurro dentro de la música que envolvía la escena.

—¡El primo John se va a terminar todos los canapés! —exclamó el niño antes de salir corriendo hacia donde estaban Jayden y John. Los adultos sonrieron, apreciando el respiro que les había dado en aquel momento de tensión.

—Estás muy guapa, Ally —le dijo, mirándola sin querer a los labios, rojos esa noche, acordes a su disfraz.

—Tú también. Muy… conjuntado —Alyssa levantó una ceja, y lo recorrió con la mirada. Él sabía que no se refería al disfraz en sí, sino a la elección del mismo.

—Sonaré estúpido, pero Eva insistió en que debía usar este, y… no sé por qué, pero no se me ocurrió que habría alguna otra intención —el hombre se llevó la mano a la nuca, y sonrió.

—Eva, ¿eh? —preguntó Ally, observándolo—. Cupido.

—Cupido sexi —convino él, y sonrió de nuevo, nervioso. Como si el adjetivo sexi le quitase importancia al disfraz elegido por la mujer —. Sí, bueno.

—No se rinde —dijo Ally, tratando de relajarse.

—Ni un solo segundo —Dominic buscó a su hermana con la mirada, y ella, como si tuviera poderes, los miró, y sonrió.

—Hasta el dos de enero, ¿verdad?

—Hasta el dos de enero, sí —aseguró él.

—Creo que… iré a por una copa —dijo Alyssa, y se marchó del lado de Dominic.

—Sí, creo que yo también la necesito —habló a solas, y sonrió a uno de los vecinos del rancho, que iba disfrazado de centurión romano. Se dijo que lo mejor que podía hacer era socializar un poco.

—Una cabaretera, ¿cierto? —le habló alguien a su espalda mientras tomaba una copa de vino blanco de la bandeja.

—¡Doctor Peterson! —se sorprendió Alyssa al verlo.

—Sherlock, por favor —le corrigió el hombre, que iba disfrazado del famoso detective.

—Siento que sus dotes detectivescas no estén tan acuciadas como las sanitarias de su alter ego —bromeó ella, diciéndose que la presencia del médico le daba un respiro—. Soy una chica del oeste, una chica de las del *saloon*.

—Elemental, mi querida Ally. ¡Qué fiesta tan estupenda! —respiró el hombre, admirando el lugar, el ambiente, y la música—. Los mini pasteles de carne son sencillamente deliciosos.

—La comida es muy buena, sí. Y se agradece después de la mañana que hemos tenido —sonrió ella.

Dom saludó al gerente de la ferretería del pueblo, y luego se fijó en un Sherlock Holmes que hablaba con Ally, haciendo que esta se riera. Era el médico del pueblo, e imperceptiblemente su gesto cambió, y una punzada inesperada le impactó en la boca del estómago.

—Mmmm, vaya, a ese hombre le sientan bien hasta los uniformes de detective literario —dijo Eva a su lado, siempre pendiente de todo lo que ocurría.

—Sí, hay gente con esa capacidad —dijo él, evitando seguir mirando hacia el lugar. Sabía que el médico había mostrado cierto

interés en Ally, y ahora ella le sonreía, prestándole atención.

—¿Qué te parece si vas, y le pides bailar?

—Alyssa está hablando, no pienso interrumpirla —desestimó él.

—¿Qué demonios te pasa, Dom?

—Pues no lo sé, Eva. Puede que me agobie un poco que mi hermana esté todo el día tratando de obligarme a hacer cosas, como ponerme este disfraz. Muy bien traído, por cierto —respondió, aunque el tono terminó siendo entre molesto, e irónico.

Eva abrió la boca, la cerró, y resopló. Luego entrecerró los ojos.

—Primero, te lo has puesto porque tú has querido. Segundo, no sé qué te pasa, porque no te has acercado a ella en las últimas dos horas.

—Ella tampoco lo ha hecho —dijo, y de sus palabras se desprendió dolor porque así fuera.

—Mira, Dom, sé que esa mujer te gusta, probablemente desde antes de que tú te dieras cuenta de ello. Y a ella también le gustas, solo que ella… bueno—se detuvo, y la miró—, ella necesita un empujoncito.

Dominic apretó la mandíbula, molesto con su hermana, y consigo mismo.

—¿Te has fijado en la cadena de oro blanco que lleva al cuello esta noche? —preguntó Eva, volviendo a hablar de nuevo, mientras observaba la reacción de su hermano.

—No —dijo él, mirándola, sin saber qué le quería decir, aunque apostaba a que lo sacaría de dudas en breve.

—Es una placa con su grupo sanguíneo, un corazón, y un brillante. Adivina de dónde ha salido —sonrió, afilada. Ally se lo había contado esa tarde mientras se disfrazaban, y a Eva no le iba a temblar el pulso para usarlo.

—¿Él médico? —preguntó Dominic.

—Ajá —confirmó sonriendo con malicia—. Gabriel Peterson uno, Dominic Davis cero.

—No creo que sea una competición —habló, diciéndose que mentía en cierta forma. No lo era, pero supo que él quería ganar.

—¿Qué te parece si me acompañas a saludarlo? —le preguntó, y se mostró suave como la seda—. Puede que le pida que bailemos, y

puede que tú quieras hacer lo mismo con alguien. Y no es una obligación, solo es una sugerencia.

Dominic cambió el gesto serio que tenía mientras seguía observando a Peterson hablar con Ally. Esbozó una suave sonrisa hacia su hermana, y sacudió la cabeza, pensando que era incorregible. Aunque el tono de Eva fuera meloso, la determinación no había cambiado. Le ofreció el brazo, ella lo tomó, sonrió, y ambos se encaminaron hacia la pareja.

—¡Doctor! —saludó Eva, llegando hasta la pareja.

—Llámame Gabe, por favor —le dijo el médico, y se dirigió hacia Dominic para darle la mano—. Felicidades por la fiesta. La comida está deliciosa.

—Gracias —respondió Dominic, y observó a Alyssa, que desviaba la mirada hacia otro lado, incómoda.

—No te he visto bailar con nadie, Gabe. Me preguntaba si querrías hacerlo conmigo.

—Claro, será un placer, Eva. ¿Me equivoco mucho si digo que eres un Cupido moderno?

—No, no te equivocas para nada —Eva rio con el médico—. Creo que eres muy buen detective.

—Te sienta muy bien el disfraz, ¿sabes?

Eva se alejó con el médico mientras charlaban.

—¿Quieres bailar conmigo, Ally? —propuso él, después de unos largos segundos de silencio entre ambos, viendo cómo su hermana y el doctor comenzaban a hacerlo al otro lado del salón.

—Sí, claro —dijo, expulsando el aire de su interior. Esperaba la invitación de Dominic desde que Eva y él se habían acercado hasta ellos. Y también la deseaba, si quería ser completamente sincera consigo misma.

Dominic esbozó una sonrisa, y su mirada más cálida se posó sobre ella antes de extender la mano, esperando la suya. Alyssa se la dio, y él la tomó, sonriendo. Ellos casi no se habían tocado en todo el tiempo en el que se conocían. Sabía que para Ally significaba demasiado aquel hecho. Recordó la cita sin contacto, y luego el

contraste incendiario del beso: sus labios, sus manos aferrando su cazadora, y el calor de sus mejillas entre sus dedos.

Se colocaron frente a frente, y la música cambió. Las primeras notas de *Amazed* de *LoneStar,* sonaron.

«Qué oportuno» pensó Alyssa, comenzando a ponerse nerviosa. Miró hacia Eva, pero supo que, en esa ocasión, ella no había sido la artífice, porque seguía bailando con el médico. Ahora más cerca de él, como la canción imponía. Quizá, y solo por una vez, había sido solo fruto de la casualidad el que aquella balada romántica sonase en el hostal del lago, justo en aquellos instantes.

Ally dudaba, y Dominic se dijo que debía dar el paso, acercándose a ella para tomarla de la cintura y aproximarla hacia él suavemente con la mano.

Los dedos del hombre se unieron a los de ella, que notó las manos curtidas de Dominic por el duro trabajo del rancho. El contacto la estremeció, y su respiración se agitó. Agradeció que los guantes que llevaba puestos esa noche como parte del disfraz, solo tuvieran los dedos al aire, y minimizaran el contacto entre ambos. Aunque era un hecho que estaban demasiado cerca el uno del otro, y la canción no ayudaba.

—Tranquila Ally, no te haré daño —dijo Dominic, esbozando una sensual sonrisa, notando cómo de tensionada estaba la joven entre sus brazos.

La letra de la canción los envolvió, y llenó el aire: hablaba de la admiración de un hombre por una mujer, de los sentimientos que lo recorrían cada vez que sus miradas se cruzaban, y del sabor de un beso compartido. Alyssa cerró los ojos, y tragó saliva. Ellos también habían compartido un beso que la había dejado confusa, y anhelante de algo, pero ¿de qué? De lo que había perdido, de lo que deseaba de nuevo tener.

—Me robas el aliento —oyó en su oído, y abrió los ojos. Era Dominic, que cantaba la última frase de la canción en él. Lo miró y se separaron. La música había cambiado, y el ritmo ahora era algo más movido.

Alyssa no supo qué hacer. Solo lo miro, y le sostuvo la mirada. La de Dominic era más intensa que nunca, y ella no sabía qué

decirle o qué hacer. Parecía que el suelo se iba a abrir bajo sus pies cuando Kylie apareció para hablar con su hermano.

—Dom, te necesito un momento —le dijo, y vio a Eva también mirando hacia él. Cuando volvió la mirada hacia Ally para disculparse, ya ni siquiera estaba a su lado, sino que se hallaba en el otro extremo del salón, cogiendo dos copas de vino de una bandeja, antes de introducirse en la sala del ventanal que daba al lago. Vio a Gabriel dirigirse hacia el mismo extremo del salón.

—Dom —ahora era Eva la que había llegado a su lado, y lo reclamaba.

Alyssa entró en la sala, nerviosa. Miró las copas de vino que llevaba en sus manos, y se dijo que era muy mala idea, pero le daba igual. Era eso, o quizá ponerse a llorar de la tensión que la recorría. Bebió el contenido de una de ellas, y colocó el cristal de la misma en su frente, tratando de refrescar sus ideas.

«Me robas el aliento» volvió a escuchar en su mente las palabras de Dominic.

Estaba confusa, y el vino no la ayudaba. No huía de Dominic; huía de sí misma, ya que no estaba segura de poder controlarse cuando él la miraba de aquella manera. Necesitaba respirar un momento a solas. ¿Qué había pasado para que perdiera la cordura en menos de dos días? Un beso de un hombre atractivo, sí. Pero ellos solo fingían un poco para Eva, y solo lo harían hasta el dos de enero. ¿En qué momento se le había ido de las manos? ¡Era absurdo preguntarse aquello de nuevo! Sabía exactamente cuándo había sido.

—Ally —oyó una voz femenina que la llamó desde la puerta.

—Layla —se giró hacia su mejor amiga, tratando de esbozar una sonrisa.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —sonrió con poca convicción—. Solo necesitaba un poco de tranquilidad. Es algo apabullante lo de fuera.

—Es cierto.

—Ey, felicidades. Es vuestro segundo aniversario —le recordó Alyssa a Layla. Sabía que Chase se había declarado en Nochebuena.

—Gracias —dijo la otra mujer, y se colocó a su lado, sonriendo—. Dos años desde que el bruto de Chase me besó por primera vez. Cómo algo así puede cambiar tantas cosas, ¿verdad?

—Sí —reconoció Alyssa. Y ni siquiera hablaba de su amiga, sino de ella misma. Todo se había vuelto del revés en poco tiempo.

—Se ha terminado el vino —anunció Layla—. Dom irá a por más al rancho.

—No sabía que había bebido tanto —bromeó Alyssa con la segunda copa en la mano antes de beber un sorbo de la misma.

—Creo que todos hemos bebido —sonrió Layla.

—Ally —el doctor Peterson se asomó por la puerta.

—Gabriel —dijo ella, sorprendida de que la estuviera buscando.

—Me preguntaba si necesitabas alguna cosa. Antes has salido corriendo del salón.

—Estoy muy bien, gracias —sonrió la mujer—. Hacía demasiado calor.

—Sí —convino el médico—. Aquí se está mejor.

—Yo voy a ver en qué puedo ser útil —se disculpó Layla, saliendo del lugar.

—Espero que lo estés pasando bien, Gabriel.

—Estupendamente. Sin embargo, no hemos bailado juntos esta noche.

—No, no lo hemos hecho —dijo Ally, tensándose repentinamente.

—Puede que en otra ocasión —respondió Gabriel, notando la reacción de la mujer, algo que no le había pasado desapercibido, al igual que la escena con el ranchero Davis de hacía un rato.

—Por supuesto.

—¿De verdad estás bien? —insistió el hombre, esperando una respuesta más sincera por parte de la mujer.

—Es solo que… es una de las primeras fiestas a las que acudo desde que estoy sola, y… no es fácil, ¿sabes? —trató de sonreír.

—Volver a la vida no es fácil, no —le dijo, comprendiendo la lectura entre líneas.

Alyssa calló durante unos largos segundos.

—Sí, eso es.

—Pero necesario para seguir avanzando, Ally.

—Sí —le sonrió. Ella quería avanzar, y hasta hacía no demasiado pensaba que lo había logrado. Era solo la Navidad. La anterior había estado entretenida con lo de Jayden y Kylie. Era solo eso.

—Venía a despedirme —dijo Gabriel después—. Ha sido un día largo.

—Sí, ha sido un día muy largo —sonrió lacónicamente ella—. Creo que yo trataré de que mi hijo suba a dormir.

—Ese pequeño se lo está pasando de miedo —rio el médico.

—Sí, lo está disfrutando mucho —caminó hacia la puerta, y el médico la siguió.

—Nos vemos en un par de días —le dijo, aduciendo a que, al día siguiente, Navidad, no abrirían el consultorio local.

—Feliz Navidad, Gabriel.

—Feliz Navidad, Ally —dijo el médico, esbozando una sonrisa antes de dirigirse hacia Eva Davis para despedirse.

Dominic se dijo que el que se hubiera acabado el vino en el hostal había resultado casi providencial. Le había dado la oportunidad de conducir hasta el rancho para respirar, y poner en perspectiva las cosas. Aún no sabía por qué le había susurrado aquella frase al oído a Alyssa. Mentira. Se mentía a sí mismo. Sí lo sabía. Era solo una canción, pero cada una de las frases de la misma le quemaba en el pecho desde hacía días. Algo lo había incitado a decirle aquellas palabras al oído; algo tan potente como la necesidad de respirar después de aguantar bajo el agua sin hacerlo. Y ella, había huido de nuevo. Dominic temió haberse equivocado una vez más con ella.

Finalmente había llevado el vino hasta el hostal, y se dio cuenta de que el médico se había ido, y Ally también. Quizá se habían ido juntos a la casa del hombre. Sintió una punzada en el estómago. Estaba siendo estúpido. Patético. No era asunto suyo, y no debería importarle.

—Gabriel Peterson dos, Dominic Davis cero —murmuró en una amarga ironía para sí mismo, mientras recogía los restos de la fiesta en el salón principal.

Eva se había marchado a dormir hacía no demasiado tiempo, y, por primera vez en muchos días le había dado un beso en la mejilla, sin órdenes, reproches o planes futuros. Le había dicho que lo quería, y lo había abrazado. Y era justo lo que había necesitado esa noche.

—Me lo he pasado muy bien, mamá —dijo Theo, una vez se quitó el disfraz y se duchó. Ally pretendía eliminar así toda la excitación de la fiesta, para que el niño pudiera dormir tranquilo.

—Me alegro mucho, cariño —le sonrió antes de arroparlo.

—¡Se me ha olvidado algo! —exclamó Theo, y se mordió el labio.

—Iré a buscarlo. ¿Qué es?

—No es nada que se pueda tocar.

—¿No? —se mostró confusa.

—Es algo que me prometió Eva.

—¿El qué, cielo? —le acarició el rostro al niño.

—Le pedí que te lanzase una de sus flechas.

—¡Vaya! ¿Y eso por qué? —Alyssa sonrió.

—Porque estás sola.

—No lo estoy; te tengo a ti, mi amor.

—Yo soy un niño, como John. El tío Jayden tiene a la tía Kylie. Tú no.

—Te tengo a ti, los tengo a ellos también, tengo a Layla…

—¡A Dominic! —interrumpió el pequeño, aguijoneándole el corazón de repente.

—A todos los Davis —corrigió Alyssa.

—Me caen bien los Davis —dijo el niño.

—Sí, a mí también, cielo. Mucho.

Los ojos de Theo se cerraron con la conversación. Había sido un día muy largo, y lleno de emociones. Ella tomó una ducha a continuación, pero no surtió el mismo efecto relajante que en el niño. No podía dormir, no con todo lo que había pasado en las

últimas horas, y las apreciaciones de su pequeño sobre flechas de Cupido dándole vueltas por la cabeza.

Dominic recogía los estragos que la fiesta había causado: papeles, copas, vasos, platos… Al día siguiente vendría el equipo de limpieza, y lo pondría todo en orden, pero el hacer algo lo entretenía, y le ayudaba a no pensar en lo que sabía que no le dejaba dormir.

—¿Necesitas ayuda? —habló Alyssa desde el pie de la escalera, después de observar cómo el hombre trataba de poner orden en el salón principal donde se había celebrado la fiesta.

—No sabía que estabas en el hostal —le dijo, sorprendido al escuchar su voz, y su ofrecimiento. La mujer vestía leggins negros y una camisa de manga larga. Ya no había rastro de la chica del oeste en ella, solo algunos rizos en el cabello.

—¿Dónde iba a estar si no? —preguntó, frunciendo el ceño.

—Cuando he vuelto con el vino, el médico se había ido, y no te he vuelto a ver. Había supuesto que…

—¿Qué me había ido con él? —lo interrumpió Alyssa, incrédula al pensar que había llegado a aquella conclusión.

—Sí, la verdad —fue sincero con ella.

Alyssa parpadeó, y retuvo el aliento un segundo, más sorprendida que molesta ante aquella afirmación del hombre.

—No soy ese tipo de mujer, Dom.

—No he querido insinuar eso —se disculpó—. Ese tipo está interesado en ti.

Alyssa lanzó una carcajada sin humor. No había sucedido nada entre el médico y ella. Y no sucedería.

—Lo siento —se mostró arrepentido, y continuó recogiendo servilletas de encima de las mesas, del suelo, y de algunos muebles para meterlas en la bolsa de basura que llevaba en la mano.

—Gabriel solo es amable conmigo. Creo que cumplo en mi trabajo con creces —dijo, e instintivamente rozó entre sus dedos la placa del grupo sanguíneo que llevaba al cuello desde esa mañana.

—Es un buen regalo —apuntó Dominic, señalando con la cabeza lo que ella frotaba entre sus dedos.

—¿Cómo sabes tú que…? —se detuvo, dejando la pregunta inconclusa. Sabía la respuesta, y suspiró antes de dar el nombre—. Eva.

—Así es —dijo, antes de seguir en su tarea.

—Está agradecido —desestimó ella, y se dispuso a justificarlo, y justificarse a sí misma—. Llegué en un momento muy delicado a su consultorio. También me ha dado una gratificación de mil dólares.

—¡Vaya! —la cifra captó la atención de Dominic. Aquello no se lo había dicho Eva.

—¡Es Navidad! —volvió a justificar Alyssa—. Yo le regalé una botella de whisky de doce años de maduración.

Dominic la miró; la creía, lo hacía. A quien no creía era al doctor Peterson, bajo aquella capa de amabilidad y generosidad, se escondía un hombre interesado en ella.

Alyssa observó las copas que aún estaban sobre algunos muebles. Decidió remangarse e ir hacia ellas para llevarlas a la cocina del hostal. Sería útil y ayudaría a Dominic, porque el sueño parecía que se le iba a resistir algo más esa noche.

—Deja que te ayude —dijo Alyssa, volviendo a hablar.

—Feliz Navidad, Ally —le deseó él. Se alegraba de tenerla cerca de nuevo.

—Feliz Navidad, Dom —sonrió suavemente mientras se dirigía a la cocina con algunas copas en sus manos.

Navidad Davis

Alyssa miró el reloj un segundo, y se dijo que no debería ser tan perezosa, pero se negaba a madrugar en la mañana de Navidad. Más cuando la noche anterior había bebido unas cuantas copas de vino, más de las que debería, y, después, había ayudado a Dominic a recoger los restos de la fiesta.

Aquel era un día festivo, y los regalos estaban bajo el árbol. Ella había colocado los suyos antes de ir a dormir, y el resto de integrantes de la familia lo habían hecho antes aún.

—Mami, ha venido Santa Claus —le dijo su hijo con una energía que no solía tener cuando lo despertaba por las mañanas para ir al colegio.

—Sí, cariño —se hizo la dormida, esperando en vano que Theo decidiera apiadarse de ella, y volver a dormir. Era una mala madre, pero a veces las malas madres también necesitaban descansar.

—¡Vamos, mami! —le dijo el niño, poniéndose de pie en la cama.

—Un poquito más, Theo —rezongó.

—¿Puedo bajar? ¿Puedo? Solo quiero ver el árbol, y los regalos.

—No abrirás nada —le advirtió.

—Solo lo miraré, te lo prometo.

—De acuerdo. Pero no hagas ruido.

—¿Puedo llevarme tu teléfono? Haré una foto, y te la enseñaré.

—Vale —respondió, alargándoselo.

—Gracias, mami. ¡Feliz Navidad! —dijo saltando de la cama para ponerse las zapatillas.

—Feliz Navidad, cariño —sonrió ella al verlo salir por la puerta. Se volvió a tapar con el edredón, y se acurrucó en el lecho, sintiéndose bien de repente.

—¡Halaaaa! —exclamó el niño llegando al árbol, viéndolo tan lleno de regalos. Pero era normal: en la familia Davis eran muchos, y Santa Claus tenía trabajo extra con ellos. Sabía que allí estaban sus regalos también. Sonrió pensándolo. ¿Pasaría algo si echaba un vistazo entre los paquetes para buscar los que llevaban su nombre en la etiqueta? No, seguro que no pasaría nada.

—Yo que tú no haría eso, jovencito —alguien que había estado observando la escena lo detuvo, y el pequeño se sobresaltó, antes de mirar quién era.

—¡Dom! —dijo, aliviado al ver al hombre que, taza en mano, lo observaba.

—Siento haberte asustado —se disculpó, y esbozó una sonrisa. El niño se puso colorado; lo había pillado con las manos en la masa.

—¡Feliz Navidad, Dom! —exclamó el pequeño a modo de disculpa, y fue hacia él para abrazarlo.

El hombre dejó la taza sobre la mesa más cercana, para ponerse a la altura del niño, y cogerlo entre sus brazos.

—Feliz Navidad, Theo.

—Siento haber…

—¿Querido buscar tus regalos? —terminó la frase por él, subiendo una ceja.

—Sí —bajó la cabeza—. Solo quería ver cuántos tenía, no pensaba abrirlos.

Dom esbozó una sonrisa; él también lo había hecho de pequeño, y, en una ocasión, había resultado un desastre.

—Solo hay que esperar un poco, hasta que el resto baje.

—¿Tardarán mucho? —el niño se mostró impaciente.

—Te aseguro que no. ¿Tu madre aún duerme?

—No, solo se hace la dormida, para tratar de que yo siga durmiendo. A veces lo hace, los domingos.

Dominic esbozó una sonrisa.

—¿Qué te parece si le llevas un café? Seguro que le viene bien.

—Vale. Pero primero tengo que hacer una foto al árbol, prometí enseñárselo —el pequeño blandió el teléfono de Alyssa, y se dispuso a hacerla.

—¿Y si nos hacemos otra juntos al lado del árbol? —propuso Dominic.

—¡Sí! —el niño se mostró emocionado con la idea.

Dominic se agachó al lado de Theo con el árbol a espaldas de ambos, estiró el brazo, y pulsó el botón.

—Listo —dijo—. Espero que me la envíes para tenerla de recuerdo.

—¿Otra con cara divertida? —propuso el niño, Dominic sonrió, y se dijo: ¿por qué no? Sí, bueno, tenía treinta y tres años ¿y qué? Tampoco es que fuera a ponerla en su curriculum.

—Vale. ¡Cara divertida! —ambos la pusieron, y Dominic disparó la fotografía.

—Ahora te las mando —prometió el pequeño, trasteando con el móvil de su madre.

—Yo le prepararé el café a tu madre mientras —dijo, yendo a la cocina.

Poco después le dio al pequeño una taza de cartón con tapa. En el hostal las solían usar todo el tiempo para los clientes que lo pedían para salir al lago, dar un paseo por los alrededores, o incluso para los que lo subían a las habitaciones.

—Un café, mami —dijo el niño, llegando a la habitación de nuevo.

—¿Me has hecho un café? —Se sorprendió Ally al verlo con un vaso en su pequeña mano, antes de incorporarse para cogerlo.

—Yo no, ha sido Dom. Dijo que te vendría bien.

Alyssa sonrió, y algo se removió en ella ¿cuánto hacía que un hombre no le llevaba el desayuno a la cama? Bueno, no era exactamente un desayuno, pero era un café, y Dios sabía que lo iba a necesitar esa mañana.

—Mira, el árbol —le enseñó la foto que había hecho abajo, mostrándole la pantalla del teléfono mientras ella le quitaba la tapa al café.

—¡Cuántos regalos! —Alyssa se mostró sorprendida.

—Aquí son muchos, es normal —razonó el niño, y le volvió a enseñar la pantalla del teléfono—. Y una foto con Dom.

La mujer sopló el café, y bebió un poco del mismo, intentando que se le bajara el nudo que se le había formado en la garganta al ver la imagen navideña del hombre al lado del niño con el árbol a sus espaldas. Le acarició la cabeza, y miró a Theo.

—También nos hemos hecho una divertida —le mostró la siguiente imagen en la que el pequeño se metía los dedos en la boca, y se la alargaba y Dom con los ojos bizcos sacaba la lengua.

Alyssa casi escupe el café al verla. Rio con su hijo.

—¿A que estamos guais, mami? —le preguntó de nuevo, feliz al ver que a ella le había gustado.

—Estáis muy guais —esbozó una sonrisa, y se dijo que Dom era un hombre especial.

—¿Bajamos, mami? —le propuso—. Quiero estar cuando baje Eva.

—¿Por qué Eva? —preguntó, extrañada, y algo suspicaz.

—Me ha dicho Dom que es la primera siempre. ¿Puedo ir a despertar al tío Jay?

—No, no puedes ir a despertar al tío Jayden, cariño.

—¿Bajamos cuando te tomes el café, mami? —el niño hizo una concesión.

—Estoy en pijama, cielo.

—Dom también está en pijama, y seguro que la tía Eva también lo estará.

«Tía Eva»… a Ally se le cortó la respiración un instante, y se dijo que necesitaba más azúcar en el café. Esperaba que la mujer no le hubiera dicho a su hijo nada acerca de Dom y ella. «Dios, Ally, céntrate» —pensó—. Eva es un huracán, pero no le haría eso a tu hijo. ¿Verdad?

—¿Tía Eva? —preguntó lanzándose al vacío.

—Es la tía de John, me equivoqué un día, y la llamé así. Ella me dijo que no le importaba si me equivocaba. ¿Está mal?

—No cariño, está bien. Es una persona a la que queremos.

El niño sonrió tranquilo, ajeno al torbellino de emociones que había sentido su madre en un solo instante con aquella palabra de solo tres letras.

—¡No ha bajado nadie! —exclamó Theo, con decepción en su voz, al llegar de nuevo al lado del árbol.

—No, aún no —dijo Dominic, sentado en uno de los sillones.

—¿Cuándo vamos a abrir los regalos? —preguntó, impaciente, y Dominic sonrió.

Se levantó, y tomó un regalo de la parte de atrás del árbol. Él lo había puesto allí.

—Creo que podemos empezar por este —anunció el hombre, y le mostró un pequeño paquete—. No es de Santa Claus, es algo de mi parte.

—¿Me has comprado algo? —el niño se mostró sorprendido, pensando en galletas, o chocolates.

—No exactamente, es algo que quiero que tengas. ¡Ábrelo, y te cuento!

Dominic se volvió a sentar en el sillón, y observó al niño rasgar el papel, y abrir la caja.

—¡Unas espuelas! ¡Halaaa! —sonrió el niño con ellas en la mano.

—Mi abuelo se las regaló a Chase para que aprendiera a montar. Chase se las dio a Tyler, Tyler me las dio a mí, y yo ahora te las doy a ti. Cuando tú aprendas, se las tendrás que dar a John.

—¡Wow! —exclamó, observándolas—. ¿Me vas a enseñar a montar?

—Si tu madre nos da permiso, sí. Este verano.

—¡Gracias, Dom! —dijo el niño, y se le colgó del cuello para abrazarlo con fuerza.

—Lleva el papel de regalo a la basura de la cocina antes de que alguien se entere de que hemos abierto uno —le pidió el hombre.

—Sí, claro —el niño dejó las espuelas en la caja, sobre la mesita de al lado del sillón, y salió del lugar.

Alyssa bajó las escaleras, y se encontró con Dominic, sentado en uno de los sillones al lado del árbol. No había rastro de su hijo, y esperaba que no hubiera ido a despertar a Jayden.

—Buenos días —le dijo, cruzándose de brazos, frente a él.

—Buenos días, Ally —el hombre sonrió hacia ella, y la observó. Había bajado vestida con un pijama rojo con el pantalón de cuadros, y seguía estando preciosa.

—Pensaba que Theo estaba contigo —le dijo.

—Ha ido a llevar algo a la basura de la cocina —le informó.

—¿Habéis abierto un regalo? —La mirada de Alyssa se desvió a la caja mal cerrada que había al lado de Jayden.

—No es lo que piensas. ¿Has dormido bien?

—La cama es cómoda, pero tengo un niño emocionado por Navidad.

—Lo siento —él sonrió.

—Gracias por el café —le dijo—. Tú no debes haber dormido mucho.

—De nada. No ha sido mi mejor noche de sueño, no. Pero he dormido bien, aunque haya sido escaso.

—¿Preocupaciones? —se interesó, y él la miró.

—Algo así —respondió, sin dejar de observarla.

—¡Buenos días! —exclamó Eva llegando hasta ellos en pijama, como Theo le había dicho un rato antes—. ¡Estáis los dos solos aquí! ¡Y en pijama! ¡Vaya, vaya, vaya!

—Eva —dijo Dominic en tono de advertencia.

—No he dicho nada —la joven subió los brazos, mostrando inocencia—. Solo que me alegro.

—Yo acabo de bajar —se excusó Alyssa.

—Y ya estáis abriendo regalos —los acusó, dirigiéndose hacia la caja, curiosa por saber qué se habían regalado entre ellos.

—Es para Theo —explicó Dominic.

—¡Eva! —gritó el niño al verla—. ¡Feliz Navidad!

—¡Feliz Navidad, cariño! —lo felicitó, poniéndose a su altura para abrazarlo.

El pequeño se dirigió hacia la caja que estaba sobre la mesa, la tomó en su mano, y le quitó la tapa, para enseñársela a su madre.

—Mira, mamá, me las ha regalado Dom. No es un regalo de Santa —se justificó, diciendo que no habían abierto nada de lo que

había llevado Santa Claus—. Si tú me dejas, me enseñará a montar, y podré ponérmelas. ¿Puede hacerlo? ¿Puede enseñarme?

—Hace frío, cariño.

—En verano —aclaró Dominic.

—Cuando llegue verano te diré, ¿vale? Supongo que sí.

—Gracias, mamá.

—¿Esas son las espuelas del abuelo? —preguntó Eva, subiendo una ceja a la vez que sonreía.

—John es demasiado pequeño para ellas aún —desestimó Dominic.

—Yo se las daré cuando sea como yo —dijo el niño, prometiéndolo.

—¿Del abuelo? —quiso saber Alyssa.

—El abuelo de Dom se las dio a Chase; luego a Tyler y luego a él —explicó el niño, dejando aún más sorprendida a Alyssa.

Dominic le regalaba algo que era una herencia familiar a su hijo. Tragó saliva, y lo miró.

—¿Kylie y tú no las usasteis? —preguntó el niño mirando a Eva.

—La abuela nos dio unas para nosotras, de chicas nos dijo, con más estilo que esas, y las tengo yo. Cuando vayas al rancho puedo enseñártelas.

—¿Se las darás a Felicity?

—Es posible —respondió, observando que los otros dos adultos de la sala debían hablar, no sabía por qué, pero sentía que Dom no le había dicho nada acerca del regalo a Alyssa—. ¿Qué te parece si vamos a despertar al primo John? Creo que es hora de que baje, y veamos todos qué nos ha dejado Santa Claus.

Eva salió de la estancia con Theo de la mano, emocionado ante la idea de comenzar a abrir los regalos juntos.

—¿Le has regalado un legado familiar a mi hijo, Dom? —preguntó Alyssa, que aún no sabía qué pensar acerca del obsequio.

—Solo es un préstamo. Luego serán para John.

—Es algo que deberías haber guardado para tu hijo, Dom —le dijo.

—Tengo treinta y tres años, y todavía no tengo ninguno. Si sucede algún día supongo que John no tenga reparo en pasárselas.

—Pero Theo no es… —«tu hijo» pensó, pero no lo verbalizó.

—Es un buen chico —respondió él, y apretó la mandíbula después de decirlo, pensando en que le gustaría que fuera «su chico»—. Estoy seguro de que John y él serán inseparables, y terribles. Si pueden usarlas los dos, estará bien. Mejor que guardadas perdiendo el brillo.

Alyssa tragó saliva de nuevo, y dio la respuesta por válida. Ni siquiera había terminado bien de amanecer y el cowboy ya la había desarmado un puñado de veces esa mañana.

—Gracias. Es un gran detalle por tu parte. —respiró ella, tratando de sonar natural—. Creo que iré a cambiarme de ropa.

Regalos y sentimientos

Los días de Nochebuena y Navidad habían resultado agotadores, y se dijo que no solo en lo físico, sino también emocionalmente. Quizá solo estaba dándole demasiadas vueltas a todo.

Llegó al trabajo, y le deseó Feliz Navidad a Maya Wells, la recepcionista. Se cambió de ropa, y se puso el uniforme antes de colocar su nuevo maletín de enfermera sobre la mesa del escritorio para sentarse frente a él, y observarlo en silencio. Lo tocó, era suave. Siempre había querido tener uno, pero, cuando trabajaba en el hospital no había tenido sentido. Siempre estaba en planta. Sin embargo, en un pueblo como Ennis, en el que hacían visitas a domicilio en ocasiones, le resultaría de lo más útil.

Sonrió recordando que había sido Dominic quien se lo había regalado, y que ella debía haberse sorprendido bastante, porque él sonreía satisfecho, cuando lo descubrió tras abrir la caja que lo contenía. Ni siquiera lo había pensado; simplemente se lanzó hacia él, y lo abrazó con fuerza. No lo recordaba bien, pero probablemente había dicho la palabra «gracias» en demasiadas ocasiones. Hacía mucho tiempo que un regalo no la ilusionaba tanto. De lo que sí se acordaba era de que él la había apretado contra su pecho con fuerza, y le había dicho al oído que ella lo merecía todo. Se estremeció con el recuerdo y tragó saliva a la vez que cerraba los ojos un instante. Rozó con los dedos el grabado dorado que tenía impreso en él: «Alyssa». Su nombre de pila, no estaba su apellido, no había una inicial más. Claro que… bueno, ella seguía usando el

de su marido, Murphy, aunque podría haber vuelto a usar el de soltera, Keller. Tal vez él había entendido su duda.

Unos nudillos tocaron a la puerta.

—¡Adelante!

—¡Feliz Navidad, Ally! —exclamó Gabriel Peterson entrando en la consulta de la enfermera.

—Feliz Navidad, Gabriel.

—Ya sabes que puedes llamarme Gabe si no hay pacientes cerca —le guiñó un ojo—. Espero que pasaras un gran día de Navidad.

—Lo hice, espero que tú también.

—Bueno, me llamaron del hospital por la tarde para cubrir una guardia —el hombre hizo una mueca de disgusto, y, después, se fijó en el maletín que tenía la mujer sobre el escritorio y lo señaló con la cabeza—. ¿Regalo de Santa?

—Así es —confirmó ella con una sonrisa.

—¿Puedo? —preguntó si podía cogerlo.

—Adelante.

—Es muy bueno —confirmó el hombre al tomarlo entre sus manos—. ¡Vaya! Ese Santa debe apreciarte mucho, no es un regalo cualquiera.

—Parece que soy afortunada —dijo ella, sintiendo el rubor subir a sus mejillas, sin saber por qué.

—Alyssa —el médico leyó el grabado.

—Es un grabado muy bonito.

—Además de útil. Por si te vuelves a casar, puedes añadir el apellido más adelante —dijo él, dirigiéndole una mirada intensa.

—No creo que… —fue a negar aquel punto.

—¡Venga, Ally! Eres una mujer joven, y atractiva. Sucederá en algún momento, y lo sabes.

—No es algo que esté en mis intereses —dijo ella, cogiendo el maletín para ponerlo en una mesa unos metros más allá. Más tarde cambiaría el contenido del que usaba habitualmente para los desplazamientos a domicilio hacia el nuevo.

—De acuerdo. Recuerda que debemos hablar sobre el congreso pediátrico de finales del mes que viene.

—Sí, lo haremos —dijo ella y sintió que fue algo cortante.

—Nos vemos más tarde —dijo el médico, observándola durante unos segundos. Ella se había vuelto a tensar con aquel asunto.

***

—Me gusta tu nueva hebilla. ¿Eva? —preguntó Tyler al ver el nuevo complemento de su hermano Dominic, mientras trabajaban esa mañana echando heno en el campo con la camioneta.

—Sí, bueno, Santa se portó bien conmigo. Pero no fue ella, fue Ally.

—Tiene buen gusto —alabó el hombre—. ¿Se lo pasó bien en Nochebuena? Chase me dijo que se quedó a dormir en el rancho con Theo.

—Si te soy totalmente sincero, no lo sé. Hay veces que creo que sí lo hace, que lo pasa bien, y hay otras que… es como si se culpara por hacerlo. No sé si tiene mucho sentido esto que digo.

—Lo tiene —afirmó Tyler—. Esa joven ha pasado por demasiado sola. Necesita tiempo para ir cerrando heridas, como yo lo necesité. Me alegra que mamá decidiera apoyarla con el niño. Mi hija y Theo se están convirtiendo en grandes amigos.

—Es un muchacho estupendo, ¿verdad? —preguntó Dominic, con una sonrisa, y un deje de orgullo en su voz.

Tyler subió una ceja.

—Y tiene una madre muy guapa —añadió Tyler, queriendo comprobar algo.

—Sí —Dominic no pudo evitar sonreír mientras cortaba las cuerdas del paquete de heno antes de echarlo sobre la nieve.

—Y a ti te gustan los dos: la madre, y el niño —afirmó Tyler, mirando a su hermano, que cambió el gesto de repente.

—Me caen bien —respondió. No sabía cómo había sido, pero su hermano le había lanzado un anzuelo, y él había picado.

—¿Tú no estabas saliendo con una mujer que te gustaba mucho? Porque recuerdo al menos dos conversaciones en la mesa al respecto hará un par de semanas —Tyler hizo memoria, y se dijo que ambas tuvieron algo en común—. Dos conversaciones en las qué… ¡Oh, santo cielo! ¿Es ella? ¿Es Alyssa?

Dominic se sintió molesto, cerró la parte trasera de la camioneta, y se dirigió al asiento del copiloto para sentarse de nuevo, y seguir con el camino.

—¿Piensas responderme antes de que termine el año? —preguntó antes de detener el vehículo una vez más, metros más allá.

—Está bien. Ally me ayudó con la insistente de Eva. Me lanzó el salvavidas para que pareciera que estoy saliendo con alguien, y que nuestra hermana me deje en paz.

—Ajá —Tyler volvió a entrecerrar los ojos, y miró a su hermano. No estaba siendo claro con él.

—Deja de mirarme así, ¿de acuerdo? —Dominic volvió a tirar de otro paquete de heno que cayó, luego cortó las cuerdas para deshacerlo, y le dio una patada con la bota para abrirlo.

—Y te diste cuenta de que te gusta.

—¿De qué demonios estás hablando? —Dominic levantó una ceja, molesto con su hermano, por ser tan perceptivo.

—Nada —dijo, y lo miró mientras cerraba de nuevo la parte trasera de la camioneta.

—Eva me regaló un *Stetson*, blanco —dijo una vez que ambos estuvieron de nuevo dentro del vehículo.

—Ah, ¿sí? ¿Para el día de tu boda? —preguntó Tyler, jocoso, antes de echarse a reír. Dominic sacudió la cabeza, y miró por la ventanilla, esbozando una sonrisa.

Café a tres

Alyssa esperaba en la puerta del café a su amiga Layla; habían quedado para compartir un café, y charlar un rato. Desde el día de Navidad no se habían visto, y ni siquiera entonces pudieron charlar a solas en la abarrotada casa Davis.

—Llego tarde. Lo siento —se disculpó Layla, subiendo los escalones del porche del local, antes de abrazar a su amiga brevemente.

—¿Te has dormido? —preguntó la otra.

—Sí, de hecho, habría seguido en la cama si no hubiera sido porque me apetecía quedar un rato contigo antes de ir al trabajo.

—Podrías haberlo hecho. Ya nos veríamos en otro momento.

—Ni hablar, me apetecía. La Navidad está siendo apabullante. Necesitaba una charla normal con una persona adulta, para variar.

Alyssa sonrió.

—¿Mucho trabajo?

—Tengo muchos más niños que el año pasado en la biblioteca.

—Eres muy buena, Layla. Todos se quieren apuntar a tus actividades.

—Voy a proponer al consejo que contraten a alguien más. Con Emma de excedencia, no doy abasto yo sola.

—Eso estaría muy bien.

—Bien, dejemos de hablar de mí, y hablemos de ti. Ya vi que tanto Theo como tú ibais conjuntados con ya sabes quién —la mujer arqueó las cejas, y Alyssa rio.

—Fue cosa de Eva. Bueno, eso me dijo él.

—Sí, estabais muy guapos —miró su teléfono y buscó la fotografía en la que los tres posaban juntos, y se la enseñó.

—¿Por qué yo no la tengo? —se quejó Alyssa.

—Se me había olvidado enviártela —rio su amiga—. Y ahora me vas a decir el motivo por el cual después de esta fotografía te fuiste de allí, y lo dejaste solo toda la noche.

—¡No es cierto! —mintió vehementemente—. Estuvimos bailando.

—Sí. Y cuando terminó la canción volviste a salir huyendo, y te encontré en otra sala. ¿Qué pasó, Ally?

—No lo sé, es… complicado.

—Define complicado.

—Estamos fingiendo para Eva.

—¿En serio? —Layla entrecerró los ojos. No la creía—. Me temo que tratas de fingir, sí, pero para ti misma.

Alyssa negó con la cabeza, sonriendo. Sus mejillas se tornaron encarnadas.

—Y cuando sales corriendo —añadió su amiga—, no huyes de él, sino de ti también, porque ese hombre te gusta.

Alyssa bajó la cabeza, y tragó saliva. Puede que Layla tuviera razón.

—Su hermana y mi hermano son pareja, y tienen un hijo. No es buena idea —dijo sin convicción.

—Mira Ally, te lo dije el día de Bozeman, y te lo vuelvo a repetir: coge todo lo que la vida quiera darte.

La puerta del local se abrió, y una ráfaga de aire helado llegó hasta ellas, que miraron en aquella dirección. Era Dominic que, al verlas, sonrió, y caminó hacia donde estaban ambas.

—La vida se empeña en darte un mensaje, Ally —canturreó Layla.

—¡Buenos días, chicas! ¿Puedo invitaros al café?

—Buenos días, Dom. Por supuesto —dijo Layla.

—Hola, Dom —saludó Alyssa, y él le dedicó una cálida sonrisa.

—¿Qué hacéis tan temprano por aquí? —el hombre se frotó las manos, tratando de entrar en calor.

—Hemos quedado para vernos cinco minutos —dijo Layla—, porque yo tengo que irme a la biblioteca.

—¿No abría a las diez? —preguntó Dominic, extrañado. Apenas si eran las ocho y media de la mañana.

—Sí, pero quiero llegar antes para preparar algunas actividades para esta semana.

Alyssa subió una ceja, y miró a su amiga, incrédula. Era la primera noticia que tenía de ello.

Cuando llegaron al final de la cola, hicieron el pedido y les dieron los cafés. Layla se despidió de Alyssa con un abrazo.

—Mentirosa —le susurró al oído, y ésta le guiñó un ojo antes de salir del local y caminar calle abajo.

—¿Qué tal estás? —preguntó Dominic.

—Bien, mmmm —Alyssa dudó. Su amiga la acababa de poner nerviosa—. Yo también tengo que irme al trabajo si quiero llegar para las nueve, he venido caminando.

—Puedo llevarte —se ofreció él.

—Debo hacer algo de ejercicio. Paso casi cinco horas al día en una consulta.

—¿Puedo acompañarte? —preguntó él.

Alyssa abrió la boca para decirle que no, pero entonces recordó a su amiga Layla diciéndole que huía de él. Y no era cierto.

—¡Claro! —respondió en cambio, ella no huía de él, Layla no tenía razón.

Dominic le sonrió, y ella se dijo que, de nuevo, tenía ganas de huir de él, y que era cierto. ¿Por qué se mentía a sí misma? ¡Era absurdo!

—¿Estás bien? —preguntó Dominic, viendo cómo ella se perdía en algún pensamiento interno con algún microgesto de disgusto.

—Sí —sonrió, y mintió—, solo estaba recordando algo de un paciente.

—En ese caso… cuando quieras —abrió la mano para dejarle paso hacia la salida.

El aire invernal de Montana la recibió en la puerta, pero, al lado de Dominic, parecía menos gélido.

—Creerás que estoy loca por ir a trabajar caminando en pleno invierno —comenzó la conversación ella.

—No creo eso de ti, para nada.

—No me gusta ir al gimnasio, lo siento. Prefiero el aire libre, aunque sea como este. Y aunque me gustase el gimnasio, dudo que tuviera tiempo de hacerlo.

—Te admiro, Ally.

—¿Por caminar bajo el invierno de Montana? —sonrió ella.

—Puede que eso también —esbozó una suave sonrisa—. Me refiero a… no sé, eres una madre trabajadora, y, además, has conseguido que Theo sea un chico estupendo.

—Gracias —respondió sonriendo.

—No, en serio, has pasado por tantas cosas tú sola. Y aquí sigues, poniéndole una sonrisa a la vida.

—No te diré que haya sido fácil, porque mentiría.

—Eres muy valiente, Ally.

—¡Basta! O harás que me ruborice —ella rio, y Dominic se dijo que le gustaba el sonido de la risa de la mujer. Le sonrió y la miró intensamente, mientras ella desviaba la vista, y miraba hacia el frente.

—¿Irás a la fiesta de Fin de Año? —le preguntó.

—No lo sé. La Navidad está siendo muy intensa este año, ¿sabes?

—Me gustaría verte allí —le confesó Dominic, y ella se sintió extrañamente confortada en su interior.

Lo miró con una suave sonrisa, y él sostuvo su mirada. Después la mujer observó que él llevaba puesta la hebilla que le había regalado en Navidad, y sonrió.

—Seguro que a Eva también le gustaría que fuera.

—No lo dudes ni por un segundo.

Ally rio, y el vaho de su aliento formó una pequeña nube que se evaporó poco después.

—¿Qué puede tener preparado para nosotros en esta ocasión? Puede que debas decirme cómo vas a ir vestido.

—Te mandaré una foto —le dijo, y sonrió.

Alyssa se detuvo a beber un sorbo de café un instante, mientras observaba el árbol navideño del pueblo, en su camino. Dominic la imitó.

—Me encanta Ennis —dijo ella de repente—. Cuando John me dijo de mudarnos a un pequeño pueblo del suroeste de Montana tuve mis reservas. Pero ahora…

—Te has enamorado de este sitio.

—Sí —sonrió ella, melancólica—. La vida es más sencilla que en Billings, y me he dado cuenta de que no echo de menos la ciudad. Aquí tengo a Layla, tengo a Jayden, y, bendita sea tu hermana, Kylie lo hace muy feliz, y le ha dado un hijo. Él se lo merece, no sabes cuánto.

La mujer reanudó la marcha, y él la acompañó en silencio, intentando no pensar en cuánto le gustaba aquel silencio compartido.

—También me tienes a mí, Ally —le dijo, dejando que una punzada de celos hablase por él. Quería formar parte de su vida, y de su anhelo; que cada vez que pensase en Ennis, también pensara en él.

Ella sonrió de forma nerviosa. Sí, también lo tenía a él. Dominic era parte del paisaje de Ennis, pero… Layla volvía a tener razón: huía de él todo el tiempo.

—Sí —respondió ella, casi en un susurro, seguido de una sonrisa hacia el hombre.

Dominic no necesitaba más palabras; se sintió bien de repente. Un «sí» de ella, seguido de una sonrisa, resultaba más valioso que un millón juntas. Le bastaba para sentir que el día había valido la pena.

—Hemos llegado —anunció él con cierta pena, y ella captó el matiz en su voz.

—Sí —dijo, con una sonrisa antes de bromear—. Hora de atender indigestiones navideñas.

—Que tengas un buen día, Ally —le deseó.

—Gracias, tú también.

Dominic esperó en la acera, mientras Alyssa cruzaba la puerta del consultorio de Ennis hacia el interior de su trabajo. Ahora él solo

tenía que deshacer el camino andado, para volver a su camioneta bajo el intenso frío del invierno de Montana.

Psicología fraternal

Jayden llegó a casa de Alyssa con el pequeño Theo, que después de darle un beso a su madre, subió corriendo al baño.

—Gracias por traerlo.

—No importa —Jayden miró con curiosidad a su hermana, que preparaba una ensalada para la cena.

—¿Tratando de descifrar mi psique? —preguntó ella, sonando divertida. Conocía aquella mirada de su hermano.

—Puede —Jayden tomó un fruto seco de un cuenco, y se lo introdujo en la boca, sin dejar de mirar a su hermana.

—¿Es para seguir entrenado?

—Puede.

—Mientras no me inyectes suero de la verdad, todo irá bien —bromeó ella.

—Ya —Jayden sonrió—. Me ha dicho Kylie que no creías que fueras a ir a la fiesta de Fin de Año.

—Así es.

—¿Y Theo?

—Ya estuvo en la de Nochebuena, y en Navidad.

—Pero sabes que al niño le encantará. El año pasado lo hizo.

—Podemos volver a nuestra fiesta en diferido en casa horas antes.

—No vamos a volver a eso, Ally —desestimó Jayden, recordando que hacía un par de años, Kylie y él se pasaron por casa de su hermana para hacer la cuenta atrás de medianoche con una grabación de tv antigua de Times Square para que Theo disfrutara

de ello. Entendía que su hermana estaba de duelo, era la primera Navidad sin John, pero aquello había pasado. El año anterior tanto Theo como ella habían ido al hostal del lago.

—Puedes llevarte a Theo si quieres, Jay.

—Sí, puedo. Pero lo que no puedo es dejarte sola en la noche de fin de año. ¿En serio? ¿Qué harás?

—Verlo por la tele mientras me tomo una copa cómodamente instalada en mi sofá —le dijo—. No tendré que buscar un vestido elegante, ni peinarme ni maquillarme.

—¡Venga ya, Ally! A ti también te encantó hacer todo eso para fin de año el año pasado en el lago.

—No quiero parecer pesada con tu familia política, Jay —dijo ella —. Hace un mes que mi hijo está allí casi a diario. Yo misma estoy allí casi a diario.

—Les encanta tener a Theo, y les gusta que vayas —desestimó él.

—¡Mami! —bajó el niño a toda prisa—. Voy a la ducha, ¿vale? ¿Me da tiempo?

—Claro, cariño. Tranquilo.

Theo subió las escaleras de nuevo.

—¡Por Dios, Ally! Tu hijo tiene siete años, y se ducha solo. No da trabajo ninguno. Nunca.

—Puedes llevarlo a la fiesta, no me voy a oponer —dijo ella.

Jayden volvió a observar a su hermana de forma intensa, escrutándola. Había algo que no pensaba decirle, pero…

—¿Es por Dominic?

—¿¡Qué!? —preguntó, sorprendida.

—El que no quieras ir a la fiesta.

—No tengo ningún problema con él.

—¿En serio, Ally?

—En serio. De verdad. Ayer… Layla y yo nos lo encontramos en el café del pueblo por la mañana. Estuvimos hablando. Todo está bien.

—¿Y por qué siento que ahora estás tratando de justificar excesivamente el que todo está bien con él?

—No sé, ¿Porque eres un exmarine con demasiado tiempo libre y hace mucho que no torturas a un sospechoso?

—Yo no hacía eso.

—¿Seguro? —Alyssa subió una ceja.

Jayden entrecerró los ojos, escrutando de nuevo a su hermana. Las maniobras de distracción que ella trataba de hacer no eran tan buenas como se pensaba.

—¿Dom te ha hecho algo? —preguntó, serio.

—No —respondió con tranquilidad.

—¿Ha intentado propasarse contigo?

—¡No! —Alyssa lo miró como si hubiera perdido la razón. No podía imaginar a un hombre como Dominic haciendo aquello.

—Vale —dijo, aparentando tranquilidad—. ¿Entonces por qué huías de él en Nochebuena?

Ally abrió la boca para responder, sorprendida por que no solo Layla se hubiera dado cuenta, sino que Jayden también lo había hecho. ¿De verdad que en una fiesta llena de gente todos habían estado pendientes de ella?

—Yo… necesitaba estar a solas.

—Cada uno en un extremo opuesto del salón durante varias horas. Él mirándote cuando no te dabas cuenta.

—¿Me miraba? —preguntó Alyssa, sin ser consciente del error que había cometido con su hermano.

—Lo hacía, todo el tiempo —confirmó Jayden.

Algo se removió en el estómago de la mujer. Quizá tenía hambre se dijo a sí misma, desestimándolo.

—Luego Eva, y él, se acercaron a ti, ella se llevó al médico y bailasteis. Y después, él te dijo algo al oído, y tú te fuiste corriendo con dos copas de vino.

—¡Dios! Debes haber sido muy bueno en tu trabajo —le dijo ella, tratando de poner una nota de humor en el escrutinio tan exhaustivo que le había realizado durante la fiesta.

—¿Qué te dijo, Ally?

—Nada —respondió ella, tratando de mostrar tranquilidad.

—No saliste corriendo a beberte dos copas de vino por nada, Ally.

—Fue una tontería. Él… me… —Alyssa miró a su hermano, dudando si decírselo—. Me… cantó la última frase de la canción que bailamos. ¿Vale?

—¿Te estás quedando conmigo? —preguntó Jayden, extrañado.

—No me estoy quedando contigo, Jay. Sabes leer en los sospechosos. Sabes que te estoy diciendo la verdad. Dominic me cantó la última frase de la canción. Ya está, ¿vale? Solo fue eso.

—«Me robas el aliento» —dijo Jayden, mirando cómo su hermana se estremeció imperceptiblemente al escuchar la frase.

Alyssa continuó haciendo la ensalada, pero la mano que manejaba el cuchillo ya no le pareció tan firme como antes, mientras cortaba los tomates en trozos sobre la encimera.

—Creo que me bloqueé.

—Te asustó —afirmó Jayden, dirigiéndose hasta ella para detener la mano que manejaba el cuchillo—. Ya lo hago yo.

Ella dejó el utensilio, y su hermano se lavó las manos en el fregadero, dándole espacio, y tiempo a ordenar las ideas en su cabeza, mientras que ella se las limpiaba en una servilleta de papel.

—Es solo el estúpido plan de Eva con Dominic —se justificó ella.

—Un plan que, por momentos, se vuelve real —la ayudó él.

—La cita a ciegas —enumeró ella.

—El mercadillo de Navidad —dijo él, sabiendo que allí había ocurrido algo entre ambos. Aquel había sido el detonante de todo lo que había sucedido después; su hermana nerviosa, la negativa a ir a la fiesta de disfraces, tratar de escapar de él durante la misma… No la iba a presionar si no se lo quería contar.

—Sí —admitió ella—. Estuvimos hablando y…

La mente de Alyssa voló al beso que le había dado esa noche, cuando se habían despedido tras el mercadillo. Un suspiro casi imperceptible, excepto para el entrenado oído de Jayden, fue exhalado por la mujer, diciéndole que, efectivamente, esa noche había supuesto un antes y un después.

—Estaría bien que admitieras que Dominic te gusta, Ally —le dijo, cortando los tomates, con naturalidad.

—Pero… —comenzó a decir, pero no supo cómo continuar durante unos instantes—. John era tu amigo.

—Sí, Ally. John era mi amigo. Pero tú eres mi hermana, y te quiero. Hace tres años que John se fue. Y tú tienes que seguir adelante.

—No es fácil —exhaló el aire que había estado reteniendo.

—Esconder la cabeza bajo la tierra no es una solución, y no funciona.

—No, supongo que no —admitió ella.

—¡Estoy hambriento! —exclamó Theo al llegar a la cocina de nuevo, recién duchado.

Alyssa sonrió, y Jayden la besó en la mejilla antes de besar a su sobrino, e irse al rancho.

¿Podía admitirse que Dominic le gustaba? Sí, podía hacerlo. Respiró hondo, y sonrió. El cowboy le gustaba.

Eva, la insistente

Alyssa se dijo que se sentía bien esa mañana y, además, no hacía mal día. El invierno seguía presente en Ennis, aunque había días mucho peores que aquel. El sol brillaba, y algunas tímidas gotas de agua caían de los tejados. Theo estaba en una actividad de la biblioteca, y el aire frío de Ennis la despejaba. Solo le quedaban un par de recados antes de volver a casa, guardar la compra, y marcharse al trabajo por la tarde.

—¡Hola, Ally! —la saludó Eva, poniéndose a su lado en la calle.

—Buenos días, Eva.

—¿Puedo invitarte a un café?

—Voy un poco justa de tiempo.

—¿Qué te parece entonces si cenas con nosotros esta noche?

—De acuerdo. Tomemos ese café —dijo Alyssa, quien a pesar de haber admitido alguna que otra cosa, aún trataba de hacerse a la idea, manteniendo las distancias con los Davis, o más concretamente con Dominic. Le ponía nerviosa la idea de cenar con ellos… con él. O que surgiera alguna conversación incómoda, como había pasado con anterioridad.

Eva se mostró satisfecha y sonriente, y se dirigieron a una de las cafeterías del pueblo, donde pidieron, llevándose las tazas a una mesa.

—Kylie me ha dicho que no vas a ir a la fiesta de fin de año —le lanzó a bocajarro nada más sentarse.

—Ha sido una Navidad muy intensa; he vuelto a trabajar, y tenemos muchos pacientes estos días —dijo ella, en su descargo.

—¡Vaya! Es curioso, porque había hablado con Dom, y me había dado a entender que irías.

—¿En serio? —Alyssa se mostró algo incómoda; no le había dicho a Dominic que iría a la fiesta, probablemente solo le había dado a entender que se lo pensaría.

—Sí, bueno. Él no me dijo lo contrario. ¿Habéis hablado últimamente?

Alyssa no era un Marine entrenado como Jayden, pero supo que Eva estaba tendiéndole una trampa. La huida de Nochebuena le seguía pasando factura. ¿Tan evidente había sido?

—Puede que él no haya querido preocuparte, pero sí, hemos hablado. Me fue a buscar al trabajo anteayer —sonrió. Aquello no era falso, Dominic la había ido a buscar el mismo día que habían caminado hasta allí tomando un café. Se había puesto a nevar y él sabía que ella no tenía coche.

—¡Ah! ¡No lo sabía!

—Y bueno, también hablamos por mensaje. ¿Quieres ver la conversación? —le ofreció, estúpidamente, porque no era cierto.

—No es necesario —desestimó Eva, y Alyssa respiró aliviada.

—Está siendo una Navidad agotadora —repitió.

—Dom se va a sentir muy solo sin ti —se lamentó Eva.

—Es solo una noche, Eva —desestimó Alyssa.

—No es solo una noche, Ally. Es una noche especial. Simboliza el abandonar todo lo de atrás para darle la bienvenida a lo nuevo. La esperanza en el siguiente año. Renovación, un nuevo nacimiento.

—Suena bien —sonrió Alyssa, tras meditar las palabras.

—Ven a celebrarlo con nosotros, por favor, Ally —le pidió—. Ponte cualquier cosa, hazte una coleta, ni siquiera tendrás que arreglarte mucho. A Dominic le pareces preciosa siempre.

Alyssa sonrió con aquella frase, y algo se movió en su estómago. ¿Acaso él le había dicho eso a su entrometida hermana? Lo dudaba un poco, excepto si había tenido que quitársela de encima, algo que tampoco era descartable.

—Ni siquiera tendrás que estar mucho rato —prosiguió Eva—. Tendrás tu habitación, como en Nochebuena. Y podrás dormir hasta tarde. Yo me ocuparé de Theo, te lo prometo. Tú vas, y yo te

ofrezco descanso hasta el día siguiente. Puedo hacer que te lleven el desayuno a la cama.

—Por Dios, basta, Eva —Alyssa rio con la insistencia de la otra mujer.

—¿Eso es un sí?

—Eso es un "me lo pensaré" —prometió, aún sonriendo.

—Gracias. Harás muy feliz a Dom, lo sé —sonrió Eva.

A ella se le encogió algo por dentro. No sabía si miedo o anhelo, pensando en si aquello era cierto o solo era el deseo de una hermana obsesionada con crear historias de amor en Navidad.

—Él necesita a alguien, ¿sabes? —prosiguió la joven Davis—. Alguien como tú.

—No lo sé, Eva —dijo, dudando de aquello. Casi sentía pena de la mujer que tenía frente a ella, sabiendo que el día dos de enero todo se iba a esfumar. No quería que se hiciera muchas ilusiones al respecto.

—Yo sí, lo sé. Sois perfectos el uno para el otro. Él quiere estabilidad, y a ti te gusta Ennis.

—Mi situación no es sencilla, Eva.

—Lo sé, pero Dom adora a Theo. ¿Sabes que lleva la piedra de la suerte que tu hijo le regaló en Navidad en su bolsillo desde entonces?

—¿En serio? —Ally se mostró sorprendida y una punzada de agradecimiento se coló en su corazón.

—Sí —dijo Eva—. Es muy mono. Y ya sé que los hombres monos no nos suelen gustar a las mujeres. Preferimos a los tóxicos.

—A mí me gustan los hombres monos —dijo Alyssa, sin pensarlo.

—¿Ves? ¡Sois perfectos! —exclamó Eva con energía, y una sonrisa resplandeciente.

Alyssa casi sintió compasión de Eva.

Mientras removía el café, no pudo evitar preguntarse si aquello solo era el plan de una Eva empeñada en crearle una historia de amor a su hermano o si, como decía Layla, la vida, o el destino, se lo estaba poniendo frente a ella.

***

La mañana del día de fin de año llegó. Las palabras de Eva del día anterior habían resonado toda la noche, quizá incluso en sueños. Sentada en el escritorio de su despacho observaba el maletín que Dominic le había regalado en Navidad. Aquel grabado solitario con su nombre de pila. Aquella puerta abierta a que lo dejase así o, como había dicho el doctor Peterson, lo completase más adelante con un nuevo apellido. Cerró los ojos con fuerza, y sacudió la cabeza antes de levantarse de su asiento. No, no iba a completar nada. Salió del despacho, y cruzó hasta la recepción.

—¿Puedo ayudarte, enfermera? —dijo Maya Wells, la recepcionista.

—Solo me aburría, esto está demasiado tranquilo, ¿verdad?

—Es fin de año, todo el mundo quiere estar listo para esta noche.

—Regaré las plantas mientras —dijo Alyssa.

—No tienes por qué hacer eso, Ally —dijo la otra mujer—. Es mi trabajo.

—Tómate un descanso —le pidió Alyssa con una sonrisa—. Odio sentirme inútil.

—De acuerdo, creo que aprovecharé para llamar a una amiga que ha vuelto al mundo de las citas, y tiene una esta noche. Si no te importa que lo haga.

—No, adelante. Solo si no te molesta que yo esté por aquí.

—¡Estamos entre chicas! —desestimó Maya, cogiendo el teléfono en la mano para marcar.

Alyssa fue hasta el almacén a por la regadera para llenarla de agua en el baño.

—Sí, cariño —Maya ya hablaba por teléfono con su amiga para cuando volvió—. Ya sé que no quieres parecer demasiado lanzada. Pero si ese hombre te gusta, adelante… Ajá. Sí… Pero, ¿sabes qué? Nosotras también necesitamos algo de acción de vez en cuando. ¿Has probado a estar un año sin sexo? … Ajá, no. Pues te lo diré: es una mierda. Lo siento, cielo, si un hombre me gusta, y ya he salido un par de veces con él, y quiero sexo, se lo voy a pedir, así de simple… Sí, cariño, sí… Esos aparatos están muy bien, pero nada

iguala a la piel de un hombre rozando la tuya… Sí, puede que sea horrible en la cama, lo sé. Pero si no lo es, puede ser muy bueno… Sí, cariño… Podría preguntarle al doctor los beneficios de una buena noche de sexo, sí… O a la enfermera.

Ally se tensó. No, mejor que no le preguntase a ella nada del tema. Solo estaba escuchando la mitad de la conversación, pero estaba muy claro de lo que hablaban. No solo era el mundo de las citas, sino algo más que una cita.

—Lo sé, cariño —volvió a hablar Maya—. Sí, Ennis es un pueblo demasiado pequeño, y la gente habla… Sin duda es conveniente que sea el tipo adecuado… Pero si te apetece pídelo, cariño. O toma la iniciativa; ninguno se resiste, te lo aseguro.

La recepcionista rio sonoramente, y Alyssa pensó en que los hombres tenían aquel instinto primitivo mucho menos desarrollado que las mujeres. Y solían caer con más facilidad. Las mujeres habían logrado ser más selectivas en el asunto.

—La soledad es lo peor, cariño, y llevas mucho tiempo sola —volvió a decir Maya Wells al teléfono—. Tienes que disfrutar, porque llegará un día en que te arrepientas más de lo que no has hecho, que de lo que hiciste.

Alyssa pensó en la soledad. Ella también llevaba mucho tiempo sola, y ni siquiera se había permitido pensar en volver a acostarse con un hombre, hasta ahora. Se quedó parada con la regadera en la mano y cerró los ojos un instante. Se volvía a mentir: el beso de Dominic había despertado una parte de aquello que creía haber olvidado. Lo había deseado.

—…Te lo aseguro —dijo Maya aún al teléfono, y rio al par de segundos—. En fin, ya me contarás.

El agua seguía cayendo sobre las hojas, pero ella casi no veía la planta.

—¿Enfermera? —preguntó Maya, que debía haber colgado la llamada mientras ella se había quedado parada con la regadera en la mano. La miró divertida, desde el mostrador.

—¿Sí? —Alyssa volvió a la realidad, y sonrió.

—Te preguntaba por los beneficios de tener sexo para una mujer.

—Sí, perdón —Alyssa trató de despejar la mente, y recordar los datos técnicos sobre el tema—. Mejora la circulación sanguínea, fortalece el sistema inmunológico, alivia el dolor, equilibra las hormonas, lo que provoca que mejore el cabello y la piel, reduce el estrés y la ansiedad, mejora la concentración, y la memoria. Entre otras cosas.

—¡Impresionante! —exclamó Maya Wells.

—Sí —sonrió Alyssa—. El cuerpo humano es una máquina muy interesante.

—Ya tengo la respuesta para cuando venga alguien a quejarse por algo: "Tenga usted más sexo."

Alyssa rio, y se dijo que también debía ser profesional.

—Seguro que a muchos pacientes les vendría bien. No obstante, para que todo eso se cumpla es conveniente que sea con la persona adecuada, y siempre con protección, ya que, en otro caso, podría acarrearnos otros efectos nada deseados en nuestra salud.

—Por supuesto —afirmó la recepcionista—. Tú pareces saber del tema, Ally.

—Solo desde el punto de vista médico —respondió Alyssa, sonriendo a la vez que escondía un leve rubor.

Fin de Año

Aunque había trabajado de mañana, Theo estaba en el rancho. O quizá en el hostal, no lo tenía del todo claro. Pero sí sabía que estaba con Jayden y los Davis, y que se quedaría con ellos, fuera o no fuera ella a la fiesta de esa noche.

Había pensado en ello largo y tendido. Si no iba, era solo porque trataba de evitar sentirse confundida. Sí, había empezado a admitir ciertas cosas, pero seguía escondiéndose.

Alguien tocó al timbre, y fue a abrir. No esperaba a nadie, ni había pedido nada. Era un mensajero, que le llevaba un pequeño paquete. Lo llevó hasta la encimera de la cocina, una vez lo recogió.

Abrió el paquete y dentro había una caja blanca y un pequeño sobre, que supo enseguida que contenía una tarjeta. Decidió abrir la tarjeta y leer de quién era aquel regalo.

> Puede que esto te anime a venir esta noche.
> Si no lo haces, será mi regalo de Año Nuevo.
> Con mis mejores deseos.
> Dominic

Alyssa decidió abrir la caja y ver qué contenía. ¿Qué había pensado que podría hacerla cambiar de idea?

—¡Oh! ¡Qué bonitos! —habló en voz alta a solas.

Un par de pendientes largos, con tres copos de nieve que caían uno tras otro, y brillantes en el más grande, aparecieron ante ella. Los tocó y sonrió. Eran de plata, sencillos, pero elegantes. Sabía que algo así tenía el precio justo para un regalo hecho desde el aprecio,

sin resultar inapropiado, ni dar la impresión de esperar algo a cambio.

—Ya, no es algo que puedas ponerte muchas noches en el año, Dom —habló en voz alta, sonriendo, y luego bajó el tono—. Pero son preciosos.

Tomó el teléfono. Escribió un mensaje de agradecimiento para el cowboy, pero se detuvo antes de enviarlo. Sabía que él querría saber si iba a ir a la fiesta. Y era algo que aún no había decidido.

Luego, tomó de nuevo la caja con los pendientes en una mano, observándolos una vez más y la tarjeta manuscrita en la otra.

***

Alyssa no había asistido a la cena familiar previa a la fiesta, y Dominic no podía ocultar su decepción. El ambiente era festivo, pero él no se sentía así. ¡Maldita sea! Ally se le había metido bajo la piel de una forma que aún no se explicaba.

—¿Cómo va todo? —un brazo lo tomó de los hombros a su lado, era Jayden.

—Bien, supongo —expiró aire, y sonrió.

Jayden supo que nada iba bien para él. Durante la cena, su cuñado apenas había despegado los labios. Lo había observado mirar el teléfono de forma reiterada, y mal disimulada. Esperaba algún tipo de comunicación, y suponía de quién.

—¿Cansado? —le preguntó, más por hablar de algo que por no saber que no era eso lo que le ocurría.

—Creo que ya no tengo aguante para tantas celebraciones seguidas —bromeó, tocándose la solapa de la chaqueta—. Si estoy aquí vestido de pingüino es porque Kylie y Eva pondrían el grito en el cielo si me voy.

—¿Es por esa chica de la cita a ciegas? —preguntó directamente Jayden tras unos segundos.

Dominic sonrió y sacudió la cabeza.

—No se te escapa nada, ¿verdad?

—Casi nada. Estoy perdiendo muchas facultades, y me preocupa, si te soy sincero —mintió, solo quería destensar el

ambiente con él y no descubrir que sabía quién era esa chica—. ¿Qué pasa con ella?

—Que siento que estoy estancado y no avanzo. Quizá soy yo, puede que no se me dé bien. Creo que nunca se me dio bien —se castigó.

—No creo que sea eso —desestimó y simuló hacer memoria—. Si recuerdo bien la conversación, ella venía de algo difícil.

—Así es —Dominic volvió a sacar el teléfono del bolsillo y lo observó una vez más. Nada.

—Esperas un mensaje de ella que no llega —observó.

—Probablemente debería dejar este cacharro arriba, olvidarme del asunto, y atender a los invitados para complacer a mis hermanas.

—Llegará, ya lo verás —dijo palmeando la espalda de su cuñado. No se refería solo al mensaje—. Y dale tiempo. Si no te ha mandado a paseo significa que ella también está interesada.

—Gracias, tío —dijo Dominic, agradeciendo las palabras de Jayden, quien se había convertido en un buen amigo en el último año.

—Venga, toma una copa, y anímate, o tendrás a Eva encima de ti en no mucho rato —bromeó.

—Ya —sonrió el otro hombre, antes de ver cómo Jayden se alejaba para reunirse con Kylie, a la que tomó de la cintura antes de besar en la mejilla con cariño.

El teléfono vibró en el bolsillo del cowboy, lo sacó enseguida y miró la pantalla.

Ally: Gracias por el regalo, son preciosos.

Sonrió al leerlo. A ella le habían gustado… y eso bastó para aliviarle el peso que sentía en el pecho. Sin embargo, ella no le decía si pensaba ir o no a la fiesta.

Dominic: ¿Vendrás?

Cuando la breve pregunta se envió, ella ya estaba fuera de línea. Supo que su mensaje no había sido leído.

—De acuerdo, Dom —murmuró para sí mismo, guardando el teléfono.

Decidió acercarse a una de las bandejas, tomó una copa entre sus manos, y bebió un trago, intentando quitarse a Ally de la cabeza, al menos durante unas horas. Antes de que Eva comenzase a sospechar e hiciera preguntas inconvenientes, porque no creía que fuera a estar de humor para responderlas.

Para cuando cruzó la puerta del hostal del lago Ennis, Alyssa estaba nerviosa. Nunca había corrido tanto para arreglarse como esa noche. Un vestido de cóctel verde esmeralda de terciopelo y manga francesa, que había encontrado en el fondo de su armario, y el cual le tomó demasiado tiempo planchar, un sencillo pero efectivo recogido, con unos mechones de pelo sueltos a ambos lados de la cara, un maquillaje rápido pero resistente, y los pendientes de Dom en sus orejas. Los tocó para comprobar una vez más que estaban en su sitio.

Oteó el salón desde la puerta, con el abrigo sobre el brazo, y un pequeño bolso en la mano. El lugar estaba muy concurrido, no en vano la fiesta había comenzado hacía algo más de hora y media. Había podido localizar a todos los Davis en ella, excepto a Dominic. Sintió un vacío repentino.

—Has venido —la sonrisa de Jayden frente a ella, le indicó que estaba contento de verla allí.

Kylie llegó también a su lado, la abrazó y le tomó el abrigo para guardarlo en la habitación de detrás de la recepción del hostal.

—Sí, bueno… —se mostró nerviosa.

—Estás preciosa, hermanita. Y eres muy valiente.

—Ya —ella volvió a sonreír, con un nudo en el estómago.

—Necesitas una copa. Sweeti Martini —anunció Eva, llegando hasta ellos con un coctel de color rosa, con una lima en el borde—. Me alegra ver que al final nos acompañarás.

—Estás muy guapa, Eva —le dijo la recién llegada.

—¿En serio? —la joven dio una vuelta sobre sí misma, mostrando su vestido largo de lentejuelas doradas—. Tú estás maravillosa con ese verde esmeralda, el color de la esperanza.

—Sí —murmuró, alisando el vestido con una mano, antes de beber de la copa. La esperanza de un año nuevo, pensó—. ¿Y Theo?

—Los niños se han quedado dormidos hace un rato arriba. Ha sido un día muy intenso —informó Jayden.

—De todas formas, no tienes de qué preocuparte. Yo me ocuparé de él mañana y tú podrás dormir lo que desees, te lo prometí —dijo Eva.

—No es necesario…

—Lo es, un trato es un trato —la interrumpió—. Y ahora, si me disculpas, tengo algún fuego que apagar.

Eva caminó rápido hasta otro lugar del salón.

—Despacio, es vodka —pidió Jayden, viendo que su hermana casi había terminado el cóctel.

—Lo necesito —aludió ella, y buscó de nuevo ver una cara conocida que no hallaba.

—Sí, no lo dudo —Jayden la besó en la sien, y se disculpó para ir a saludar a un ranchero vecino.

Podría haber preguntado por Dominic, pero aquello sería reconocer demasiado. Y no estaba lista para que nadie, ni siquiera ella misma, lo notara. Apuró la copa que tenía en la mano. Jayden tenía razón, era fuerte, pero al menos había calmado el nudo de su estómago de forma momentánea.

—¿Puedo saber por qué estás aquí en vez de socializando en la fiesta? —Dominic escuchó la voz de su hermana pequeña, y cerró los ojos un instante.

—Me duele la cabeza, Eva —dijo, esperando que aquello hiciera que lo dejara en paz.

—Hay alguien fuera que quiere saludarte —dijo su hermana—. Puedo traerte un analgésico si lo deseas.

—Sobreviviré —respondió él—. Ahora salgo.

—Vale —Eva se acercó hasta él, y lo besó en la mejilla—. ¿Sabes que te quiero? ¿Verdad, hermanito?

—Lo sé —Dominic se obligó a sonreír—. Yo también te quiero.

—No tardes mucho —la voz de Eva volvió a sonar autoritaria, mientras abría la puerta antes de salir.

Dominic sacudió la cabeza. Eva siempre sabía hasta dónde podía tensar la cuerda.

Esperó un par de minutos, hasta que la tentación pudo más, y volvió a mirar el mensaje que le había enviado a Ally. Ella lo había leído, pero no había respondido. Se levantó del sillón, y se dijo que tenía que saludar a quien quiera que hubiera ido hasta aquella fiesta en esa noche.

Alyssa se permitió relajarse con Eva un rato después, cuando la mujer le contaba algunas anécdotas de esa tarde con los niños, lo que la hizo reír, relajada, por primera vez esa noche.

Una risa conocida lo sobresaltó por encima de la música y la buscó incesante, hasta hallar su procedencia. Alguien hablaba con su hermana más problemática al otro lado del salón. Y ese alguien le robó el aliento. Le secó la garganta. E hizo que su corazón se detuviera, y volviera a latir con fuerza en un corto espacio de tiempo. ¡Era ella! ¡Ally había ido a la fiesta!

Eva desvió la mirada hacia él, y sonrió de forma satisfecha, subiendo una ceja. La conocía, y sabía lo que estaba pensando; «te dije que tenías que saludar a alguien».

Luego fue Alyssa la que siguió la mirada de Eva, y lo encontró. Lo miró de forma intensa unos instantes, y luego esbozó una cálida sonrisa hacia él. «He venido», le dijo con la mirada. Dominic tragó saliva y la miró con intensidad, con la intensidad de la verdad que habitaba en su interior y le quemaba desde muy adentro. La joven alzó su copa, ahora vacía, hacia él, y el cowboy se acercó.

Alyssa había reído distendida con Eva cuando la conversación se detuvo repentinamente y la otra mujer miró hacia el otro lado de la sala. Ella quiso saber qué estaba captando su interés, pensando en una copa fuera de su lugar y se encontró con un ejemplar masculino imponente; Dominic. El hombre le sonrió y ella alzó su copa hacia él, que le devolvió la sonrisa y comenzó a caminar hacia donde estaban ambas mujeres.

Alyssa no vestía nada brillante, no lo necesitaba para que su fulgor resplandeciera por toda la sala.

—Hola —dijo Dominic, llegando hasta Alyssa.

—Hola —respondió ella, sintiéndose nerviosa.

—Estás estupenda —la alabó Dominic, y la mujer se tocó inconscientemente uno de los pendientes que él le había regalado, hacia donde el hombre desvió la vista, sonriendo.

—Gracias por el regalo —respondió ella, y se fijó en la hebilla del cinturón—. Estás muy elegante.

—¿Necesitáis una copa o… un extintor? —bromeó Eva, tratando de aligerar el ambiente.

—Desaparece —ordenó cariñosamente Dominic a su hermana con una sonrisa.

—Veo que ya no necesitas ese analgésico —murmuró, para irse del lado de ambos, tocando brevemente el brazo de Ally de forma cariñosa, que le sonrió.

—¿Te encuentras mal? —Alyssa sonó preocupada.

—Le dije que me dolía la cabeza para que me dejase un rato tranquilo —se excusó él.

—Te compadezco.

—Ya —sonrió Dominic, sintiendo que se quedaba sin palabras ante ella.

—Sabéis que debéis bailar, ¿verdad? —Eva volvió a pasar por el lado de ellos dejando caer el mensaje y haciendo que Alyssa riese y Dominic esbozara una sonrisa.

—¡Largo! —dijo Dominic, sonriendo.

—¡Qué carácter, señor! —bromeó Eva antes de retirarse, satisfecha.

—Será mejor que bailemos —propuso Alyssa.

—Sí. Luego podemos intentar escondernos disimuladamente de su vista.

—Es una maravillosa idea —convino.

Dominic extendió la mano hacia ella, que la tomó y salieron al centro del salón para comenzar a bailar al ritmo de la música

Los acordes de *In Case You Didn´t Know* de Brett Young sonaron en el salón.

—¿Quién elige las canciones? —bromeó Alyssa, poniendo la mano en el pecho del hombre, mientras lo hacía sonreír.

—Me alegra que hayas decidido venir.

—Puede que supiera que no tenía otra oportunidad mejor para estrenar tu regalo —le dijo.

Dominic sonrió y giró con ella en el salón. Le gustaba tenerla entre sus brazos.

—Subiré a ver a Theo, si no te importa —dijo Alyssa tras varias canciones, al escuchar una melodía demasiado animada como para bailarla con los tacones que llevaba esa noche.

—No, claro. Estaré por aquí.

—Gracias.

El hombre la vio alejarse y tomar una copa del coctel rosa que parecía ser la estrella de la noche en el hostal.

—Él por su parte tomaría una de cava. Sus hermanas querían que estuvieran lo más serenos posibles por si alguien se excedía y tenían que intervenir, aunque en los años que llevaban celebrando aquella fiesta no había sucedido, no más allá de alguno que resulto divertido, pero no molesto, al que habían llevado a casa sin mayores incidentes. Observó el salón y a los invitados. Jayden lo miró y levantó su copa. ¿Él sabría algo de lo que estaba sucediendo entre ellos? ¿O puede que Eva lo hubiera reclutado de alguna forma? Ally era demasiado reservada, dudaba que le hubiera contado algo. Sí, realmente lo dudaba bastante, porque estaba seguro de que, si ella le hubiera contado que la había besado, Jayden le habría estampado el puño en el rostro. Se mostraba muy protector con ella. Vio a un vecino del pueblo, y decidió hablar con él.

Alyssa observó al bajar cómo Eva buscaba a alguien entre los invitados, y se temió que fuera justo a ella. No faltaba mucho más de media hora para la cuenta atrás de medianoche y decidió que podía ser buena idea esconderse un rato. Pensó que el salón que tenía el gran ventanal hacia el lago era el mejor lugar.

—Oh, lo siento —se disculpó al ver a Tyler observando el lago desde el ventanal, de pie, con una copa en la mano, y un gesto serio en el rostro.

—No te disculpes —sonrió hacia ella.

—No quiero molestar, puedo irme —señaló hacia la puerta.

—¡No digas tonterías! Ven a mirar el paisaje conmigo. El lago está precioso esta noche.

Ella dudó unos instantes y se dijo que si a él no le molestaba…

—Es inquietante y bello a la vez —observó.

—Lo es —suspiró.

—¿Estás bien, Tyler? —dijo, al notar cierta preocupación en él.

Él vaciló unos segundos antes de decidirse a hablar.

—No se lo digas a nadie, pero Ashley está embarazada —le confesó, sorprendiéndola con la confianza que estaba depositando en ella de repente.

—Felicidades, supongo.

—Es una buena noticia, no lo dudes —sonrió él.

—¿Pero? —supo que había uno.

—Que creo que tengo muchos meses por delante para preguntarme si el bebé nacerá bien o no.

—Dom me contó por encima lo que te había pasado con tu primera hija. Lo siento.

—Gracias. Fue en Navidad, con mi ex mujer y… aunque Ashley y yo nos hicimos todos los estudios, y nos aseguran que no tenemos ningún tipo de incompatibilidad genética como nos sucedía a Jane y a mí, el miedo sigue estando ahí.

Alyssa lo entendió y se reflejó en la preocupación y el dolor de él. Como madre, y como persona que había perdido a alguien importante en su vida.

—Te entiendo. Yo… bueno, no es lo mismo, porque ella era tu hija y yo perdí a mi marido.

—Perdiste a alguien importante de tu vida —dijo Tyler, comprendiéndola.

—Sí —suspiró, y quedó en silencio, con una pregunta que pugnaba por salir, y ganó su batalla, siendo hecha—. ¿Cómo se sigue adelante, Tyler?

Tyler sonrió tristemente y la observó, para después volver la vista al lado una vez más.

—Encuentras algo o alguien que hace que quieras seguir. ¿Da miedo? Sí. Mucho.

—Lo sé —respondió Alyssa, empatizando con él, sintiendo aquel dolor como el suyo propio.

—Recuerdo que cuando Ash estaba embarazada de Felicity estaba aterrado. Pero ella merecía que yo lo intentase. No podía vencerme el miedo. Y salió bien —sonrió.

—Volverá a salir bien, lo sé —le dijo Alyssa, esbozando una suave sonrisa.

—Gracias. Tengo fe en ello.

—Sí, por supuesto. A ti también te saldrá bien, ya lo verás.

—Ojalá. Gracias.

Alyssa sonrió. Él sabía cómo era su dolor, porque lo había vivido en carne propia, quizá de una forma más desgarradora, porque era a su hija a quien había perdido.

—Es increíble cómo este lago se puede calentar o congelar mucho antes que otros —dijo Tyler, cambiando de conversación.

—Puede que el año que viene Theo y yo vengamos a menudo a él. Quiere aprender a pescar.

—Sí, es un niño con muchos planes. Algo he escuchado de aprender a montar a caballo.

Alyssa rio.

—Sí. Dom se ha ofrecido a enseñarle. Incluso le regaló unas pequeñas espuelas para ello.

—Dom es el mejor —confirmó Tyler, y ella sonrió—. Bueno, Chase también es muy buen tío, pero no es tan paciente como Dom.

—Creo que me he dado cuenta —volvió a sonreír Alyssa.

La cuenta atrás

—Hola —dijo Dominic poniéndose al lado de Alyssa en el salón a tan solo quince minutos de medianoche.

La música se detuvo, y todos dejaron de bailar. Las risas bajaron de tono, y una melodía instrumental comenzó a sonar de forma suave, envolviendo el ambiente con expectación contenida. Todos se prepararon para dar la bienvenida al año nuevo.

—Hola —respondió ella con una sonrisa.

—¿Te escondías? Hacía rato que no te veía.

—He estado hablando con Tyler en el salón del ventanal.

—¿Todo bien?

—Todo muy bien —sonrió ella.

Ashley, Eva y Kylie repartieron gorritos festivos para todos aquellos que quisieron llevar uno. Tyler colocó una pantalla de televisión en uno de los extremos de la sala, y conectaron con la imagen de Times Square, donde Ryan Seacrest se preparaba para narrar los últimos sesenta segundos del año.

Cuando faltaban solo veinte segundos del año que abandonaban, la mano de Alyssa se deslizó a su lado, tomando la de él. Dominic la miró sorprendido, y su corazón palpitó con fuerza, agradecido. La miró con una sonrisa cálida, que ella le devolvió sin vacilar. Él intensificó el agarre, mostrándole que estaba allí con ella, dispuesto a empezar el nuevo año juntos.

Cuando llegó el momento todos gritaron la cuenta atrás y ellos se unieron al coro de voces.

—¡DIEZ!
—¡NUEVE!
—¡OCHO!
—¡SIETE!
—¡SEIS!
—¡CINCO!
—¡CUATRO!

—¡TRES!

—¡DOS!

—¡UNO!

El griterío se apoderó del salón del hostal, al igual que en Times Square. Los invitados saltaban alrededor, y Alyssa rio, feliz.

—¡Feliz año, Ally! —le dijo él.

—Feliz año, Dom —Alyssa se acercó a él, le colocó la mano en la mejilla, y le dio un beso muy cerca de la comisura de los labios.

Dominic tomó la mano de Alyssa que tenía en su mejilla, y le besó los dedos mientras la miraba tiernamente a los ojos. Después llegaron las felicitaciones de Jayden que la abrazó con fuerza contra su pecho, de los Davis, y de otros invitados.

—¿Qué tal si nos escapamos un rato? —le propuso Dominic al oído. Ella sonrió y asintió con la cabeza.

El cowboy inició el camino, pero fue interceptado cada poco para recibir nuevas felicitaciones, al mismo tiempo que ella. Dominic tomó varias copas de una de las bandejas, y dejó que ella abriera la puerta de una de las salas laterales para entrar.

Estaban de nuevo en la del gran ventanal hacia el lago y ella se acercó hasta él, para observarlo a media noche, con la luna llena reflejándose en el agua helada. Dom le pasó la copa de vodka con licor de frambuesa a Ally.

—No sé si debería seguir bebiendo —dijo ella, sintiéndose levemente mareada con aquella bebida. Su hermano había tenido razón, era muy fuerte, y ella no estaba acostumbrada.

—Solo brindaremos —le dijo Dom, con una copa de cava en su mano que adelantó hacia ella—. Feliz año, Ally.

—Feliz año, Dom.

Las copas chocaron entre ellas, y ambos bebieron un sorbo sin dejar de mirarse. Después volvieron a escuchar la música habitual en el salón principal. Volvía a comenzar el baile. Ally abandonó su copa sobre la mesa baja del salón, decidida a no seguir bebiendo más por esa noche. Estaba deliciosamente alegre, lo sabía, pero aún podía mantener la compostura, y pretendía quedarse en aquel punto. Él por su parte se despojó de la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de un sillón.

—Aquí estaremos a salvo de Eva, al menos durante un rato —rio Dominic, sentándose en el brazo de uno de los sofás. Alyssa esbozó una sonrisa.

—Ya es uno de enero, el día dos volverá a dejarte en paz con lo de las citas y podrás perderme de vista algo más que ahora —dijo, siendo práctica.

—No va a ser tan fácil, Ally —le dijo, tras beber un sorbo de su copa y dejarla en la mesa, algo cabizbajo, pensando en que la mujer se alejaría de él. La realidad se imponía y era que ella solo lo estaba ayudando con su hermana la mayor parte del tiempo, como en aquella noche. Quizá solo había ido a la fiesta por ese motivo.

—¿Crees que seguirá insistiendo después de mañana? —preguntó, algo confusa.

—No es eso, Ally —la miró con el ceño fruncido y dolor en su rostro.

—No lo entiendo, Dom.

—Hay algo que no va a desaparecer el dos de enero. Y es que me gustas mucho, Ally. Cuando estoy contigo, me siento como en casa. Hay algo que crece dentro de mí y que me asusta, porque tú… —Se detuvo, sin saber cómo seguir. Solo necesitaba que ella lo supiera. No quería verbalizar lo que intuía: que ella no sentía lo mismo, o no quería sentirlo.

Dominic la miró a los ojos, y ella le sostuvo la mirada durante unos segundos, separados por más de metro y medio de distancia.

—¡Dios, Dom! —exclamó Alyssa, expulsando el aire que, sin saberlo, había retenido en su interior. Se puso nerviosa, y desvió la vista hacia la copa que había dejado en la mesa un rato antes. Sintió la necesidad de tomarla, y beber su contenido hasta el final, pero no lo hizo.

Se cruzó de brazos, y miró ahora hacia el lago helado, en silencio. En un silencio compartido que se hizo espeso entre ambos. La mujer se acercó más al ventanal y observó la luna sobre el lago, y la suave brisa que mecía los pinos nevados alrededor del mismo provocando que algunos copos se desprendieran de ellos.

—Puede que deba disculparme contigo por esto —habló Dominic, sintiendo que el silencio se le hacía demasiado pesado.

—No lo hagas —lo corrigió Alyssa, volviéndolo a mirar.

Se descruzó de brazos, respiró hondo, se tocó el moño que llevaba, y luego uno de los pendientes. Aquel regalo de él, tierno, sin pretensiones, solo porque la apreciaba, porque ella le gustaba o porque él sentía algo más. Tragó saliva, y sintió que todo en su interior se había alborotado y puesto del revés. No era solo por el vodka con frambuesa. A ella también le gustaba él. Se lo había reconocido a sí misma hacía solo un par de días. Jayden también lo sabía, y Layla, y… maldita fuera, probablemente Eva también lo hacía. Pero, ¿estaba preparada para que él lo supiera? ¿quería que Dom lo supiera?

—Ally —la llamó él, sabiendo que la mujer estaba sufriendo todo un torrente de emociones en su interior. La conocía.

—¿Mmm? —preguntó mirando hacia él, tratando de escapar de toda aquella zozobra interior que la asediaba.

—No te castigues, ¿vale? —le pidió.

—Yo no… lo hago —dijo, sintiendo que era una forma de defenderse, no una realidad.

—Solo quería que lo supieras. No espero que pase nada ni que me digas nada. De verdad —fue sincero, si bien se dijo que aquellas palabras le producían dolor, pero prefería sufrirlo él a que ella lo hiciera.

Una lágrima resbaló por el rostro de Alyssa y se la limpió rápidamente, antes de mirarlo y decidir acercarse a él. Dominic era un hombre bueno, lo sabía. Uno de los mejores hombres que había conocido en su vida.

—Esto no tiene que doler, Ally —le dijo, tratando de tranquilizarla, teniéndola ahora a menos de medio metro de él.

—Lo sé —dijo Ally y asintió con la cabeza.

Él se mantuvo quieto, mirándola, y ella avanzó hacia él. Levantó la mano y le acarició el rostro con el dorso de los dedos, mientras ambos seguían mirándose.

—No soy de piedra, Ally —le advirtió, sintiendo que la cercanía de la mujer y la caricia en su mejilla lo ponían a prueba. Un hormigueo le subió por las manos, quería tocarla, abrazarla y besarla

intensamente hasta que ambos perdieran el aliento. Pero aquello no podía ser. Porque ya una vez había perdido el control con ella y la había asustado.

—Lo sé —susurró aquellas dos palabras de nuevo, y sonrió levemente, recordando el beso que habían compartido después del mercadillo de Navidad. No, Dominic no era de piedra, aunque trataba de serlo, por ella.

—¿Qué quieres de mí, Ally? —preguntó, extasiado con el aroma del perfume de la mujer que tenía tan cerca de él, que bien podría quemarse.

Alyssa se encogió de hombros y los volvió a soltar. ¿Qué podía decirle?

Dominic notó la mirada de Alyssa sobre sus labios, la vio tragar saliva, y después sus pupilas se dilataron. Podrían ser las copas o podía ser que ella deseara algo más de él, y que no se atreviera a verbalizarlo abiertamente.

—Ally, ¿yo puedo… tocarte? —Dom tragó saliva, esperando que ella consintiera aquello, porque la cercanía de la mujer lo estaba abrasando por dentro.

Ella asintió, y la cálida mano de Dom, subiendo desde la cadera hasta su costado, no se hizo esperar. La gran mano del hombre se deslizó hasta su espalda, y lentamente la acercó hasta él.

Ally emitió un suspiro de sorpresa al chocar contra el pecho del hombre, que continuaba sentado en el brazo del sofá, y había abierto las piernas para recibirla. Ambos quedaban a la misma altura, y aquello facilitaba las cosas.

—¿Puedes…? —Alyssa comenzó una pregunta, pero se detuvo.

—Dime qué necesitas —habló Dominic, sabiendo que le daría todo lo que ella le pidiera.

—¿Puedes… besarme? —le pidió, antes de que sus mejillas se tornasen encarnadas.

Dominic sonrió, y la acercó más a él, rozando sus labios con los suyos. Alyssa suspiró en su boca, y se retiró unos milímetros.

—Un poco más —le pidió en un susurro—. Como la otra vez.

El deseo recorrió a Dominic de pies a cabeza, y la apretó suavemente contra su cuerpo, besándola despacio, tratando de

controlarse con ella hasta que todo estalló entre ellos. Los dedos de Alyssa se introdujeron en el cabello del hombre por la nuca, y él la saboreó con ansia. Para cuando los labios de ambos se separaron, acuciados por la necesidad de respirar, ella temblaba como una hoja, mientras que las piernas la sostenían a duras penas, y él la aferraba contra su cuerpo.

—Te he esperado tanto tiempo, Ally —le dijo, con la voz embargada de emoción.

Un Año Nuevo esperanzador

Alyssa se removió en la cama, y abrió los ojos. Dominic estaba frente a ella, dormido aún.

Durante un segundo su gesto se turbó, se preguntó qué había hecho y se arrepintió de hacerlo. Después vio cómo él esbozaba una sonrisa en sueños, y recordó lo que había pasado la noche anterior. Recordó aquel «Te he esperado tanto tiempo», el «Me robas el aliento» de Nochebuena, el beso tras el mercadillo y el «Me tienes a mí» del paseo que habían dado hacía unos días hasta su trabajo.

¿Lo tenía? Bueno, en cierta forma había sido suyo después de medianoche y durante la madrugada. Sonrió, y ahora lo miró con otros ojos. Le gustaba, mucho. Más que eso. ¡Dios! Si hasta se había acostado con él. Y había sido perfecto, catártico.

El hombre abrió los ojos, como si se sintiera observado. La miró y esbozó una sonrisa hacia ella.

—Buenos días —le dijo en una voz baja y ronca, que a ella se le antojó sexi.

—Buenos días —murmuró Ally, ruborizándose al pensar en el placer que él le había hecho sentir tan solo unas horas antes.

—¿Va todo bien? —preguntó él. Si bien parecía seguro, no lo estaba en absoluto. Todo había sucedido tan rápido que temía que la mujer se arrepintiera.

Y era algo que ya no podría soportar. Porque supo que, aunque a ella solo le había dicho que le gustaba, era mentira. La realidad era que se había enamorado de ella como un adolescente. Después de

haberla amado y de haber sentido cada fibra de su cuerpo junto al de ella, tenía la más absoluta de las certezas de ello.

—Sí, todo va bien —ella esbozó una sonrisa y la mirada soñolienta del cowboy se volvió cálida.

—Eso me gusta —respondió, sintiéndose feliz.

Permanecieron en silencio un instante y ella turbó el gesto.

—Yo… no suelo acostarme con nadie en la primera noche —dijo, sintiendo que quizá había sido muy directa con él y le hubiera dado una imagen errónea de sí misma. Ella sabía que el alcohol, el deseo y cierta conversación de la recepcionista del consultorio habían obrado a favor de aquello.

—¿Acaso me has oído quejarme? —Dominic esbozó una sonrisa y le acarició el rostro con el dorso de los dedos para colocarle un mechón de pelo detrás de la oreja después.

—No, pero…

—No pienses en eso, sucedió y me temo que los dos lo deseábamos.

Alyssa asintió y guardó silencio durante un momento.

—Eres el primer hombre con el que me acuesto después de… ya sabes —le dijo. Quería que él lo supiera.

Dominic se sintió extrañamente reconfortado, no era su ego masculino, era el hecho de que ella lo había elegido y de que, probablemente, no estuvieran tan lejos en la página de la historia que vivían. Solo que ella, necesitaba algo más de tiempo para ser consciente de sus sentimientos. Se acercó a la mujer y la besó suavemente en los labios, antes de que ella se acomodara en su pecho.

Cuando Alyssa y Dominic bajaron esa mañana, solo encontraron a las limpiadoras afanándose para dejar perfecto el salón principal del hostal, después de la fiesta de la noche anterior. Supusieron que el resto de la familia dormía plácidamente. Se dirigieron a la cocina, donde tomaron una taza de café juntos y el cowboy le habló de algunas cosas que podían hacer con Theo antes de que comenzasen las clases de nuevo el día cinco de enero. Ella sonrió, le gustaba cómo el hombre aceptaba aquel pack de Theo y ella con tanta naturalidad.

—¿Qué? —Dominic se preguntó qué se le estaba pasando por aquella cabecita a la mujer para tener el honor de recibir una sonrisa como aquella de su parte.

Dejó la taza sobre la encimera y la tomó de la cintura para acercarla hacia él y besarla suavemente en los labios.

La puerta de la cocina se abrió de par en par y ellos se separaron inmediatamente, como si hubieran estado haciendo algo malo.

—¡¿En serio?! —la voz de Eva chilló con aquella pregunta. Los había visto y a pesar de que aún se sentía aturdida por la larga noche de fiesta, estaba segura de que no era una alucinación.

—¿Te puedo ayudar con algo, Eva? —preguntó Dominic, disimulando la escena. Aquello no había entrado en sus planes. Había pretendido ir al ritmo de Ally, y no asustarla con nada externo, como Eva y la presión que imprimía.

Alyssa por su parte bebió de la taza de café y miró en dirección al suelo, algo avergonzada, al ver que justo Eva los había pillado.

—¿Estabais…?

—Hablando sobre la fiesta de anoche —la interrumpió Dominic y mintió—. Fantástica, por cierto.

—Sí, bueno —Eva se dio cuenta de que su hermano no quería ninguna perturbación con Ally.

—Fue estupenda —añadió Alyssa.

—Gracias.

Eva abrió uno de los armarios, sacó una taza, la posó en la encimera y se colocó entre ambos, para servirse el café en ella.

Después los observó por turnos y luego decidió volver a colocarse delante de la puerta de la cocina.

—Me alegra que os haya gustado TANTO la fiesta de anoche —dijo, remarcando aquella palabra en una insinuación no tan velada.

Alyssa se mordió el labio inferior, tratando de no sonreír.

—No vamos a hablar de la fiesta, ¿vale? —le dijo, Dominic—. Y no vas a hablar de ella con nadie, ¿de acuerdo?

—Así que ¿no queréis hablar de la fiesta ni que yo hable de la fiesta?

—No —dijo un Dominic serio, mirando a su hermana, que se hallaba en la puerta con la taza en la mano.

—Vale —bebió un sorbo de la misma, observándolos divertida—. Pero me alegra que lo pasaseis tan bien.

Dominic tomó un paño de cocina y lo lanzó hacia su hermana.

—Ya me voy —dijo ella, atrapándolo con la mano, para colocarlo sobre la encimera—. Qué pena que con lo bien que lo has pasado en la fiesta tengas ese humor por la mañana.

—¡Eva! —advirtió él y la mujer hizo el gesto de cerrar su boca con llave y tirarla lejos antes de abandonar la cocina.

—Lo siento —se disculpó él, preocupado, dirigiéndose hacia Alyssa—. Te prometo que no va a decir nada, o la amordazaré.

—No pasa nada —Alyssa sonrió y sintió que, extrañamente, se sentía bien ese día. Año Nuevo, vida nueva y un guapo cowboy a su lado.

Oficialmente, nosotros

Jayden llevó a Theo a casa de su hermana un par de semanas después de Año Nuevo. Ella había trabajado de tarde en el consultorio, y estaba preparando la cena. Alyssa quería tener la oportunidad de hablar con él acerca de los cambios que se habían obrado en su vida en las últimas semanas.

—¡Hola, mami! —el niño la abrazó y la besó—. Voy a la ducha.

—Bien, cariño.

Jayden también besó a su hermana en la mejilla mientras el niño corría escaleras arriba.

—Me ha dicho Theo que Dom cenará hoy con vosotros.

—Así es.

—Mi siguiente pregunta es por qué me has pedido a mí que traiga a Theo.

—Porque hace tiempo que no nos vemos ni hablamos un rato tranquilos.

—Puede que sea porque últimamente solo tienes tiempo para determinado cowboy.

—Sí, eso parece —admitió ella, sonriendo.

—¿Hay algo que deba saber?

—¿Acaso hay algo que no sepas? —sonrió Ally.

—Es decir, que quieres que te cuente lo que sé —Jayden se mostró divertido.

—Por ejemplo —lo retó ella.

—Bien —Jayden meditó un momento—. Sé que estás feliz.

—¿Te parece bien?

—Me parece muy bien, porque has pasado demasiado tiempo en otro sitio mucho más feo. Y ya era hora.

—Sí, supongo que sí —aceptó.

—También sé que Dominic está exactamente igual de feliz, pero es normal. Porque se lo has hecho pasar mal a ese hombre.

—¡Yo no le he hecho nada! —se quejó ella.

—¿En serio, Ally? Veamos —enumeró con los dedos de la mano —. La cita sin contacto, Nochebuena, lo que pasó tras el mercadillo…

—¿Qué sabes tú del mercadillo? —se tensó ella.

—No demasiado, solo que sucedió algo lo suficientemente importante que hizo que estuvieras descolocada durante días, y comenzaras a huir del pobre de Dom. Era un alma en pena esos días, te lo aseguro. Y con un carácter agrio que nunca ha sido propio en él. Aún me pregunto qué pasó.

—Me besó, ¿vale? —le confesó, bajando la mirada.

—¡Oh, vaya! El despertar de Ally —bromeó.

—Sí, puede ser —reconoció.

—Tenías que hacerlo —la consoló él, sabiendo que otro pensamiento la nublaba en esos instantes.

—Todavía me pregunto si… a veces miro la fotografía de John, y…

—No vayas por ahí, Ally —la detuvo, interrumpiéndola con voz calmada—. No lo estás traicionando.

—No lo sé, Jay —dudó.

—Él te quería, y querría que fueras feliz.

—Puede que tengas razón —dijo, después de suspirar.

—La tengo.

—A veces, me cuesta un poco —reconoció ella.

—Nadie dijo que fuera fácil, pero lo estás logrando, hermanita —sonrió ampliamente Jayden e hizo que ella también lo hiciera.

—Sí, ¿verdad? —Alyssa sonrió, alejando la melancolía del pasado de su mente.

—Dom no te va a dejar nunca —le aseguró sabiendo que ella lo había pasado mal con aquel tema—. No tiene misiones que cumplir al otro lado del mundo. Como mucho al otro lado del rancho, moviendo algunas vacas de pastos en primavera o verano.

—Es una cualidad importante, sí —sonrió ella.

—Me alegra verte así de bien, como en estas semanas —volvió a decir Jayden—. Mírate, resplandeces y hasta tienes el pelo más bonito.

—Ya, sí —se ruborizó ella y guardó silencio.

El olor al estofado llenaba la cocina mientras Alyssa removía la olla, ahora algo distraída. Sonreía por las palabras de su hermano, cuando llamaron a la puerta y fue a abrir.

—Hola —dijo un Dom sonriente cuando ella le abrió la puerta. Cuando se inclinó hacia ella para besarla en los labios, Alyssa colocó una mano entre ellos, deteniéndolo.

—Está Jayden —le avisó. No quería que Jayden los viera besándose, no todavía.

—Ah, vale. Lo siento —murmuró el hombre, caminando hacia el interior.

—Hola, Dom. Nos volvemos a encontrar —dijo Jayden, cuando el hombre llegó a la cocina y dejó la tarta que llevaba en una caja, sobre la encimera.

—Jay —lo saludó este, no había esperado encontrárselo.

—¿A qué debemos el honor de tu visita? —preguntó el exmarine, entrecerrando los ojos.

—Yo… pasaba por aquí y…

—¡Venga ya, Jay! ¡No seas malo con Dom! —le dijo y después se dirigió hacia Dominic—. Se lo he contado.

—¡Ah! —se sorprendió Dom—. ¿Y… todo bien?

—No —dijo serio—. Me pregunto qué ha pasado con la otra mujer con la que salías.

—¿Salías con otra mujer? —Alyssa subió una ceja, mirando a Dominic.

—No he salido con nadie, te lo juro, Ally —dijo él preocupado, mirándola.

—Sí lo hacías. La que estaba saliendo de una relación complicada —dijo Jayden, manteniéndose serio.

—¡Eres idiota, Jay! —Alyssa le propinó un puñetazo a su hermano en el hombro.

—¡Me privas de toda la diversión! —dijo, riendo, mientras se acariciaba el lugar donde ella le había golpeado.

—No le hagas caso, él lo sabía desde el principio —le dijo Alyssa a modo de disculpa.

—¿Desde el principio?

—Sabía que Ally tenía una cita —explicó Jayden—, justo la misma noche en que Eva te había preparado otra a ti, una cita «sin contacto» porque ella estaba saliendo de algo complicado. Si sumas dos y dos, siempre son cuatro. Mucho más si Eva está en el medio de la operación.

Dominic cerró los ojos un instante y sacudió la cabeza. Había hablado en varias ocasiones de aquella mujer con él y él había sabido todo el tiempo quién era.

—Jayden era un espía del tío Sam —dijo Alyssa, aclarándole aquel punto a Dominic.

—No era espía, era Marine —corrigió su hermano.

—Sí, ya —Alyssa puso los ojos en blanco. No sabía mucho, porque a él le estaba prohibido contárselo, y nunca lo había hecho, pero sí que lo había escuchado hablar en sueños. Se había hecho una idea muy certera de a lo que se dedicaba.

—Me alegra no haberte dicho nunca que me quería acostar con ella —bromeó Dominic.

—¿Te has acostado con ella? —Jayden se puso serio de nuevo, y se tensó.

—¡Basta, Jay! ¿Quieres dejar al pobre Dom tranquilo con tus tonterías? —le pidió Alyssa, sabiendo que podría llegar a asustarlo.

Jayden estalló en risas.

—Siempre había querido poner un poco nervioso al novio de mi hermana —siguió riendo él.

—¿Novio? —preguntó Dominic, subiendo una ceja. Aquella palabra lo ponía nervioso, y lo satisfacía por partes iguales.

—¿Estás jugando con mi hermana? —A Jayden no le gustó el tono del cowboy en aquella pregunta, y dejó de reír.

—¡Los tíos sois idiotas! En serio —se quejó Alyssa—. Ojalá tuviera una hermana mujer, y yo fuera lesbiana.

—Para un momento en el que puedo poner nervioso a un espía, me privas de ello —se quejó Dominic, el cual había hablado del tema con Alyssa días atrás. Comenzarían a contarles a todos que estaban juntos.

—Vale, me lo he creído, tío —dijo Jayden con una sonrisa, y le ofreció la mano a su cuñado por partida doble—. Bienvenido a la familia, Dom. Cuídala y no tendrás problemas.

—Gracias —Dom esbozó una sonrisa—. Estoy seguro de que sabes deshacerte de un cadáver sin dejar rastro.

—No lo dudes —la sonrisa de Jayden fue peligrosa.

—¿Queréis dejarlo? Por favor —les pidió Alyssa. ¡Hombres!

—Está nerviosa —dijo Dominic, dirigiéndose hacia Jayden—. Bueno, ambos lo estamos, le vamos a contar a Theo lo nuestro esta noche.

—Tienes ganado a ese niño, Dom —le dijo Jayden, tranquilizándolo—. No tienes nada que temer.

—Bueno —respiró y sonrió, nerviosamente—. Eso espero.

Alyssa y Jayden estaban inquietos esa noche. Querían que el niño aceptase la relación que habían comenzado. Si bien pensaron hacerlo antes de la cena, la situación se fue posponiendo, y se encontraron al final de la misma degustando un trozo de tarta.

—Ally, creo que es la hora —dijo Dominic.

—Sí, lo sé —suspiró.

—¿Vamos a algún sitio? —preguntó Theo, inocente.

—No cariño, solo queremos hablar contigo de algo.

—Yo no he hecho nada —se defendió instintivamente, ya que un niño lo había acusado esa mañana de haberle robado el estuche, pero al final del día había aparecido, y él no había tenido nada que ver.

—Es algo que hemos hecho nosotros.

—¿Habéis hecho algo malo? —los miró a los dos, por turnos.

—Esperamos que no —sonrió Dom, y miró a Alyssa con ternura.

—Theo —comenzó a hablar Alyssa—. Tú sabes que mamá está sola desde hace mucho tiempo. Y mamá se sentía triste por ello.

—Por culpa de papá, que se fue al cielo.

—No fue su culpa. Pero ocurrió algo feo en su trabajo, y nos dejó —habló Alyssa.

—Lo sé, mamá. Murió en la guerra —dijo el niño, mostrándose maduro.

—Así es —dijo Alyssa, sin saber cómo continuar.

—Yo también me sentía solo, Theo —añadió Dominic, tratando de ayudarla.

—Pero yo he jugado contigo —dijo el niño.

—Sí —sonrió el hombre—. Y te lo agradezco, campeón.

—La cosa es que… —continuó Alyssa, tratando de hallar las palabras—, Dom ha ayudado a mamá a no estar triste desde hace un tiempo.

—Y tu mamá también me ha ayudado a no sentirme solo, además de ti, claro —confirmó Dominic.

—Eso está bien —dijo el niño con una sonrisa.

—Lo que estamos tratando de decirte… o de preguntarte es sobre qué opinas de que nos veamos más a menudo y hagamos más cosas todos juntos —dijo Alyssa mirando al niño.

—Bien, está guay —el niño sonrió.

—¿Tienes algún problema con que yo quiera a tu madre y ella me quiera a mí, Theo? —preguntó Dominic y sintió que perdía el aliento al hacerlo. Decirle a Ally que le gustaba había resultado mucho más sencillo.

El niño frunció su pequeño ceño y meditó la pregunta unos segundos antes de lanzar él una más.

—¿Tú quieres, mamá? —Miró a Alyssa.

—Sí, cariño —confirmó ella, reteniendo la respiración.

—Bien, está bien, supongo —dijo después.

—Entonces ¿te parece bien que tu madre y yo… salgamos?

—Sí, pero solo si me enseñas a montar a caballo —le puso de condición.

—Claro que sí, te lo prometí. ¿Recuerdas?

—Vale. ¿Puedo decir que eres mi papá?

—Bueno —Dominic esbozó una amplia sonrisa, le había gustado la primera vez que el niño se lo había propuesto enfrente de la

tienda del pueblo y le volvía a gustar la idea, pero tenía que ser justo. Tragó saliva—. Tú ya tienes un papá.

—¿No quieres? —preguntó el niño y no supo qué contestar.

—Dom quiere decir que tú tienes un papá, aunque viva en el cielo.

—Sí, pero no fue conmigo al cole cuando lo necesité y tú sí lo hiciste —se lamentó el niño.

—Puedo ser su sustituto, solo para las cosas que él no pueda hacer por ti —le dijo el cowboy—. ¿Qué te parece?

—Me parece bien —el niño sonrió ampliamente—. Es guay que tengas novio, mamá. Y es guay que sea Dom.

Alyssa emitió un sonido ahogado al escuchar cómo su hijo lo verbalizaba de repente con toda la naturalidad del mundo. Theo lo había aceptado y al fin podía respirar tranquila. Todas las piezas del puzle que conformaba su familia, se habían colocado en su lugar.

—Ven aquí, anda —le dijo Dom, esperando un abrazo del pequeño Theo que lo apretó con fuerza, antes de hacerlo con su madre.

El niño expresó su deseo de irse a la cama y subió escaleras arriba. Su madre le recordó que antes debía lavarse los dientes y se oyó un «sí, mamá» desde la mitad de la misma. Alyssa se dispuso a levantarse para recoger la mesa.

—Bien, parece ser que somos novios oficialmente —le dijo Dominic, poniéndose a su lado, antes de cogerle la mano.

—Sí, eso parece —dijo Alyssa sonriendo, tratando de superar los nervios que la habían atenazado ante la conversación con su hijo de siete años.

—Bien, supongo que ya puedo decirte que te quiero sin que te asustes, ¿verdad? —Dominic sonrió mientras la miraba con ternura.

—Dom, yo… —comenzó a decir Alyssa, después de recuperarse de la sorpresa de sus palabras. ¡Él la quería!

El cowboy le puso un dedo sobre los labios y la silenció.

—No pasa nada. Puedo esperar y está bien —le dijo, sabiendo que para ella podría ser demasiado pronto.

La mano de Alyssa quitó el dedo del hombre de sus labios suavemente.

—Bésame, ¿vale? —le pidió curvando los labios hacia arriba, feliz.

Dominic esbozó una sonrisa y se apoderó lentamente de los labios de la mujer que le había robado el corazón desde hacía más tiempo del que ella pensaba.

Epílogo

Nueve meses después

El otoño había llegado a Ennis, Montana. Los días tenían menos horas de luz, las hojas habían comenzado a caer, y los amaneceres se tornaban más fríos. Alyssa observó a Theo montar a caballo dentro del cercado, practicaba sobre una yegua muy dócil que Dominic había elegido especialmente a tal efecto, y el niño lo hacía realmente bien. Casi podía decir que llevaba el sentimiento cowboy en las venas, ya que su verano lo había pasado entre cultivos, cosechadoras y animales.

Su hijo adoraba a Dominic, y ella se alegraba de haberse permitido abrir el corazón a él. Cada día ansiaba el momento de llegar a casa y verlo, o de salir del trabajo. Él siempre estaba allí, esperándola, con un café, unos bombones o solo con su sonrisa. Pero estaba. Y si no lo hacía, nunca tardaba mucho en aparecer o simplemente le enviaba un mensaje. Sabía que a muchas mujeres les podría parecer apabullante el pasar tantas horas con alguien, pero a ella no se lo parecía. Era justo lo que necesitaba: un hombre que estuviera presente en sus vidas, que no tuviera dobleces ni secretos.

—Lo hace muy bien, ¿verdad? —Dominic se acercó a ella y la abrazó desde atrás.

—Se ve que ha tenido un buen maestro —lo halagó, poniendo las manos sobre sus brazos.

—¿Cómo ha ido el día? —quiso saber él, besándola en la sien.

—Tranquilo. Algunos cortes de los leñadores, pero nada más. Agradezco el otoño, el verano fue complicado.

—¿Qué te parece si nos vamos un par de días fuera para celebrar algo? Podrás descansar.

—¿Los dos?

—Los tres, somos una familia, Ally —le recordó, cariñosamente.

—¿Y qué vamos a celebrar?

—Theo y yo tenemos una sorpresa para ti —giró y llamó al niño —. ¡Eh, Theo! ¡Ven aquí!

—¿Ya? —se oyó decir al niño, que le dio una orden a la yegua y esta se echó en el suelo, para que bajara el niño.

—¿En serio? —Alyssa abrió la boca, sorprendida.

—Sí, *Star* ya sabía hacerlo —dijo, orgulloso—. Solo hemos trabajado para que le hiciera caso a Theo cuando se lo pidiera.

—¡Es impresionante! —exclamó Alyssa.

—Espero seguir impresionándote —esbozó una sonrisa.

—Lo haces cada día —le dijo ella, arrobada.

—¿Ha llegado el momento? —preguntó el niño al llegar a ellos.

—Ha llegado —confirmó Dominic.

—¿El momento de qué?

Dominic le pasó su teléfono móvil al pequeño.

—Theo vino a hablar conmigo sobre algo que quería, yo le dije que estaba de acuerdo, pero que claro, tendría que preguntártelo a ti antes, por supuesto.

—¿Hablamos de ir a Disney? —Quiso saber ella, ya que era algo en lo que el niño insistía desde hacía un tiempo.

—No es eso, mami —dijo, grabando a su madre—. Pero estaría guay.

—¿Qué es? —preguntó ella, mirando hacia el niño.

—Dom díselo —lo animó Theo.

—Vale —el cowboy sonrió, nervioso—. Es solo una pregunta y si no quieres no pasará nada, ¿de acuerdo?

—De acuerdo. Me estás poniendo nerviosa.

Dominic sacó una pequeña caja de terciopelo azul del bolsillo de su pantalón y se la mostró. Alyssa cerró los ojos y tragó saliva. El corazón le latió con fuerza.

—Solo me gustaría saber si te apetecería que formalizásemos las cosas —dijo, abriendo la caja ante ella.

En el interior había un anillo en oro rosa con tres pequeños diamantes incrustados.

Alyssa miró a Dominic con una expresión neutra y una lágrima bajó por su mejilla, una que fue limpiada por los dedos de la mujer rápidamente, mientras miraba a intervalos el anillo y a Dominic.

—Solo es si te parece bien —Dominic tragó saliva, sin saber si se estaba precipitando con ella. Habían pasado nueve meses desde que estaban juntos y todo parecía ir como la seda entre ellos—. No tienes que decidirlo ahora mismo.

—Dile que sí, mami —dijo el niño, e hizo que una nueva lágrima cayera del rostro de la mujer.

—No importa, Ally. No pasa nada —le habló Dom, con cariño y de forma suave antes de acercarse a ella y besarla en el pelo.

—Acepto —dijo Ally en un susurro. El hombre se mostró sorprendido.

—¿De verdad? No tienes que…

—Sí, si tengo por qué. Quiero que lo hagamos —dijo de repente, lanzándose a la piscina de nuevo con él, como lo había hecho en aquella madrugada de Año Nuevo.

—De acuerdo —Dom decidió ser más tradicional y colocó una rodilla en el suelo.

—No hace falta —rio Alyssa, algo avergonzada.

—Alyssa Keller Murphy, ¿querrías hacerme el honor de ser el hombre más feliz del mundo, aceptando ser mi esposa? —preguntó, con la voz embargada de emoción, después de haber pensado durante unos instantes que ella aún no había estado preparada para dar aquel paso.

—Sí, acepto, Dom —sonrió y se agachó hacia él para besarlo en los labios y decir dos palabras para las que ahora sí, estaba preparada—. Te quiero.

El hombre colocó el anillo en su dedo y una lágrima también se resbaló de su rostro. Había conseguido todo lo que había anhelado tener en su vida.

—Deja ese móvil y ven aquí —le ordenó Dom a Theo, para recibirlo y abrazar a aquel pequeño, que con su idea había conseguido que su madre lo aceptase antes de lo que él mismo había previsto.

—Gracias, papá —le susurró Theo al oído, haciendo que Dom apretase la mandíbula para tratar de contener la emoción.

Títulos de la autora:

Los Ojos de Jamie
Amor en Wyoming
Amor en Tennessee

Serie Rancho Atkins:
Un Vaquero Leal
Un Vaquero de Ojos Verdes
Un Vaquero Atormentado
Un Vaquero Tímido

Serie Colorado:
Amor en Colorado
Besos en Colorado

Serie Navidad en Montana:
Un Cowboy por Navidad
Un Cowboy bajo el Muérdago
Un Cowboy para Nochebuena
Un Cowboy para Fin de Año
Un Cowboy para Año Nuevo